

Violaine Vanoyeke

El enigma de la egipcia

Nueva Novela Histórica



plural

Violaine Vanoyeke

EL ENIGMA DE LA EGIPCIA

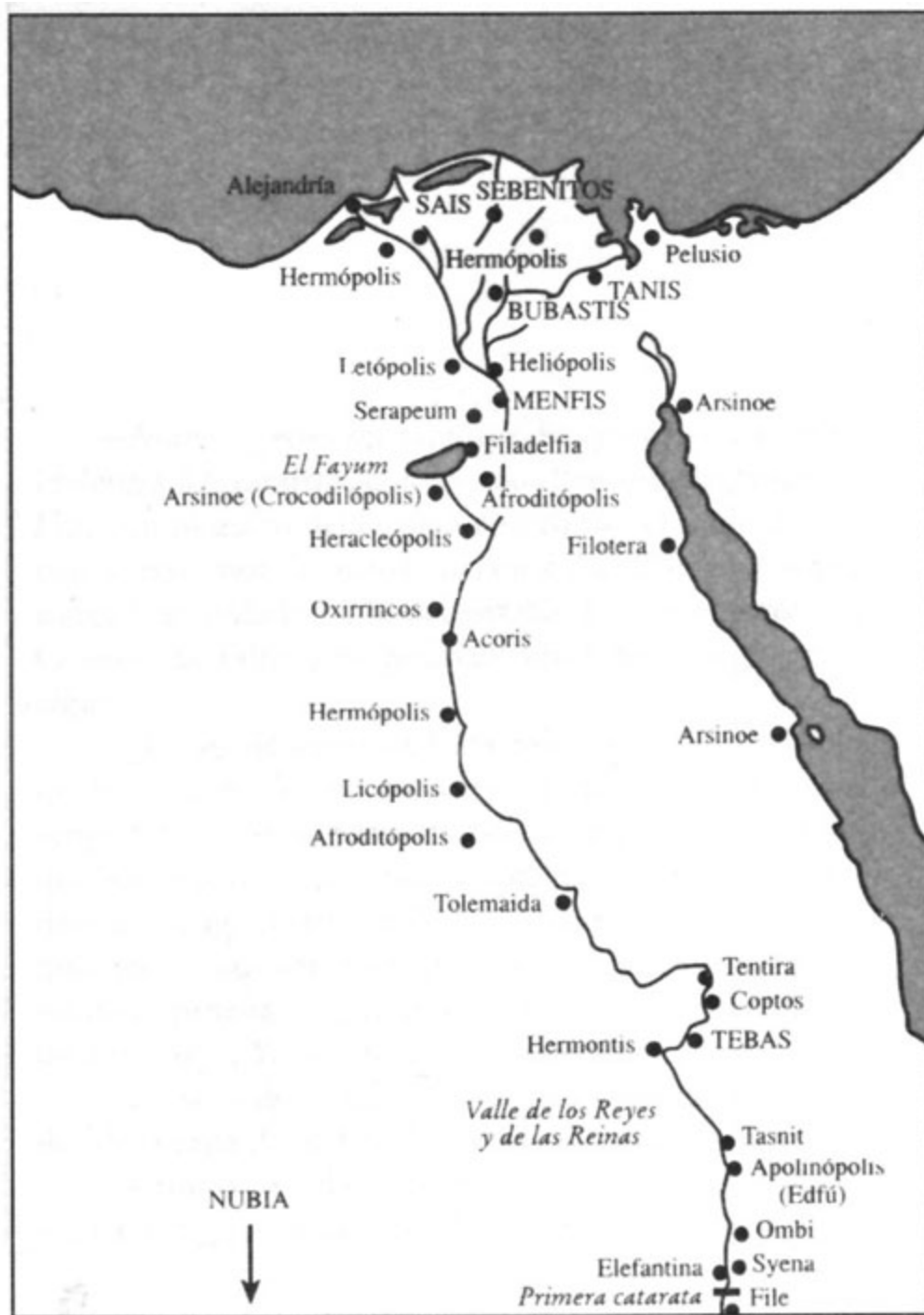
(Une mystérieuse Égyptienne, 1997)

Alexandros Agathos #2

OceanofPDF.com



Grecia, Asia Menor y Egipto en tiempos de los Tolomeos



El Egipto de los Tolomeos

A Philippe

OceanofPDF.com

1

—Ahora puedes ser faraón si lo deseas —murmuró Helena a Alexandros, con los ojos llenos de lágrimas—. Has cumplido tu deber para con tu tío, el sabio Kruptos. Velaste por él en sus ancianos días y le procuraste todos los cuidados que necesitaba. Los miembros del Consejo de Filipos no podrían reprocharte negligencia alguna.

—¿Crees de veras que los miembros del Consejo me habrían metido en prisión si no hubiera estado presente durante los últimos días de su vida? No hacía falta que Solón sometiera antaño a votación una ley que condenase al pago de una multa y castigara con la *atimia*^[1] a quienes abandonan a sus padres en la miseria para que yo diera prueba de *genoboskia*^[2]. —Alexandros ahogó un sollozo—. Yo le quería y le respetaba —añadió.

—Lo sé —dijo Helena, mientras se juntaba los bordes de la capa de piel de cabra sobre el pecho.

—Confío en haber cumplido con todos los ritos funerarios dignos de tan gran hombre.

La joven se contentó con posar la mano sobre su brazo para tranquilizarle. Desde la víspera había visto a su esposo lavar el cuerpo de su tío con perfumes de diversas fragancias y vestirlo con una sencilla túnica inmaculada, pues la ley prohibía a los griegos enterrar a sus muertos con más de tres vestiduras. Tras vendar cuidadosamente su cuerpo con lentitud de gestos, nada habitual en él, procedió a envolverlo con una mortaja. Luego pidió a Helena que le ayudara a elegir las joyas con las que adornar a su tío. Como éste vivía en la mayor sobriedad, la joven le había aconsejado que optase por un anillo y un brazalete, y que colocara las demás joyas de familia que poseía Kruptos en su tumba, junto con un pastel de miel destinado a calmar a Cerbero, el perro de los Infiernos.

Pese a la renuencia de Alexandros, ella misma había depositado un óbolo en la boca del difunto para pagar al nauchel Caronte la travesía del río de los Infiernos.

—En Macedonia ya casi se ha perdido esa costumbre —le había dicho Alexandros.

—Pero antaño era usual —había replicado ella—, y en Egipto prestamos suma atención a las voluntades divinas.

Helena apartó de la suntuosa cama donde se hallaba tendido Kruptos los lequitos dispuestos la víspera bajo el lecho mortuario. El tío de Alexandros había permanecido expuesto en el vestíbulo de la casa, con la cabeza orientada hacia el interior y los pies en dirección a la puerta, como exigía la tradición.

La joven subió un poco más la almohada sobre la que reposaba la cabeza de Kruptos, coronada de flores. Indicó con un ademán a los sirvientes, encargados de protegerlo de la luz y los insectos mediante sombrillas y abanicos, que pasaran a la habitación contigua. Sólo permanecieron en la estancia las plañideras, que se echaban ceniza sobre las cabezas, se arañaban el rostro y se daban golpes en el pecho entre lamentos y alaridos. Algunas incluso alzaban los brazos al cielo.

—Me he sentido muy halagada por haber podido velar a Kruptos —murmuró Helena a Alexandros—. Al fin y al cabo, no era ni su hermana, ni su madre, ni su esposa, ni su hija...

—Pero sí su sobrina.

—Sólo política.

—Él te quería como a una hija.

—¿Podré formar parte del cortejo fúnebre?

Alexandros le cogió la mano.

—En la morada que hoy habita, Kruptos jamás me perdonaría que te lo impidiera. ¿Acaso no vistes ropas de luto? ¿Acaso no te has cortado el cabello para testimoniar tu dolor? Éramos los únicos parientes de Kruptos.

—Pero tenía numerosos amigos. Todo el pueblo aguarda para rendirle homenaje.

—Que se acerquen las mujeres. Ha llegado el momento.

Las plañideras se situaron a uno y otro lado del lecho e iniciaron el treno^[3].

—Ahora vuelvo —dijo Alexandros a Helena—. Voy a buscar el agua lustral a casa de los vecinos. La nuestra ya no es pura desde que nos visitó la muerte, y la que llenaba la vasija que coloqué en el umbral se ha evaporado. Ya no podemos asperjarnos al salir. He dejado la vasija en la entrada sólo para hacer saber a los habitantes de Filipos que en esta casa había muerto un hombre.

—Antes de irte, ¿podrías responder a mi pregunta?

—¿A qué pregunta?

—¿Vas a ser faraón?

—Confieso que no he reflexionado lo suficiente sobre el particular. Mi padre no ha muerto, sigue dirigiendo Egipto y nada hace suponer que vaya a elegirme como sucesor. Y en el caso de que lo hiciera, su familia quizá no lo aceptase.

—¿Acaso Tolomeo no te ha demostrado cuánto te aprecia? ¿No estaba dispuesto a nombrarte *dieceta*^[4] y a confiarte la dirección de Egipto?

—Ese tiempo queda ya lejos. Desde entonces Zeus ha tronado mil veces, y mil veces Poseidón ha encrespado los océanos.

—Pues yo no lo veo tan claro. Tolomeo nos ha enviado mensajeros, y desde que está enfermo te ha pedido varias veces que vuelvas a Alejandría.

—Vamos a ver, ¿cuál es tu deseo?

—Tolomeo es tu verdadero padre, aunque Kruptos te haya criado.

—Pero mis raíces están aquí.

—¿Te atreverías a afirmar ante mí que Egipto, donde naciste, no es caro a tu corazón? He visto de qué modo vacilabas, difiriendo tu respuesta, cuando los mensajeros egipcios arribaron a la costa macedonia. Insistías en permanecer aquí mientras Kruptos viviese. Ahora que Hades saldrá a recibirle en los confines infernales y que se transformará en Osiris, nada te retiene en Filipos.

Alexandros salió al escalón de la puerta y tomó la vasija entre sus manos.

—Comprendo que desees regresar a Alejandría. Tu familia vive allí y no la has visto desde hace mucho tiempo.

—No es en mí en quien pienso, sino en ti. Te aguarda un gran destino.

—No necesito para nada ese destino. El estudio y la investigación ocupan todo mi tiempo. Además, no me interesan ni el poder ni el lujo.

—¿Y dejarías Egipto en manos de incapaces?

—Tolomeo ha sabido formar a hombres que gobernarán con eficacia.

—Permíteme que lo dude. Gracias a mi padre, que tenía un puesto importante en palacio, conocí a los que le rodeaban.

—Helena, he hecho una elección. No soy hombre que pueda reinar sobre un pueblo, y menos aún si es egipcio. Si mi padre gobernase Macedonia, sin duda habría considerado la posibilidad de sucederle. Pero ¿cómo voy a abandonar esta región, que me es tan querida? Y por otra parte, ¿cómo conseguiría imponerme en Tebas, en Menfis o en Karnak?

—¿Acaso yo no lo dejé todo para seguirte?

Alexandros meneó la cabeza.

—Desde que murió Arsinoe, Tolomeo lleva tal vida de placer con Bilistiché que su salud se resiente —dijo—. Todo su pueblo oró por él y ahí lo tienes, de nuevo en pie. El faraón bien puede honrar al dios Chons por haberlo curado.

—Dicen que ha envejecido y que ha perdido el cabello. Está más grueso, y se queja de un dolor constante, de un dolor espantoso en la pierna que le mantiene despierto toda la noche, desde el mes de Dios^[5].

—No intentes enternecerme.

—El joven Tolomeo sólo tiene diez años, ¿cómo va a gobernar a su edad?

—¿Olvidas acaso las exigencias del pueblo egipcio? Un faraón debe desposar a una de sus hermanas para que la sangre real permanezca pura y sin mácula. Yo no tengo ninguna hermana. Y en el caso de que la tuviera, ¿qué sería de ti?

—Tolomeo no ha tenido hijos con su segunda esposa. Arsinoe Filadelfa se encargó de eliminar a todos aquellos que podían codiciar el trono. Cuando fue entregada a Ra durante el mes de Pachons^[6], Arsinoe ya había sido divinizada. Tolomeo ha hecho de Egipto una potencia tal que te bastaría con proseguir la obra de ambos.

—Te lo repito, Helena, sólo soy el hijo del faraón y de una mujer corriente. El joven Tolomeo comparte ahora el trono con su padre. Se ha convertido en su heredero.

—Todavía no. Deja esa vasija y escúchame.

Alexandros obedeció a regañadientes. Se sentaron los dos en el banco que Kruptos tanto amaba, y donde el anciano gustaba de meditar a la sombra del emparrado.

—El reino de Egipto se ha vuelto poderoso. Tolomeo Soter engrandeció el país con Cirenaica, Fenicia, Coele-Siria y las Cicladas. Tu padre, Tolomeo, se impuso en Asia Menor. Envío un mensajero a Roma durante la guerra de los romanos con Pirro, prueba de que es escuchado en todo el mundo.

Alexandros dio muestras de impaciencia.

—Ordenó habilitar de nuevo el santuario de Nectanebo en Sebenitos para dedicarlo a Isis y a Horus —prosiguió ella—, decidió mantener el Helenium de Naucratis para honrar en él a todos los dioses griegos, eligió

Tanis como sede de un santuario, y además venera a Isis en File. El pueblo adora a tu padre.

—Te prometo que reflexionaré sobre ello —dijo Alexandros, poniéndose de pie—. Más no hoy. Mi corazón se halla anegado de lágrimas.

Al día siguiente, mucho antes de la salida del sol, para que la apariencia de la muerte no mancillase al radiante astro, el cuerpo de Kruptos fue llevado lejos de su casa. Alexandros hizo libaciones para honrar a los dioses, y luego el cortejo se puso en marcha. Pidió a sus esclavos que le ayudasen a llevar el lecho mortuario de su tío y lo depositó sobre un carro tirado por mulas. Una mujer se situó en cabeza de la comitiva, sujetando un vaso de libaciones con los brazos extendidos. A continuación seguían los amigos, y después Helena, flanqueada por tocadores de oboe.

El cortejo llegó a la salida del pueblo, y el cuerpo de Kruptos fue quemado al pie de la colina donde estaba adosado el teatro de Filipos. Envolvieron sus cenizas y huesos con un lienzo y lo introdujeron en una urna. Alexandros ofreció un congio de vino y un poco de aceite a aquel a quien tanto había amado.

—Regresemos —dijo a Helena tras la ceremonia, mientras los macedonios se dispersaban en dirección a la plaza pública.

Helena y Alexandros se lavaron a fondo y tomaron una colación fúnebre.

Al alba, la mujer purificó la casa con agua de mar y el hisopo. Al tercer y al noveno días, ambos invitaron a los amigos de Kruptos a un copioso ágape acompañado de sacrificios, que se prolongó hasta altas horas de la noche.

El trigésimo primer día tras la muerte de Kruptos, igualmente festejado, un embajador egipcio se presentó en Filipos para hablar con Alexandros en persona.

2

El mensajero enviado por Tolomeo fue recibido según las reglas de la hospitalidad griega. Alexandros le acogió en casa de Kruptos, donde habitaba en compañía de Helena.

Dos días más tarde el macedonio embarcaba hacia Egipto, ya fuera porque cediese a los convincentes argumentos del heraldo egipcio o porque él mismo hubiera proyectado su partida desde hacía mucho tiempo. Aunque Alexandros había decidido residir en Grecia, no pasaba un solo día sin que pensara en su padre, el faraón Tolomeo, a quien había conocido demasiado tarde para verse irresistiblemente atraído por el poder. A la muerte de su padrastro y de su madre fue recogido por su tío, que le llevó de Alejandría a Macedonia. Alexandros estaba más dotado para los estudios históricos que para dirigir un país, aunque la primera actividad no fuese incompatible con la segunda.

El mensajero egipcio le había remitido una carta hábilmente redactada por Tolomeo, quien insistía en el malestar que sentían los helenos frente a la tiranía de Antígono, el macedonio. Éste había apostado guarniciones en Corinto, en el Pireo y en Calcis. Además, había puesto a tiranos al frente de numerosas ciudades, en especial en Argos, Elis y Siciona, y tenía a su disposición todas las fuerzas de Grecia.

«Arsinoe habría deseado que los hijos de Lisímaco heredasen el trono de Macedonia —había escrito el faraón—. ¡Qué dichosa circunstancia si un rey aliado de Egipto pudiera imponerse en tu región! Atenas, más que ninguna otra ciudad, se niega a soportar por más tiempo el yugo macedonio. No se manifestó ni durante la guerra de Antígono con Antíoco ni cuando el rey de Esparta se rebeló contra Macedonia. Pero hoy me consta que un tal Cremónides, nutrido de filosofía, prepara un alzamiento. Zenón, que fue también maestro de Antígono, le ha enseñado a amar su país y su libertad hasta tal punto que Cremónides está dispuesto a sacrificar su vida para que Atenas deje de sufrir la dominación macedonia.

»Atenas se ha unido con Esparta y reclama nuestra ayuda. Desea establecer alianzas con varias ciudades del Peloponeso, con las ciudades aqueas reagrupadas en confederación, con los arcadios y los cretenses. Lo cierto es que se dispone a luchar contra las guarniciones macedonias. Por

mi parte, no deseo emprender una expedición onerosa y arriesgada para Alejandría. En cualquier caso, estoy enfermo y mi hijo es muy joven. Sin duda serías mi mejor consejero. Si Serapis guía mis pasos hacia la otra vida, naturalmente tú habrás de sucederme.

»¡Que sigas bien! Año 21, Artemisios 10, Pachons 9, el primer mes de la estación de *Chemú*»^[7].

Alexandros había oído decir que Antígono tenía intención de emplazar una escuadra frente a Atenas si ésta no reconocía la hegemonía macedonia. Sin embargo, ¿debía permitir que el faraón Tolomeo ayudase a los atenienses en contra de sus compatriotas?

Alexandros y Helena abandonaron el pequeño puerto de la costa macedonia en un tranquilo día de verano. Un viento muy suave impulsaba la embarcación egipcia, que se deslizaba por una mar poco agitada. Pocos días después fondeaban en Éfeso.

Desde que Mileto había sido destruida e incendiada por los persas, Éfeso había consolidado su posición, convirtiéndose en una de las principales ciudades comerciales del mundo. Durante su escala en la ciudad, Alejandro Magno había admirado el templo de Artemisa. Cuando éste hubo partido, su lugarteniente Lisímaco hizo dragar el puerto, casi inservible a causa de los bajíos. Así pues, la ciudad proseguía activamente las transacciones comerciales a las que debía su prosperidad.

Alexandros admiró la muralla que enlazaba las laderas del monte Pion y del monte Coressos, los cuales protegían la ciudad. Cuando llegaron, a la hora en que el mercado se hallaba en su apogeo en el ágora comercial, había tal multitud que a duras penas lograron abrirse paso por la amplia calle del puerto que llevaba de los baños a la plaza pública. Galerías y tiendas se alineaban a ambos lados de la calle, adornada con columnas y arcos de triunfo.

—Deberíamos haber accedido al ágora por la entrada del puerto —dijo Alexandros a su esposa—. Así nos habríamos evitado este gentío.

En la plaza pública, de forma cuadrada, las tiendas de los lados sur, oeste y este atraían a una muchedumbre variopinta. Apenas se distinguían las estatuas de los sabios, filósofos y políticos que decoraban los ángulos de la plaza. Los transeúntes eran menos numerosos en los soportales del lado este, contruidos en forma de pórtico dórico.

—La casa de Paliris da a la calle contigua —dijo el egipcio—. Hemos de bajar hasta la esquina de ésta, recorrer las galerías y las tiendas y doblar por

la taberna.

Los tres reemprendieron viaje al amanecer del día siguiente, pese a la fatiga que empezaba a entumecerles los miembros. Un sol blanco teñía de marfil el Artemision, que velaba con su majestuosa grandiosidad sobre las aguas de Éfeso. Helena rindió culto a Artemisa, la diosa inviolada. Contempló largo rato la estatua de aquella mujer polimnasta, tocada con una tiara de tres pisos en forma de templo, atributo indicativo de que la diosa era la protectora de las ciudades, y pareció meditar sobre el cuarto creciente, símbolo de la luna, que adornaba su frente.

—Confío en que esta plegaria propiciará que tenga hijos robustos —dijo a Alexandros.

El joven macedonio se apoyó riendo en una de las columnas esculpidas que embellecían la fachada del templo.

—Cuando pienso que ese loco de Heróstrates osó pegar fuego a este lugar sagrado el día en que nació Alejandro Magno... —añadió Helena.

—Ese acto abominable permitió a los efesios reconstruirlo y hacer de él un monumento gigantesco.

—Tienes razón. De ese modo Alejandro engrandeció el recinto sagrado para albergar a los menesterosos. ¿Te das cuenta de que tu abuelo, el faraón Tolomeo Soter, combatía junto a Alejandro y que pudo haber dado su parecer respecto a la reconstrucción de este edificio?

—Si los efesios hubieran aceptado que Alejandro asumiese los gastos de la reconstrucción y que el templo llevara su nombre, mi abuelo habría podido intervenir. Mas ante su rechazo de otorgar al templo el nombre de Alejandro, dudo que pudiera dar su opinión.

—Pues yo estoy segura de lo contrario. Alejandro le escuchaba, y la decisión de los efesios no le impidió ampliar este recinto sagrado.

El egipcio vino en su busca. El barco estaba preparado y los víveres ya se hallaban a bordo.

—No nos será posible detenernos a menudo. Nuestra próxima escala será Fesalis. Seguiremos la costa para evitar los peligros de alta mar. El viaje resultará más largo, pero también más seguro. Las instrucciones que a este respecto recibí de Tolomeo eran muy precisas.

—Tan sencillo como hubiera sido cruzar y hacer escala en Creta o en alguna isla menos importante antes de arribar a Egipto...

—Lo sé, Alexandros, mas no puedo quebrantar las órdenes. A continuación bordearemos el litoral hasta la desembocadura del Nilo.

Helena exhaló un hondo suspiro.

—Veo claramente en ello a tu padre —dijo—. Deberíamos haber hecho el viaje por nuestros propios medios.

Todas las blancas nubecillas se difuminaron y desaparecieron repentinamente en el cielo, dando paso a un azul de gran pureza y a un sol que ya calentaba, pese a lo temprano de la hora.

—Apresurémonos a partir para aprovechar el frescor. Si hace demasiado calor, nos veremos obligados a detenernos para buscar agua, pues las calabazas no serán suficientes. También he llenado todas las vasijas.

Mientras la nave se alejaba de Éfeso, Helena contempló largo rato el frontón del templo que dominaba el mar. Cuando llegaron a Fesalis había otros barcos fondeados en el puerto comercial de la pequeña ciudad. En las proximidades del puerto reinaba una gran actividad. Los habitantes acudían a comprar a los marineros pescado o bien objetos fabricados en Grecia, alfarería, aceite o vinos resinosos. Los mercaderes instalaban sus puestos a la sombra de los pinos que bordeaban la ribera. Unos niños salieron corriendo de la calle principal que llevaba al otro puerto. El aire no tardó en llenarse del olor del pescado asado. Las mujeres regateaban con autoridad, y las montañas circundantes parecían devolver el eco de aquel alegre vocerío.

Alexandros se dirigió a los baños para relajarse, y luego acompañó a Helena al teatro construido en la cima de una colina, en el corazón mismo de la ciudad, para asistir a una obra cómica de Aristófanes. Se alojaron en una pequeña hostería situada no lejos de la plaza pública, donde al alba fueron despertados por unos hombres que hablaban con gran alboroto de las cuestiones que esa misma mañana iban a ser debatidas por el pueblo y el Consejo.

3

Helena sintió una punzada en el corazón al divisar en lontananza el faro de Alejandría. Por fin podría abrazar a su familia tras los largos meses pasados en Grecia. Cuanto más se acercaba el barco, más se aceleraban los latidos de su corazón. No obstante, aún les quedaba un largo camino por recorrer pues su padre, Zenodoto, ya no trabajaba en la biblioteca de Alejandría. Se había retirado a Tasnit, no lejos del Valle de las Reinas.

Así pues habrían de navegar por el Nilo durante varios días antes de alcanzar la ciudad que los griegos denominaban de buen grado «la ciudad de los peces», pues en ella los animales acuáticos se consideraban sagrados. Un pez incluso había sido embalsamado y sepultado en una necrópolis de la ciudad.

Zenodoto había adquirido un terreno cerca de Tasnit. Había elegido esta ciudad porque en ella se vivía muy bien y porque era la principal del tercer nomo del Alto Egipto. Su templo estaba dedicado al dios Khnum y a Heka, el joven dios dotado de poderes mágicos.

Zenodoto poseía además una hacienda en la isla de Pilak, al norte de Tasnit, no lejos de la capilla dedicada a Isis, que contemplaba desde su templo cómo fluía el Nilo hacia las cataratas. En aquel punto el río se reducía a remolinos y corrientes agitadas por las islas y las rocas que lo salpicaban. Pero allí los cultivos eran numerosos y la tierra extraordinariamente fértil.

Tan pronto como conoció la llegada de su hijo a Alejandría, el faraón ordenó que se preparara una gran fiesta. Reunió a los sabios y filósofos que tenía en mayor estima, y todo dolor pareció abandonarle. Helena y Alexandros penetraron en el palacio, no sin emoción.

—Habéis salvado a Tolomeo —les dijo sin demora Bilistiché, la atlética compañera del faraón—. En cuanto supo que la nave había atracado en el Gran Puerto, se levantó y exigió que le vistieran con sus mejores ropas. Incluso quiere llevar en tu honor, Alexandros, la corona del Alto y el Bajo Egipto.

Alexandros le rogó que no se regocijase con tal precipitación.

—Mi padre quiere que acepte la sucesión, pero no me quedaré en Alejandría. He venido a aconsejarle e iluminarle respecto a la rivalidad que en nuestros días enfrenta a Atenas y Macedonia, para que Egipto tome la decisión más conveniente. Pero partiremos de inmediato para Tasnit.

—¿Dónde se ha retirado Zenodoto?

—En efecto.

—Tu esposa se ha transformado como una flor inundada de sol.

Alexandros sonrió.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo sin apartar los ojos de Helena, que se ruborizó.

—Mientras el divino Tolomeo se prepara, te propongo que vayas a refrescarte.

Alexandros aceptó de buen grado. Le resultó placentero relajar los miembros en una bañera de mármol al lado de su mujer y dejarse rociar por varias egipcias.

Ambos se habían acomodado en unas bañeras de tamaño especial que Tolomeo había hecho fabricar siguiendo el modelo de las que se veían en Síbaris.

El cuarto de baño y su dormitorio sólo estaban separados por una cortina púrpura adornada con dibujos dorados. Las esclavas dispusieron una palangana de metal poco honda, que descansaba sobre un trípode rematado por garras de león, y una amplia pila apoyada en un pie de barro cocido. Tras lavarse las manos con una crema untuosa, una egipcia la llenó de agua tibia y acto seguido frotó a Alexandros con una mixtura de cenizas y madera que le enrojeció la piel.

Helena prefirió lavarse sola. Hizo que vertieran en su baño múltiples fragancias, que no tardaron en difundirse por toda la estancia, y confió sus manos a una hábil esclava, la cual le masajeó los dedos y le cepilló las uñas con sumo cuidado, mientras Alexandros daba instrucciones precisas para que le afeitaran con esmero.

Cuando bajaron a la sala de recepción, Alexandros y Helena encontraron a los servidores de palacio en plena efervescencia. Las habitaciones, algo frías aunque de gran belleza, parecían animadas ahora con un suave calor, de modo que las mejillas de Helena pronto adquirieron un tono rosado más intenso que si las hubiese embadurnado con orcaneta.

—En estos momentos privilegiados es cuando me doy cuenta por fin de que me he casado con el hijo del faraón —dijo emocionada.

Cuando el faraón, flanqueado por robustos egipcios y transportado en una silla de respaldo esculpido y rutilante de piedras semipreciosas, llegó al umbral de la sala de recepción, todos los invitados se hallaban tendidos en divanes con largueros de madera dorada. Las conversaciones fluían animadamente.

La mayoría ejercía su virtuosismo con frases ingeniosas. Jóvenes danzarinas agitaban sus velos siguiendo las circunvoluciones de una coreografía elemental al son de los tamboriles. Los convidados mordisqueaban frutos secos, pasteles, habas y garbanzos tostados, que producían sed, la cual se apresuraban a calmar esbeltas esclavas que les llenaban las copas sin cesar.

Bilistiché aguardaba a Tolomeo sin decir palabra. Alexandros se había acomodado junto al diván de su padre y el del joven Tolomeo. Helena estaba al lado de la compañera del faraón.

Antes de penetrar en la estancia, Tolomeo se descalzó según la costumbre griega e hizo que le lavaran los pies. Al joven príncipe que le acompañaba le adornaron la cabeza con una corona formada por guirnaldas de hojas, tal como habían hecho con todos los invitados, y dispusieron diversos ornamentos sobre su pecho.

Una esclava depositó en la mesita redonda de Alexandros vasijas rebosantes de manjares.

—¡Cuánta ceremonia! —exclamó el macedonio.

—Tu padre se muestra cada vez más respetuoso con los ritos —le respondió Bilistiché.

—Yo lo conocí más sencillo y espontáneo.

—Los honores de que le hacen objeto le impulsan a obrar de este modo.

Alexandros se lavó las manos en el aguamanil que le tendía un egipcio vestido con un simple taparrabos y luego tomó la copa que le ofrecía Bilistiché, quien a su vez la había recibido de Helena. Todos los convidados bebían un sorbo de ese vino antes de probar los consistentes platos.

El macedonio se secó los dedos con bolitas de miga de pan que después arrojó al suelo, y contempló a su padre mientras avanzaba majestuoso con su hijo de la mano. Le bastó con cruzar su mirada para comprender que el faraón se alegraba de verle.

—El joven Tolomeo ha crecido —observó Alexandros al constatar que el niño tenía ya el porte altanero de los príncipes.

—Ciertamente, Alexandros —le respondió el rey—. Pero no es lo bastante mayor para reinar. Te agradezco que por fin hayas respondido a mi invitación. Lo cierto es que te has hecho de rogar.

Alexandros no tuvo tiempo de responder.

—Ya sé lo que vas a replicar —prosiguió el faraón—. Un anciano te necesitaba. Te había criado y tú debías hallarte a la cabecera de su cama durante los últimos días de su vida.

—¿Y acaso no hice bien?

—Por supuesto que sí.

El faraón se volvió hacia Helena, a la que requebró por su belleza.

—Ese viejo mico de Zenodoto ha llevado a cabo en ella su más llamativa hazaña.

Se quedó pensativo unos instantes, dejándose invadir por los intensos aromas que inundaban la sala. Algunos invitados habían empezado a tocar la lira por turnos, otros declamaban versos con una rama de laurel o de mirto en la mano, y ninguno olvidaba refrescarse entre dos intervenciones. Los acróbatas realizaban su número en medio de la estancia sin que les prestasen demasiada atención.

—Tienes muy buen aspecto —dijo Alexandros a su padre—. Te creía enfermo.

—La noticia de tu regreso me ha sentado mejor que cualquier pócima. Necesitaba hablar contigo y pedirte consejo.

—¿No tienes otros hijos con los que cambiar impresiones?

—Viven lejos de mí y me parecen poco aptos para dar un consejo acertado respecto a los asuntos griegos.

Todos habían oído las palabras del faraón. Alexandros sintió que le observaban con hostilidad.

Esperaban su respuesta.

—No creo que sea el lugar más adecuado para discutir de política griega. El soberano de Macedonia no es muy popular en Grecia, y eso resulta comprensible. Se comporta como un tirano, impone su voluntad sin prestar atención al parecer de sus consejeros. Su único deseo es que Macedonia domine toda Grecia.

—Política que sin duda no debe de disgustarte...

—Jamás he aprobado a los tiranos.

—Pero amas a tu país. En cambio Atenas ya no puede soportar la hegemonía macedonia.

—Atenas tuvo su momento de gloria —replicó Alexandros—. ¿Se preocupaban entonces de averiguar si los macedonios lo aceptaban o no?

—¿Intentas decirme que no debo enviar ayuda a Atenas y que Egipto ha de decantarse por Macedonia?

Alexandros no tenía el menor deseo de expresarse libremente, con todas aquellas miradas clavadas en él.

—No lo sé. Tal vez los macedonios tampoco tienen el gobernante que les conviene.

—Sería una buena ocasión para cambiarlo.

—¿A riesgo de perder la hegemonía y ver cómo Atenas se impone de nuevo?

—No me resultas de gran ayuda —protestó Tolomeo.

—Te estoy trazando un panorama de la situación. Yo no soy faraón; sólo a ti corresponde tomar una decisión, y me consta que será sabia y juiciosa.

—De inmediato se excusó, consciente de lo frío y lacónico de su respuesta—. Sé lo que esperas de mí —dijo—, y esa expectativa me contraría, pues no me es posible responder a ella de manera satisfactoria. Necesito conocer al pueblo egipcio para reflexionar más atinadamente sobre la cuestión. Debo impregnarme de sus costumbres, sus creencias, sus gustos.

—Yo no he necesitado conocer al pueblo egipcio para poder gobernarlo.

—Es cierto, pero en eso no me parezco a ti. Permíteme empaparme de este país antes de traerte una respuesta. Déjame viajar, conocer a los campesinos, a los artesanos.

—Ése no es tu papel. No olvides qué eres hijo del faraón.

—Si quieres obtener de mí algún día una respuesta clara, concédeme la oportunidad de conocer Egipto.

—Sea. ¿Y cómo piensas hacerlo?

—Viajaremos hasta el Valle de las Reinas.

—¿A casa de Zenodoto?

—Sí. Helena está impaciente por abrazar a su familia. Nos instalaremos allí durante algún tiempo.

—Entonces, acepta dirigir esa región en mi lugar. Mañana daré las órdenes pertinentes. Serás recibido por el responsable de la hacienda de Tasnit.

—No —replicó Alexandros al instante—. Dame tan sólo un buen barco y navegaremos hasta Tasnit sin escolta. Haremos escala en Heliópolis, Menfis, Oxirrincos, Hermópolis y Abydos.

—Veo que has tomado tu decisión y que nada te hará cambiar de parecer.

Helena intentaba distraer al joven Tolomeo y al mismo tiempo escuchar con discreción las respuestas de Alexandros, que por lo demás no aprobaba.

—No, nada alterará mis planes —remachó éste.

El faraón pareció contrariado.

—Quiera Serapis que aprendas deprisa y que realices la elección adecuada... —murmuró—. Los dioses te han dado la ida para que te conviertas en el soberano de Egipto.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Alexandros, asustado de pronto ante la mirada aviesa que en aquel mismo instante le dirigían un grupo de hombres pendientes de sus palabras y que a todas luces parecían dispuestos a organizar una conjura—. Hablas en tu nombre.

—¿Y acaso no es suficiente? —respondió secamente Tolomeo—. ¡No estamos en Grecia sino en Egipto!

Alexandros se imaginó por un instante vestido como su padre y tocado con la doble corona. Aquel adorno le impedía todo movimiento brusco, y permanecía petrificado en una inmovilidad casi total. Sujetaba su faldellín plisado un cinturón de ancha hebilla que llevaba grabado su cartucho, al estilo de los faraones antiguos. Un collar de piezas de oro perforadas, de cuyo broche plano surgían flexibles tallos de flores también doradas, ornaba su pecho.

Otro collar, éste de perlas y más ancho que el anterior, se sujetaba a su cuello con ayuda de dos cordones. Las perlas tenían forma de lágrima y de oliva.

El faraón parecía realizar ingentes esfuerzos para que su cabeza no se venciera bajo el peso de tantas riquezas. La más impresionante de sus joyas, que no excluían los brazaletes en brazos, muñecas y tobillos, ni los dijes que pendían de la doble corona, era sin duda el pectoral, rutilante de tonos turquesa, ocre y rojo.

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, Tolomeo se volvió hacia su hijo con la rigidez que le imponía semejante atavío.

—¿Te imaginas el aspecto que tendrías con atuendo de faraón?

El joven macedonio se ruborizó.

—No, nunca ha pasado por mi mente semejante idea —respondió sin convicción.

En ese momento intervino Helena torpemente. No era de buen tono que una mujer se inmiscuyese de tal modo en una conversación entre hombres.

—Alexandros elude todas las responsabilidades de manera inquietante —dijo.

Se excusó de inmediato, consciente de no haber observado la moderación que los dioses aconsejaban a los hombres, mas su intromisión no tardó en ser olvidada pues traían ya el buey que habían matado esa misma mañana, preparado a la parrilla y en salsa. También sirvieron ocas asadas en espetón. Las jarras de cerveza se sumaron a las de vino y licores. Aparecieron esclavos con inmensas canastas trenzadas sobre las que se alzaban pirámides multicolores de fruta fresca, mientras algunos servidores ahuyentaban a las moscas con la ayuda de abanicos hechos con largas plumas de pavo real.

La vajilla de oro, plata y alabastro resplandecía en las manos de los convidados. Todos los responsables de las mesas se mantenían alerta para recoger la menor miga de pan o cualquier otro desperdicio arrojado por los presentes. Ni siquiera un pétalo debía deslucir los dibujos del suelo.

—¿No estás harto de todas esas lisonjas que te dedican? —preguntó Alexandros a su padre al reparar en el tono obsequioso de los amigos que le rodeaban.

—Los egipcios jamás se cansan de hacer elogios. De hecho, mis amigos griegos se inspiraron hasta tal punto en ellos que ahora tienen el cumplido fácil.

El rey se puso en pie y agradeció a sus huéspedes toda su generosidad.

—Me habéis traído numerosos presentes para festejar mi restablecimiento. Os deseo a todos vida y fuerza, y ruego a Serapis y a todos los dioses de Egipto que os concedan diariamente el don de la salud.

Acto seguido se sentó en un suntuoso sitial de alto respaldo, de madera, con incrustaciones de oro, plata, cornalina y lapislázuli.

Sirvientas muy jóvenes deambulaban entre los divanes distribuyendo flores de loto y perfumes. Iban casi desnudas, con una gola de oro y anchos brazaletes en los brazos por toda vestimenta.

Una reducida orquesta ocupó su sitio. Las arpas de madera esculpida resplandecieron bajo las manos ágiles de los tañedores. Había también cítaras, laúdes, flautas dobles, tamboriles, crótalos y sistros adornados con la cabeza de Hathor. De pronto hicieron su aparición unas bailarinas, apenas

cubiertas con velos transparentes. Sus cuerpos se arqueaban tanto hacia atrás que los largos cabellos negros de reflejos azulados barrían el suelo.

—Un faraón está obligado a comunicar a quienes habrán de sucederle su experiencia del poder y de los hombres —dijo Tolomeo a su hijo—. Si te vas al Valle de los Reyes, no tendré ocasión de hacerlo.

—No me quedaré indefinidamente en Tasnit. De todos modos, ¿por qué no dejas tus recomendaciones por escrito? Díctalas a un escriba; no serías el primer faraón en proceder de ese modo.

—¿Seguirán los egipcios mis consejos, escuchando a mi hijo, que el mismo dios Ra engendró? ¿Le protegerán las divinidades de todo mal, de las envidias y las catástrofes?

Un griego se acercó entonces al rey para rendirle homenaje.

El faraón le repitió sus deseos de felicidad.

—¿Puedo saludar también al heredero del trono egipcio, el muy poderoso y bello Tolomeo?

El faraón le dejó hacer. Se disponía a exigirle idéntico respeto hacia Alexandros cuando el griego se irguió tras hacer una profunda reverencia al joven Tolomeo.

—Hola, Alexandros —le saludó con desparpajo—. ¿No te acuerdas de mí? Nos vimos en los baños y en el gimnasio la última vez que pasaste por Alejandría.

—Te recuerdo perfectamente, Scopas —dijo con cortesía el macedonio—. Me causaste una gran impresión cuando te vi lanzar el venablo y luchar contra un robusto egipcio.

—También yo conservo un excelente recuerdo de ti. Tu habilidad y tu fuerza merecen una recompensa en los Juegos Olímpicos.

Alexandros inclinó la cabeza en señal de agradecimiento aunque no le pasaron por alto las alusiones del griego, quien daba a entender que también él era más griego que egipcio y que en justicia le correspondía brillar durante las pruebas olímpicas antes que en el trono de Egipto.

—No olvides que te hallas en presencia de la célebre Bilistiché, que consiguió una victoria en los Juegos Olímpicos y no por ello deja de ser la compañera de Tolomeo, faraón del Alto y el Bajo Egipto —fue la hábil réplica de Alexandros.

El griego se ruborizó levemente.

—Confío en no herir a nuestro bien amado faraón si te respondo que Bilistiché no es en absoluto una reina como lo fue Arsinoe, y que uno puede

ser hijo de faraón sin serlo de la Gran Esposa real. Los dioses han dado a nuestro muy alto rey hijos de un primer matrimonio. El joven Tolomeo, si bien todavía un niño, parece ya mucho más un faraón que tú a los veinte años.

Tolomeo se levantó, rojo de cólera.

—¡Tu lengua merece ser arrojada a las serpientes! —exclamó—. ¡Llévao y metedlo en prisión! Ya decidiré más tarde cuál ha de ser su suerte.

—¿Me permites intervenir? —pidió Alexandros, poniéndose también de pie.

El faraón vaciló.

—Sea.

—Por suerte para este griego de palabra desafortunada, realmente soy más griego que egipcio, y filósofo en mayor medida que faraón. Por eso pido clemencia para este estúpido invitado que ha expresado en voz alta lo que muchos piensan para sus adentros esta noche.

—¿Clemencia? —repitió asombrado Tolomeo.

—En efecto. El perdón le demostrará que más vale ser griego que faraón, pues fue en Grecia donde nacieron la libertad y la filosofía. Que medite mis palabras y que no vuelva a ser maldiciente respecto a mí.

El griego se retiró rápidamente por miedo a que Alexandros cambiara de opinión.

—No estoy seguro de que ande equivocado —dijo Alexandros a su padre—, aunque no tenía derecho a expresarse de ese modo ante ti.

Helena y Alexandros embarcaron en el Nilo cinco días después. El faraón había insistido en poner a su disposición la mejor escolta, habituada a desplazarse de Alejandría a las capitales de los nomos para preparar las grandes festividades religiosas de Egipto.

Se dejaron mecer tranquilamente hasta Menfis, y burlaron el aburrimiento degustando frutos secos y observando la actividad del río. Había muchas barcas en el Nilo, todas similares, con una popa y una proa levantadas, muchas de ellas adornadas con una cabeza de Hathor, la diosa de los viajeros, y un ojo pintado sobre la pala para guiar la embarcación.

Helena se había arrellanado en una silla en el centro de la barca y dejaba que el aire cálido le acariciase los hombros, mientras en la parte anterior de la embarcación un cocinero disponía la cerveza y las viandas.

Otra barca tiraba de la suya, que carecía de remeros y de vela. Dos marineros atendían la navegación; uno controlaba la sirga que unía las dos embarcaciones y el otro el timón de madera situado a popa.

—¡Voy a reducir la extensión de la maroma —gritaba con regularidad el primer marinero—, para que no se parta el mástil de la otra barca! No lo han asegurado con cabo alguno. No entiendo cómo nadie se ha preocupado de tender algunos desde el mástil hacia los extremos de la embarcación. ¡Cabecea peligrosamente!

Alexandros, poco preocupado por las vicisitudes de la navegación, dormitaba en un amplio camarote cuyas paredes adornaban magníficos dibujos egipcios y griegos. De pronto la barca se detuvo.

—El viento ha cesado —dijo el marinero que llevaba el timón—. Habrá que seguir a remo.

El capitán de la primera embarcación se situó a proa y aferró una larga pica, que desplazó por las profundidades del río. Diez remeros se pusieron manos a la obra mientras los marineros cambiaban la orientación de la vela tirando de los cabos.

Cuando se aproximaban a Menfis, empezaron a cruzarse con embarcaciones de mayor eslora. Un imponente mástil sostenía unas velas más grandes que las de las barcas habituales. Los marineros maniobraban

un gran timón a babor y otro a estribor. Grandes pañoles cobijaban a los caballos.

Otras embarcaciones, de poderoso mástil y en forma de media luna, parecían transportar todas las riquezas de opulentos mercaderes. Las chalanas cargadas de bloques de piedra o de gigantescas estatuas procedentes de las canteras avanzaban con mayor lentitud, sirgadas por barcas de práctico.

En Menfis se apretujaba una multitud cosmopolita. Atracaron la embarcación junto a las que ya se hallaban alineadas en espiga a lo largo de la ribera.

Unos costaleros vertían por turno en una de ellas los cereales que acarreaban, acompañándose con canturreos para mantener el ritmo y animarse. La barca rebosaba ya de cebada y de *boti*^[8]. Muy cerca, los comerciantes recién desembarcados habían dispuesto una mesa ante sus mercaderías y sus animales y procedían a remojar el gaznate y a comer.

A lo largo de todo el año, Menfis bullía de viajeros prestos a partir hacia los oasis, Asia o Nubia, o incluso en dirección a las canteras en busca de trabajo o para vender sus productos.

Todos vestían de idéntico modo, con taparrabos y sandalias los egipcios, y con túnica corta los griegos. Algunos campesinos caminaban tras sus jumentos cargados con cestos llenos de especias. Otros se amodorraban en las cunetas mientras sus cabras ramoneaban los abrojos.

Numerosos esclavos se dedicaban al mantenimiento de las calles, rellenando con tierra las irregularidades y las brechas abiertas por el paso de los rebaños y los carros.

—Hemos de alquilar un carro —dijo Alexandros al jefe de escolta.

—Yo me ocuparé.

Mientras el servidor del rey se ponía en movimiento, Helena se sintió atraída por un suntuoso carruaje en el que se erguía con orgullo un hombre de anchas espaldas, que llevaba en la mano un látigo con empuñadura de oro. Tiraban del vehículo caballos sirios, y unos negros corrían delante siguiendo las instrucciones de su amo.

El carro era a un tiempo robusto y espléndido, adornado con detalles en alto relieve. Conducía su dueño, evitando tirar del arreo de cuero que abrazaba por debajo el cuello de los caballos. La guardia personal abría la

comitiva, mientras que los esclavos portaban bebidas y los artículos de aseo.

«Conozco los dibujos de ese carro», se dijo Helena mientras avanzaba.

De pronto sus ojos brillaron de gozo.

—¡Koblos! ¡Koblos! —gritó, al tiempo que agitaba los brazos.

El propietario del carruaje lo detuvo en seco tirando con firmeza de las riendas que rodeaban los cuerpos de los caballos. Se apeó de un salto ágil y elegante y corrió a abrazar a Helena.

—Querido tío, ¿qué estás haciendo en Menfis? Esperaba verte en Tasnit, adonde nos dirigimos.

—Viajo con frecuencia para vender el producto de nuestras tierras. Mis hijos quedan al cuidado de la propiedad. Los dos mayores ya son unos hombres, y si mi ausencia no se prolonga demasiado, encuentro la finca en el mismo estado en que la dejé.

—¿Y en caso contrario?

Koblos prorrumpió en carcajadas.

—Tengo un hijo alto y robusto aunque poco autoritario, y otro más bien poco eficiente. En cuanto a los demás, son demasiado jóvenes y vanidosos, de manera que no puedo permanecer demasiado tiempo alejado de ellos. Al menos ahora me siento tranquilo porque tenemos a tus padres por vecinos.

—¡Me siento tan feliz de volver a verte! —exclamó Helena, cogiéndole las manos—. Todos te muestran tanto respeto... Sin embargo, debes aprender a tomarte un respiro y apoyarte en los hombros de tus hijos.

—Mis dos hijos menores reclaman mayores responsabilidades. Son inteligentes, y ya no soportan que sus hermanos mayores les paren los pies o les agobien con sus sempiternos consejos. Consideran que por mi edad y experiencia soy el único capacitado para castigarlos o hacerles recomendaciones.

—Pero también porque eres su padre, Koblos. ¿Puedo darte mi opinión?

—Por supuesto, Helena. Tus consejos siempre son bien recibidos.

—Supongo que en tu ausencia tus hijos pequeños deben de hacerles la vida imposible a los mayores. Seguro que no les respetan y que constantemente quieren imponerse...

—No cabe duda de que has captado la situación.

—Bueno, pues lo que debes hacer, antes de alejarte de tu casa, es designar a alguien para que te sustituya, y confiarle tus bienes. Que sea oficialmente responsable de ellos.

Koblos inclinó levemente la cabeza.

—Setui puede actuar en mi nombre. Toma las decisiones pertinentes con nuestro escriba Ramsés. Juntos hablan de las cosechas, de la venta de los cereales, del mantenimiento del ganado.

—¿Setui todavía no es tu socio?

—No, pero actúa como tal. Todo el mundo le aprecia. Es obediente. No obstante, le encuentro demasiado reservado, demasiado tímido.

—¿Y Khufu?

Koblos parecía desesperado.

—Khufu intenta imponerse a cualquier precio, pero obra a su aire. ¿Cómo confiarle la administración de una finca? Tomaría las peores decisiones, convencido de que actuaba de la mejor manera posible. Tiene celos de Setui, y no puedo privar al primogénito de un derecho que le corresponde por nacimiento, aunque tienda a ceder ante todo el mundo y dé pruebas de falta de autoridad.

—Si tuvieran algunos años más, Didu y Apuy serían sin duda los más adecuados para ese tipo de tareas.

—Es tan delicado conferir semejante poder a personas muy jóvenes cuando sus mayores aguardan desde hace tanto tiempo.

—No te dejes confundir por tales argumentos.

—Tus palabras rebosan sabiduría, y con ello me animas a reflexionar. Después de todo, Setui es un hijo bondadoso y servicial.

—Yo le quiero mucho. Me produce una gran alegría volver a verle. Se ocupó tanto de mí cuando era niña...

—También él te ha profesado siempre un gran afecto —dijo Koblos.

Helena se ruborizó. Setui era su primo preferido. Khufu le resultaba más bien desagradable y no tenía ninguna confianza en él.

—Hay que saber delegar en el momento preciso. No es bueno que un hombre joven disfrute demasiado pronto del poder, pero tampoco es bueno que lo obtenga demasiado tarde. A fuerza de obedecer, ¿Setui sabrá mandar más tarde?

—Su mujer no cesa de humillarle delante de su familia. Le impulsa a rebelarse. De hecho, existe una enconada lucha entre mis dos nueras; ambas querrían que sus esposos ocuparan mi lugar. —Koblos recuperó la sonrisa—. Afortunadamente, vuelves a estar entre nosotros, con tu belleza, tu dulzura y tu sentido común. Se diría que eres la única en esta familia que

conserva la cabeza sobre los hombros, dejando aparte a mi fiel Ramsés. Mis hijos me envidian y mis nueras disputan sin cesar.

»A veces, cuando siento deseos de tomarme un respiro, tengo la impresión de encontrarme metido en un gallinero. Estoy descabezando un sueñecito a la sombra cuando de pronto un insulto provoca otro, y todo termina en una tremenda algarabía. Los niños se ponen a llorar ruidosamente cuando oyen gritar a sus madres. Entonces aparece Khufu y toma el relevo en apoyo de su mujer. Sólo Setui permanece impasible, pero tan apagado...

Como Alexandros acudía para ver lo que pasaba, Helena corrió hacia él para presentarle a su tío.

—La joven que veis allí comprando fruta es mi nueva compañera —dijo Koblos.

—¿Tu nueva compañera?

Koblos se ruborizó.

—En efecto. Mi dulce esposa pasó a compartir el mundo de Osiris hace ya tanto tiempo... Aunque la lloré mucho, creo que aún tengo derecho a disfrutar de los placeres de esta vida.

—¿Quién podría reprochártelo? —replicó Helena con entusiasmo—. Esa mujer me parece hermosa y agradable. Y muy joven.

—Tanto como tú, Helena —dijo su tío, muy animado—. Mi único temor es que no les guste a mis hijos.

—Siempre resulta difícil conseguir que se acepte a una nueva mujer en el seno de una familia, sobre todo cuando es joven y resplandeciente.

—Temo más la reacción de mis nueras que la de mis propios hijos.

La egipcia se dirigió hacia ellos, con los brazos cargados de provisiones y una misteriosa sonrisa en el rostro. Caminaba con ligereza y gentil donaire, y tenía un porte felino. Llevaba una larga túnica plisada y transparente sobre una camisola blanca.

El vestido se sujetaba en el lado izquierdo. Era tan holgado que dejaba adivinar sus pechos y revelaba las esbeltas piernas. Las finas muñecas parecían doblarse bajo el peso de los brazaletes de oro retorcidos, y un collar de turquesas y lapislázuli refulgía suavemente en su cuello.

A medida que se aproximaba, como si caminase sobre nubes, el aire a su alrededor se volvía fragante.

—Ésta es Nahuri —dijo Koblos jovial, aunque con manifiesta turbación ante la presencia de la egipcia.

Nahuri los saludó sin decir palabra. Exhibía una perpetua sonrisa indefinible que le daba un aire inaccesible. «Parece una diosa maléfica, fría como una serpiente y de movimientos tan ondulantes como un gato», se dijo Helena.

La egipcia cogió una fruta del cesto que llevaba y se la llevó a los labios para degustarla.

—Te estoy esperando, Koblos. Aquí hace demasiado calor, y me prometiste llevarme a tomar un baño. He comprado fruta madura y cerveza. Creo que no debemos dejar que se caliente. ¿Aún no has terminado?

Semejante descaro no pudo por menos que asombrar a Helena. ¿Cómo podía su tío, siempre tan autoritario, dejarse manipular de esa manera?

—Espera unos minutos más, Nahuri —le respondió él con embarazo—. Helena es mi sobrina y hace años que no la veía. ¿Qué te parece si viene con nosotros?

Sin el menor asomo de tacto ni de buenas maneras, Nahuri insistió.

—Preferiría que estuviésemos solos, y será mejor que nos vayamos enseguida, hace demasiado calor.

Koblos se sentía violento. Contra lo que cabía esperar, trató de disculparse ante Helena, prometiendo que le concedería más tiempo cuando se hubiera instalado en casa de su padre.

—Pero ¿no podríamos ir a refrescarnos todos juntos? —preguntó Helena, un tanto sorprendida.

La egipcia replicó impaciente, sin hacer el menor caso de las palabras de la joven.

—¿No eres el mayor de nosotros? —le soltó a Koblos—. ¿Acaso no te corresponde a ti decidir?

—Sin duda —repuso él, disponiéndose a seguirla—. Nos veremos más adelante. Dentro de unos días regresaré a la finca con Nahuri.

Les dirigió un precipitado saludo y se subió al carruaje, mientras la joven se acomodaba a su lado.

Helena se quedó desconcertada, con los brazos colgando.

—Me parece que no hemos encontrado a tu tío en el mejor momento —dijo Alexandros, intentando reconfortarla—. Te noto apenada.

—¡Si le hubieras conocido hace cinco años! —replicó ella—. Se le veía tan seguro de sí mismo... Todo el mundo le respetaba, y por supuesto que nadie se hubiera atrevido a darle órdenes con semejantes modales.

—No hace falta exagerar. Se trataba de un simple capricho.

—¡Al que ha respondido como un corderito! Pero ¿quién es esa Nahuri, con su aspecto de mujer de la vida? ¿Habrá salido del barrio de Rhacotis? ¿Con qué derecho se inmiscuye en los asuntos de familia una concubina?

—Lo que temo es que actúe igual en la hacienda de tu tío. Sería una catástrofe.

—Mi tío aprueba todo lo que ella dice, parece hechizado.

—Tal vez porque es sensible a sus encantos.

—Quizá sea bonita, pero resulta vulgar y no conoce los buenos modales. Y lo cierto es que no nos hemos mostrado desagradables con ella. Tendrá que bajar esos humos si quiere ser aceptada en el seno de la familia.

—¿Y si no quiere?

—¿Qué pretendes decir?

—Puede que desee mantenerse apartada.

—¿Y predisponer a mi tío en contra de sus hijos? ¿Qué ocurrirá entonces cuando Koblos se ausente para vender los productos de sus tierras y deje a su concubina sola en casa?

Su esposo no respondió.

—No comprendes lo que acabo de insinuarte, y es porque las mujeres percibimos mejor esas cosas que los hombres —dijo Helena.

—Se diría que vaticinas algún desastre.

—No preveo nada bueno, ésa es la verdad.

En aquel momento apareció un carro a toda velocidad. Cuando pasó por delante de Alexandros, uno de los dos arqueros que conducían el vehículo disparó una flecha en su dirección, que fue a clavarse justo a su lado.

—¡Eso es para que no olvides que los dioses no te han elegido para ser faraón! También tu padre es un usurpador. ¡Sólo un egipcio puede convertirse en rey de Egipto! Son las mujeres las que transmiten la sangre real, y tú has nacido de una simple griega sin ascendencia regia.

Marineros, mercaderes y hombres del pueblo acudieron en socorro de Alexandros.

—No estoy herido —dijo éste, conmovido por haber sufrido aquella agresión—. Todo va bien.

Helena, presa de un leve temblor e incapaz de articular palabra, no había hecho un solo gesto.

El macedonio recogió la saeta que había caído a sus pies y la observó con atención.

—Esto no nos da la menor información sobre la identidad de los agresores. ¿Se trata de alejandrinos que viven en Menfis?

—Más bien me imagino que proceden de Alejandría y que nos han seguido hasta aquí —dijo Helena, que había recuperado el ánimo—. ¿Cómo iban a conocerte si no? Y aunque te conocieran, ¿cómo se habrían enterado de que has regresado a Egipto? Estoy impaciente por llegar a casa de mi padre, allí estaremos seguros.

—No tengas miedo. Si esos dos energúmenos hubieran querido matarme, no les habría costado mucho hacerlo. Sólo se trata de una advertencia por si entrase en mis planes suceder algún día a mi padre.

—Y no tienes ningunas ganas, reconócelo.

—Este tipo de cosas no me animan precisamente a reconsiderar mi decisión.

Helena estuvo de acuerdo con él, mas no por ello se sentía menos convencida de que Alexandros sería un faraón excelente.

5

En la finca de Koblos reinaba una gran agitación. Zenodoto acababa de recibir un mensaje de su hija y había informado de inmediato a la familia de su hermano.

—Helena viene hacia aquí con su marido, el hijo del faraón —dijo sin entusiasmo Tyi a su esposo, Setui. Su tono de voz era agudo y tenía los labios contraídos—. ¡Debes de estar encantado de volver a verla!

Setui se ruborizó.

—Siempre nos hemos llevado bien —respondió—. No temas, te querrá tanto como a mí.

—Sí, ya me lo imagino —dijo Tyi con sequedad—. ¿Por qué te quedas ahí plantado sin hacer nada? Da las instrucciones pertinentes para recibirla. Al fin y al cabo, su marido es el hijo del faraón.

—Desde luego —admitió Setui, al tiempo que se levantaba del sillón de mimbre que ocupaba y en el que le gustaba dormir—.

—Si no tomas la iniciativa en ausencia de tu padre, nunca serás temido ni respetado, y si apruebas neciamente todo lo que dice cuando está aquí, siempre serás objeto de burla. ¡Didu y Apuy son más ladinos y despiertos que tú! Saben cómo actuar...

—Mi padre me aprecia...

Tyi prorrumpió en carcajadas. Sacudió la larga cabellera negra, que estaba peinando con esmero. El peine se deslizaba sin dificultad por los finos y lisos cabellos. Tyi habría resultado hermosa si la severidad no hubiera deformado los apacibles rasgos de su rostro.

—Si te apreciara tanto como a sus hijos pequeños, sería maravilloso —replicó—. A ellos los adora. Los ha mimado tanto que le sacan todo lo que quieren. La cosa no era demasiado inquietante cuando eran niños, pero el tiempo trabaja a su favor. Si no fuesen tan perezosos, podrían ayudaros a ti y a Khufu. ¿Por qué no hablas de eso con tu hermano?

Setui bostezó varias veces.

—Ya conoces a Khufu. ¿Por qué te empeñas en que hable con él? No serviría de nada.

Tyi dejó bruscamente el peine en una mesita baja.

—Desde luego consigues irritarme. Te quedas ahí apoltronado horas enteras. Cuando tu padre te dirige reproches que deberían ir destinados a tus hermanos, ni siquiera chistas. Le escuchas y después le pides perdón, como si fueras responsable de la pereza y los caprichos de Didu y Apuy. Khufu no se deja tratar así. ¡Le planta cara y le dice las cosas como son!

—Por eso mi padre me pide que me haga cargo de la propiedad en su ausencia. Sabe que en caso de discordia mantendré la calma y actuaré de manera más reflexiva.

Tyi hizo una mueca. No estaba nada convencida.

—Delega responsabilidades en ti, pero sin otorgarte ningún título oficial —replicó—. Ya tienes edad para tratar de igual a igual a tu padre, y muchas veces Koblos te habla como a un niño.

—A sus ojos siempre seré un niño, y supongo que yo actuaré del mismo modo con mis propios hijos.

—Ya me ocuparé yo de que no sea así. Resultas tan ridículo en presencia de tu padre... ¡Háblale de ello!

—Me daría la sensación de que trato de echarle para ocupar su puesto. Mi padre desea proceder como siempre ha hecho. No le gusta aminorar la marcha de sus actividades y detesta confiarlas a otro.

—¡Ya me he dado cuenta! Por eso vivimos todos al ritmo de sus cambios de humor. ¿Por qué no intentas al menos hablar con él?

—Me interrumpiría en cuanto abriera la boca.

—Ya estás de nuevo con tu derrotismo de siempre. Si yo tuviese voz y voto sabría imponerme, créeme. Pero soy una mujer y se negará a escucharme.

Setui trató de calmarla. Su esposa caminaba de un lado a otro de la estancia, agitando sin cesar los rollizos brazos.

—Me pregunto cómo pudo seducirme tu blandura —añadió, llevándose las manos a la cabeza.

Sin levantar la voz, Setui le dijo que intentaría hablar con su padre para complacerla.

—¡Ya era hora! —exclamó ella—. Cuando le hables, recuerda que no debes suplicarle sino imponer tu voluntad. No perderás nada si adoptas un tono autoritario. Koblos te necesita. Sólo Ramsés podría hacerte sombra, porque es leal e inteligente, pero se trata de un extraño. Koblos no permitirá que nadie suplante a sus hijos en su propia casa, lo conozco. No esperes a que tu padre muera para empezar a actuar. ¿No es justo que también yo

ocupe el lugar que me corresponde, el de la esposa del primogénito de esta casa, el heredero?

Setui avanzó con parsimonia hacia ella.

—Tengo la impresión de que tu amor por mí abandonó esta morada hace mucho tiempo. Ya no soy lo bastante bueno para ti.

—¿Qué mujer no se sublevaría ante tu debilidad de carácter?

—Cálmate. Me comprometo a reclamar a mi padre mayores responsabilidades.

—¡También yo quiero estar mejor considerada!

—Sea. Prometo hablarle de ello.

—Lo dudo. Si llegas a hacerlo, te sentirás como un niño en presencia de su profesor.

—Yo sólo quiero tu felicidad —musitó Setui.

—Ahora ocúpate de los preparativos. Helena llegará de un momento a otro. Zenodoto ha dicho que estaba impaciente por poner fin a su viaje.

La finca de Koblos, al igual que la de Zenodoto, se hallaba rodeada de un alto muro de piedra. La puerta principal daba a las viviendas, en tanto que otras puertas más pequeñas permitían el acceso al jardín, la tahona, la cocina y las casitas cuadradas de los criados, compuestas de cuatro departamentos.

Los muros de las dos haciendas casi se tocaban. Ambas viviendas remataban en una azotea a la que se accedía por una escalera que descansaba en las columnas salomónicas que rodeaban los dos edificios. Una y otra fachada presentaban un pórtico de columnas papiriformes. Las cornisas estaban decoradas con flores y frutas, y los dinteles de las puertas con palmas. Todas las salas de recepción también tenían columnas, que servían de soporte al techo. Dichas estancias daban a habitaciones más pequeñas, donde se alineaban arcones para la ropa blanca y tinajas de aceite. Dos pozos aseguraban el abastecimiento de agua a las casas.

Cada familia poseía una amplia vivienda que daba a un patio provisto de un cuarto de baño.

La casa de Ramsés era independiente. Estaba situada no lejos de la perrera y el patio, donde se concentraban los silos, y era grande y luminosa, propicia para la reflexión y el reposo.

Setui se dirigió con paso lento a la morada de Ramsés. En las limpias y perfectamente alineadas calles de los jardines, cuidados con esmero,

jugaban los hijos de Khufu, cerca de las vides y las flores.

—¡Cuidado con los arriates! —gritó Abi, la esposa de Khufu, a su hija.

Entre Zenodoto y Koblos debían de poseer todas las variedades de árboles que crecían en las riberas del Nilo: palmeras del coquito, datileras, cocoteros, azufaifos, granados. Bajo los sauces, la tierra se veía fértil aunque desnuda. Los tejos habían sido podados con arte, y los altos sicómoros extendían sus imponentes ramas por encima de los terrados. Cuando los higos estaban en sazón, los sirvientes se afanaban al pie de los árboles, con cestas al brazo.

—¡No vayas a la cabaña de los aperos! —gritó de nuevo Abi, que se pasaba el día presa de inquietud y agitación.

—Pero si la casa del jardinero está cerrada, lo sabes muy bien... —respondió con toda calma la hija mayor de Khufu, que apenas contaba seis años.

—Es posible, aunque nunca se sabe. Tu tío Setui almorzó ayer allí, y temo que se olvidara de cerrar la puerta.

—Padre siempre dice que es incapaz de hacer algo a derechas.

Esta observación hizo sonreír a Abi. Aunque Setui la oyó, no se molestó por ello. Quería tanto a las hijas de su hermano que se lo habría perdonado todo.

Pasó por detrás de los pabellones de madera que resguardaban las bebidas que los sirvientes solían poner a la sombra, junto a las mesas donde la familia se sentaba a comer en verano.

—Ven aquí —decía Abi a su hija—. Sube la escalera. Iremos al estanque, a ver si atrapas los nenúfares con ese palo.

—Prefiero subir a la barca —gimió la pequeña Nefer.

—¡Basta que te proponga un juego para que sistemáticamente quieras hacer otra cosa!

Los gritos de Abi despertaron a la más pequeña, que dormía en su cuna.

—Ah, estás ahí —dijo Abi a su marido—. Llegas en buen momento. No puedo vigilar a Nefer y ocuparme de la cría al mismo tiempo. Acompaña a tu hija al estanque. —Como Khufu no respondía, Abi pareció contrariada—. ¡Khufu, tu hija te está esperando!

—Tengo cosas más importantes que hacer que ir a jugar con Nefer.

Abi cogió a la criatura en sus brazos y la acunó para calmarla.

—¿Qué ocurre?

—Helena está a punto de llegar, y mi padre me ha dicho que no me ocupe de nada. Para recibir al hijo del faraón lo deja todo en manos de Setui, que no tiene el menor espíritu de iniciativa. Me gustaría tanto que me permitiese demostrarle de qué soy capaz...

Abi sacudió un tallo de papiro ante la chiquitina para entretenerla y poner fin a sus lloros.

—Toma —dijo Nefer, que adoraba a su padre y se había puesto de puntillas para tenderle un cántaro lleno de agua.

—Gracias, Nefer —le dijo Khufu.

—Te preocupan otras cosas —comentó Abi, que conocía bien a su marido.

—En efecto. Setui ha vendido madera a bajo precio. No entiendo por qué ha tenido que regalarla.

—Se ha limitado a obedecer a tu padre.

—Como siempre. Hay que actuar en todo momento tal como decide nuestro padre, y cuando le sugiero intervenir, me tilda de incapaz. Creo que no me considera a la altura, y eso que está empezando a chochear. Recurre a métodos caducos y muestra una absoluta falta de astucia y audacia. Si se dignara escucharme, le haría ganar un montón de dinero. Al fin y al cabo, ¿no tenemos todos interés en que se realicen buenas transacciones?

—Te admiro —dijo Abi con los ojos brillantes—. Eres tan ambicioso y emprendedor...

—¿Podemos irnos ya al estanque? —gimió Nefer, impaciente.

Abi la miró con ternura.

—Gracias a ti tengo unas niñas tan preciosas...

—Voy a enviar un mensaje a mi padre. Si una vez más se niega a escucharme, nos marcharemos.

Abi dejó a la niña en la cuna. Estaba asustada.

—¿Y adónde iremos? Esta es nuestra casa.

—Qué más da. Trabajaré en otra finca. O tal vez Alexandros me ayude a obtener un puesto en el palacio de Alejandría.

—Pero lo tuyo es trabajar la tierra...

—¿No me crees capaz de convertirme en un alto funcionario?

—Puedes lograr lo que te propongas, querido. Eres muy inteligente.

—Mi padre es autoritario, pero poco eficaz. Me insulta en presencia de toda la familia. No pensarás que voy a aceptar que esa situación se prolongue toda la vida.

—Estoy contigo, Khufu, pero ni hablar de marcharnos.

Khufu se quedó tan sorprendido al oír expresarse a su mujer con tanta seguridad, lo que no armonizaba con su carácter, que su cólera se disipó como por ensalmo.

—No abandonaré los bienes que el faraón confió a tu padre y que el día de mañana heredarán sus hijos. Este bosque, estos campos, el lino, los frutales, las tierras, los animales no son una insignificancia. Si te vas, tu padre se sentirá tan furioso que lo perderás todo, lo cual haría las delicias de Didu y Apuy. No olvides que tus hijas tendrán que administrar algún día esta hacienda. ¡Debes pensar en ellas!

—Me asombras, Abi. Creía que me había casado con una mujer sumisa y afectuosa, dispuesta a acatar todas las decisiones de su marido, y ahora descubro un aspecto de tu carácter que ignoraba por completo.

—No escribas a tu padre. Acepta seguir dependiendo de él.

—¿Hasta cuándo?

—Tu padre nunca renunciará a ejercer el poder, salvo cuando se disponga a reunirse con Osiris. Tal vez lo que le mueve a hacernos depender de él es que de ese modo confía en retenernos aquí... —Hizo una mueca de desdén—. De hecho, nos tiene bien sujetos a todos, y lo sabe.

Khufu no había sido consciente hasta entonces de los sentimientos que Abi albergaba con respecto a su padre, y lo cierto es que le sorprendió.

—Vamos al estanque, reflexionaré sobre ello —dijo.

—No hay nada sobre lo que reflexionar —replicó su esposa—. Naciste en un día venturoso, por lo tanto vivirás más tiempo que tu padre. En cambio, el nacimiento de Setui tuvo lugar en un día nefasto, y una enfermedad le llevará a la tumba. Tus hijas nunca han lanzado vagidos similares a los susurros de los abetos; en cambio el hijo de Setui siempre ha rechinado los dientes al llorar. No vivirá mucho. No olvides que Osiris fue engullido por un abeto, y que esos lloros no pueden presagiar nada bueno. Así que tus hijas poseerán la mayor parte de la propiedad. Su horóscopo, que hice que les predijeran en la Casa de la Vida, es excelente.

Khufu miró a su mujer con la boca abierta.

—Vamos al estanque —repitió, sumido en sus pensamientos.

6

Cuando Setui llamó a la puerta de la casa de Ramsés, éste estaba releiendo el mensaje de Koblos.

Pese a su juventud, Ramsés era de natural serio y reflexivo. Sólo hablaba en caso de absoluta necesidad. Apreciaba sobremanera la música y la poesía y era hábil con las manos.

Setui se sentía siempre reconfortado en su presencia, pues el escriba encontraba soluciones allí donde él no veía sino problemas.

—Dudo que tu padre se sienta satisfecho con las ventas que has realizado desde su partida —dijo Ramsés, alzando la mirada hacia él—. En lo tocante a la cebada y la madera, se hubiera podido lograr una mejor transacción.

—No vengo a verte por eso —respondió Setui—. Me plegaré al veredicto de Koblos. Sin embargo, hoy me ha encargado una ardua tarea. Tengo que recibir al hijo del faraón.

El astuto Ramsés se lo quedó mirando y le tendió el papiro que tenía desplegado sobre las rodillas.

—¿Puedes leérmelo? —preguntó vergonzosamente Setui—. Yo lo hago tan despacio...

El escriba se puso manos a la obra.

—«Yo, Koblos, deseo que os encontréis en perfecto estado de salud. Que los dioses os ayuden en vuestra tarea. Que Serapis vele por vuestros intereses. Que Setui no descuide su trabajo diario.»

Setui meneó la cabeza. Aunque trabajase cien veces más, su padre no se sentiría satisfecho. Suspiró al imaginarle cuando volviera. Protestaría de todo, gruñiría ante el más mínimo error y daría las órdenes pertinentes para enderezar el timón.

Ramsés prosiguió la lectura del mensaje sin dejar de observar las reacciones de Setui.

—«Sed amables con el abuelo. Tratad a vuestra nodriza como si fuese vuestra madre. No os peleéis y estad atentos a las crecidas. Helena llegará dentro de unos días con su marido, Alexandros. Setui, te encomiendo la tarea de recibirles, y no olvides que Alexandros es el hijo del faraón. ¡Si le faltáis al respeto, te haré responsable!»

Setui se estremeció.

—Voy a pedirle a Apuy que dé las órdenes necesarias en las cocinas —dijo.

—No te lo aconsejo —replicó al instante Ramsés—. Tu padre te ha encargado una misión de confianza. Si hubiera elegido a Apuy para esa tarea, me lo habría hecho saber.

Setui prometió obedecer a su padre. No obstante, recordó las palabras de su mujer.

—A Tyi le parece que trabajo demasiado... —empezó.

—¿Y tú qué opinas?

—Puesto que mi padre está contento, yo también lo estoy.

—Entonces, escúchame. Tú darás las instrucciones para que preparen los manjares que exige la ocasión. Luego harás que engalanen la casa. Helena irá primero a casa de su padre, pero acto seguido aparecerá por aquí. Sería conveniente ir a recibirla a la orilla del río cuando desembarque. Los pescadores pueden informarnos de su llegada.

—¡Es una excelente idea! Voy a ocuparme de ello sin demora.

Al ver a su hermano Apuy en el jardín, fue a su encuentro sin más dilación.

—Ve a la ribera del río —le dijo— y ven a avisarnos en cuanto divises la barca de Helena.

Apuy protestó.

—¡No tengo tiempo! Envía a uno de los sirvientes. No se necesita saber leer para cumplir semejante encargo.

—Ah, pero ¿sabes leer?

—Y mejor que tú —respondió Apuy en tono impertinente—. Estoy aprendiendo, y hago progresos cada día.

De pronto le interrumpió una voz grave y un tanto cascada, y le salieron los colores a la cara.

—¡Ven aquí! —le gritó Nekhti, el padre de Koblos.

La nodriza, Tamit, acababa de ayudarle a sentarse en un banco de piedra.

—No te había oído, abuelo... —dijo Apuy, turbado.

—Me creías todavía en mi cama o en mi silla porque mis miembros están fatigados y mi vista algo más débil que antaño, ¿verdad?

—No —replicó en el acto el muchacho—. Es bueno que salgas...

Nekhti se encogió de hombros. Luego rogó a Setui que les dejara solos un momento.

—No intentes halagarme ni seducirme con palabras de nieto cariñoso —dijo a Apuy—. Has replicado a tu hermano de manera intolerable. En ausencia de tu padre, es él quien dirige la hacienda, así que has de obedecerle.

Apuy masculló entre dientes.

—No te corresponde a ti elegir las tareas que te incumben —añadió Nekhti—. La función de Ramsés es leer y escribir los mensajes, y tu deber estriba en ayudar a tus hermanos en el campo.

De pronto Apuy sufrió un acceso de cólera.

—¡Setui apenas tiene la capacidad necesaria para guardar un rebaño! Tal vez yo sea más joven, pero soy más inteligente instruido que él.

»En cuanto a Khufu, malgasta su energía en actividades estúpidas. Padre lo sabe muy bien, y por eso me deja elegir por mí mismo lo que quiero hacer.

—Resultado: te pasas el día haraganeando con Didu mientras los demás trabajan.

—No tienes derecho...

—¡Pequeño impertinente! Transmitiré esas palabras a tu padre.

Apuy hizo una mueca.

—A Didu y a mí nunca se nos permite comer hasta saciarnos, y sin embargo padre ordenó a Setui que satisficiera nuestros menores deseos. Le enfurecerá saber cómo hemos sido tratados en su ausencia. Mira que enviarme a la ribera del río como si fuese un simple criado...

Nekhti se lo quedó mirando sin decir palabra, y Apuy añadió meloso:

—No le contarás esta conversación a padre porque me quieres y sabes que todo cuanto digo es cierto. Él me escucha, sobre todo cuando le cuento lo bueno que eres.

—No me vengas con zalamerías y haz el favor de ir en busca de Setui para pedirle perdón.

—¿Crees que no me doy cuenta de la situación? Padre sabe perfectamente que Setui no está a la altura. Y tampoco puede contar con Khufu, así que Didu y yo no tardaremos en administrar la hacienda.

—Mi hijo no permitirá que sus benjamines dirijan su casa.

Apuy se acercó a su abuelo y bajó la voz.

—Didu y yo somos los únicos que no tenemos miedo a padre. Dicen que es autoritario, y yo me pregunto por qué. Es demasiado viejo para tomar las decisiones adecuadas.

—¡Ya basta! —saltó Nekhti—. Medita sobre mis palabras, porque de lo contrario podría ocurrirte alguna desgracia.

Nekhti llamó a la nodriza, que acudió presurosa.

—No estaba lejos —dijo.

—¿Has oído la manera en que Apuy se atreve a hablar de su padre?

Tamit pareció avergonzada.

—El digno y valeroso amo se sentiría sin duda apenado al oír hablar de él en esos términos a su querido Apuy.

—¿Te atreverías a contárselo? —preguntó el muchacho con descaro.

—Únicamente deseo la felicidad de esta familia, pero es bueno que el amo esté informado de ciertas cosas.

—Sólo estaba bromeando. ¿A quién te parece que creerá mi padre si le entristeces diciéndole que no le respeto? No te aconsejo que practiques ese jueguecito conmigo.

Apuy lanzó una torva mirada a la nodriza, y acto seguido se alejó sin decir palabra. En ese momento regresaba Setui en busca de noticias.

—¿Obedecerá Apuy? —preguntó con voz vacilante a su abuelo.

—Mi hijo es demasiado indulgente con Apuy. Me inquietan sobremanera las palabras que acaba de pronunciar. Setui, debes hablar con tu padre en cuanto regrese, es preciso que esté informado de la actitud de Apuy. Por mi parte, le diré cuán jactancioso, fanfarrón y retorcido se muestra tu hermano.

—No temas, abuelo, todo se arreglará cuando él vuelva. Siempre toma las decisiones más acertadas.

—No estoy muy seguro de ello —replicó Nekhti.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer?

—Eres bueno, Setui. Tal vez tu padre y tu esposa den por descontadas tu devoción y tu ternura, pero Koblos no sabe agradecértelo y tu mujer se atreve a darte órdenes.

Setui se limitó a responder que todo volvería a su cauce cuando regresara Koblos.

—Me gustaría tanto que estuviera aquí para recibir a Helena... —dijo—. Él sabría qué instrucciones dar.

—O no me has entendido o finges no haberlo hecho —insistió Nekhti—, pero te lo repito: no te dejes dominar de ese modo.

—Disculpa, abuelo, pero debo ir a las cocinas —dijo Setui, colorado hasta las orejas.

Aunque el viaje había resultado agradable, dejando aparte el incidente que habría podido costarle la vida a Alexandros, Helena se sintió dichosa al reconocer el Valle de los Reyes y después el Valle de las Reinas, donde se encontraban las tumbas reales, y no lejos de allí las casitas blancas donde vivían algunos campesinos.

Al divisar el templo de Khnum, el dios con cabeza de carnero, lanzó un suspiro de alivio y dio gracias a los dioses por haberles sido propicios en su viaje fluvial. Tolomeo había dispuesto en él una larga avenida bordeada de esfinges. Aquel *dromos* conducía a dos obeliscos de granito de Syena y una puerta gigantesca adornada con escenas en relieve. En el interior, el patio se hallaba rodeado de un pórtico formado por una doble hilera de columnas decoradas con jeroglíficos.

Helena conocía ese templo mejor que los monumentos de Alejandría, pues solía visitarlo con frecuencia durante su infancia. Había bajado a la sala principal, iluminada mediante simples aberturas en la cubierta. Ya entonces le habían impresionado las columnas papiríformes de alegres colores, el techo tachonado de estrellas y de buitres en pleno vuelo. Se decía que Tolomeo la había embellecido aún más. Aunque sólo el faraón tenía acceso a esa sala, su padre y su tío eran tan altos dignatarios que a Helena le habían permitido penetrar en ella durante las festividades del dios Khnum.

¿Cuántas veces habría suplicado a su tío que la llevase con tal ocasión al santuario, donde el pasadizo entre el suelo y el techo se estrechaba tanto que la oscuridad resultaba angustiosa? Sin embargo, nadie había consentido en conducirla hasta el *naos*, donde se erguía la estatua del dios, ni siquiera a la antecámara, en la que los sacerdotes disponían la barca sagrada de la deidad. También estaba prohibido visitar las capillas de las otras divinidades y los pequeños recintos donde se guardaban los objetos del culto.

Helena se sentaba a menudo ante la clepsidra del templo, cerca del pozo, indispensable para las festividades, las procesiones y el clero. Imaginaba la cabeza del dios Khnum mirando hacia la luz para comunicarse con el exterior. Los sacerdotes se bañaban no lejos de allí, en el lago sagrado donde Tolomeo había organizado el año anterior unos juegos náuticos.

Helena asistía también al ir y venir de los funcionarios que acudían a consultar los archivos del Alto Egipto en la Casa de la Vida, ubicada en el interior del templo y que contenía los almacenes, las tinajas de cereales y modestos aposentos para los miembros del clero.

—Pareces fascinada —le dijo Alexandros mientras la cogía por los hombros y contemplaba a su vez el templo de Khnum, más bajo que el nivel del agua y que por consiguiente parecía hundirse en arenas movedizas.

—Lo estoy. Venía tan a menudo aquí durante mi infancia, Alexandros... Pasé largos meses con mi tío y mis primos, y guardo un recuerdo entrañable. Todo era alegría, risas y despreocupación. Cuando mis profesores de Alejandría interrumpían las clases y disponíamos por tanto de un período de libertad, me apresuraba a pedirle a mi padre que me llevase a Tasnit. Lo hacía él mismo o bien encargaba a uno de sus fieles servidores que me acompañase.

Se interrumpió, y durante unos momentos permaneció pensativa.

—Hoy regreso con mi esposo...

—Cuánta melancolía.

—No me malinterpretes. Me siento colmada, pero no puedo por menos de evocar el tiempo pasado. Me gustaría tanto que todo fuese como antes...

—No hay ninguna razón para pensar que las cosas hayan cambiado —respondió Alexandros.

—Mi padre había aconsejado al tuyo que hiciese construir un *mammisi*^[9] en el interior del templo para honrar el nacimiento del dios Khnum. Le vi varias veces bosquejar escenas de boda y de nacimiento para decorar ese pequeño monumento. Pronto lo visitaré por primera vez. ¡Que el dios Bes vele por Khnum!

Al acercarse las dos barcas, los sacerdotes se congregaron en la orilla. Helena no tardó en divisar a su familia, que acudía al desembarcadero. Agitó los brazos y se apresuró a descender, mientras los marineros halaban las drizas de la barca piloto. Apenas puso los pies en tierra firme, sus parientes la estrecharon contra su pecho. Helena besó a su familia y agradeció con un ademán el detalle a cuantos habían acudido a saludarla.

—¡Gracias sean dadas a Serapis por haberte conducido al fin hasta nosotros! —exclamó Zenodoto, con los ojos llenos de lágrimas—. Teníamos tanta inquietud por tan largo viaje... Tu madre me obligaba todos los días a rogar a los dioses que te ayudaran y protegieran.

—Alexandros estaba a mi lado para animarme —respondió Helena.

Zenodoto vaciló en saludar al joven macedonio.

—Sí, el hijo de ese maldito Tolomeo —masculló entre dientes.

—¡No insultes a los dioses despertando el viejo rencor que te enfrentó al faraón!

—Yo lo eduqué, lo conozco mejor que nadie.

—¿Acaso no te dio esa hacienda para que la administres y explotes como hace Koblos con su propia tierra, y de la que se puede decir que casi eres propietario?

—¡Es lo menos que podía hacer! ¿Hubiera llegado a faraón sin mi ayuda?

Alexandros se acercó a Zenodoto y le rogó que se mostrase tolerante.

—Hagamos borrón y cuenta nueva y olvidemos las viejas rencillas —le dijo—. Vamos a instalarnos aquí por una larga temporada. ¡Que el gozo habite en vuestras moradas y que la desgracia se vea excluida!

Abi coronó a los recién llegados con guirnaldas de hojas y flores de loto entrelazadas. Toda la familia lanzaba ahora gritos de alegría o entonaba cantos de la tierra.

Zenodoto rodeó con un brazo los hombros de su hija mientras su madre le estrechaba afectuosamente la mano.

—¿Viste a Koblos en Menfis? —le preguntó—. ¿Regresará pronto?

—¿Por qué te inquietas de ese modo? ¿Acaso Setui no dirige la hacienda de su padre en su ausencia?

—Precisamente. Y no se atreve a emprender nada. En cuanto a Khufu, hace cosas desastrosas.

—No temas, padre, Koblos nos viene a la zaga. No tardará en llegar.

—¿Qué pasa por tu cabeza? Te veo muy pensativa...

Helena le tranquilizó.

—Se encuentra bien y dentro de unos días estará en Tasnit.

—Lo prefiero así.

La joven pensaba en las palabras intercambiadas con su tío, y en su apego a la egipcia. No había podido evitar que su actitud la decepcionase; su tío era un personaje tan imponente en su recuerdo... En cambio lo había encontrado pusilánime, casi ridículo, engreído y chocho, por ceder de aquel modo a los caprichos de una muchacha que hubiera podido ser su hija.

Helena y Alexandros dieron las gracias a los sacerdotes congregados. Luego ella juzgó oportuno dedicar un cumplido a cada uno de los presentes.

En primer lugar se dirigió a Setui, que la contempló con las mejillas como la grana.

—Sigues siendo el bueno de siempre —le dijo—. Y tú, Khufu, te mantienes igual de guapo y de despierto. ¡Apuy y Didu, qué alegría veros tan robustos! En cuanto a vosotras, Tyi y Abi, me llenará de dicha conoceros más a fondo. Sin duda pasaremos excelentes momentos juntas.

Se inclinó para tomar en sus brazos a la pequeña de Abi, cuyo rostro se iluminó de felicidad.

—¡Y aquí estás tú también, querida nodriza! Estoy convencida de que sigues profesando idéntica devoción a mi tío.

Tamit bajó la cabeza. Cuando se disponía a arrodillarse para besar la mano de Helena, ésta le indicó con un ademán que no lo hiciera. Siempre había detestado el servilismo con que Tamit acompañaba cada una de sus palabras. Había estado a la cabecera de su tía en sus últimos días, lo que la había acercado mucho a Koblos. Tal vez esperaba unas muestras de agradecimiento que culminasen en el matrimonio. Al principio los hijos de Koblos temieron que así fuera, pero su padre no parecía ver en la buena Tamit sino la fiel sirvienta de la casa.

Helena no hubiese podido asegurar que en la nodriza no subsistiera algo de rencor por aquello. Sus actos de generosidad, tal vez calculados, se habían transformado a la sazón en hipócritas lisonjas que provocaban incomodidad en quienes la rodeaban. Consideraba que debía estar al corriente de cuanto ocurría en la casa y hacía todo lo posible por conseguirlo, llegando incluso a escuchar detrás de las puertas.

Nekhti solía repetir que si Koblos hubiera cometido la estupidez de casarse con ella, Tamit se habría vuelto odiosa de la noche a la mañana. Lo habría controlado todo, y habría manejado a Koblos a su antojo.

—¿No ha venido contigo mi abuelo, el noble Nekhti? —preguntó Helena a Tamit.

—No, se encuentra demasiado fatigado. Por lo general se queda en su habitación, porque se desplaza con suma lentitud. Pero te aguarda con sus ropas de fiesta.

—Vamos a abrazarle —dijo la joven a Alexandros, cogiéndole del brazo—. Ardo en deseos de verle. No quiero que piense que lo dejamos de lado.

Tras atravesar el pueblo de Tasnit, los carruajes se adentraron en la campiña y no tardaron en llegar a la finca de Koblos.

Nekhti hizo amago de levantarse para abrazar a Helena y Alexandros, y Tamit se precipitó a ayudarlo.

—¡Gloria a ti, Alexandros! —exclamó el anciano de mirada maliciosa—. Considérate en tu casa. Es un honor para nosotros recibirte. Mi hijo ha dado las órdenes pertinentes para que seas acogido como mereces.

—He conocido a tu hijo Koblos —respondió Alexandros con cortesía.

—Casi no hemos podido hablar con él —intervino Helena—, pero ya recuperaremos el tiempo perdido a su regreso.

Nekhti entornó los ojos como si tratase de escrutar los pensamientos de su nieta, y rogó a los demás miembros de la familia que se retirasen para charlar en privado con Helena y Alexandros. Todos obedecieron, un tanto humillados, con excepción de Zenodoto y su esposa, Letho.

—¿Mi hijo iba acompañado de esa egipcia? —preguntó Nekhti con voz risueña.

Helena no supo qué responder.

—No mientas para encubrir las calaveradas de ese desdichado —le dijo Nekhti.

—La verdad es que sí —repuso la muchacha con un hilo de voz—, y es una mujer muy bonita. Pero ¿cómo puedes estar al corriente? Los dioses ya no te permiten caminar y sabes más del asunto que el resto de la familia.

—Tengo mis informadores. Antes de que Koblos empezase a viajar, yo era quien iba al norte. Varios mercaderes aún vienen a verme cuando están de paso hacia Luxor o Tebas. Frecuentemente me hacen cumplidos con respecto a la nueva compañera de mi hijo.

—Lo comprendo —dijo Helena.

—¿No es normal que Koblos busque casarse de nuevo? Todavía es joven —intervino Zenodoto, que solía tomar partido por su hermano.

—Ah, Zenodoto, una mujer joven y bonita es un veneno para una casa. Temo que ocurra lo peor si tu hermano decide algún día traerla a Tasnit.

—Pues me parece que ésa es realmente su intención —dijo Helena.

Letho se tapó la boca con la mano para sofocar una exclamación. Nekhti detestaba los gritos y aspavientos de las mujeres.

—¿Qué edad tiene?

—No más de veinte años —respondió Helena.

—¡El muy idiota! ¡Mi hijo es un verdadero zoquete! Camina muy tieso, se pavonea, pero tiene menos cerebro que un mosquito.

—Siempre hablas de él en términos poco elogiosos, y no se lo merece —intervino de nuevo Zenodoto—. Koblos es inteligente, y al presentarnos a su compañera no hace nada malo.

—¡A su concubina! ¿Crees que será aceptada por mis nietos y sus esposas? Ya estoy viendo la cara que pondrá Tyi.

—¿Es que Koblos no tiene derecho a hacer lo que le plazca en su propia casa? ¿Acaso su familia no depende de él y de su trabajo?

—Sí, incluso demasiado. En lugar de entregarse a coqueteos, Koblos debería pensar en confiar responsabilidades a sus hijos mayores. Los trata como si fueran niños, y me consta que esa situación les molesta.

—¿Qué es lo que temes? —le preguntó Helena.

—Que algún día se marchen de aquí. Que vayan a trabajar a otra hacienda.

—¿Renunciando a heredar en el futuro el disfrute de esta tierra, de estas cuadras, de estos cultivos?

—Sí —respondió Nekhti—. Yo sé por qué Koblos vacila en depositar su confianza en ellos. Khufu es impulsivo, irreflexivo e impertinente. En cuanto a Setui, aunque obediente y servicial, es menos inteligente y emprendedor que sus hermanos. Se muestra siempre inseguro; no toma iniciativa alguna y aguarda las órdenes de su padre, incluso cuando éste se halla de viaje.

—Mi hermano trabaja demasiado, duerme poco y nunca se concede un momento de respiro —insistió Zenodoto—. ¿Cómo puedes ser tan injusto?

—Eso es precisamente lo que le reprocho. Lo que tiene que hacer es dejar volar a sus hijos con sus propias alas. Sin duda cometerán errores, nadie es perfecto, pero aprenderán a administrar la propiedad. Koblos los tiene encerrados en un puño y les impone su voluntad. Su último capricho es esa egipcia. Dudo que sea del agrado de todos...

—Esperemos que se muestre afable y discreta —dijo Zenodoto.

Alexandros frunció el ceño, cosa que no pasó inadvertida a Nekhti.

—Una mujer joven rara vez es afable, y si además es la compañera del amo, difícilmente se mostrará servicial. Lo mejor que podría hacer mi hijo sería llevarla consigo en cada uno de sus viajes; se ausenta con tanta frecuencia... Intentaré quitarle de la cabeza esa idea descabellada de dejarla sola aquí. Esa pobre mujer se complicaría la existencia.

—Creo que realmente sería la mejor solución —admitió Helena, que no se atrevía a ir más allá en presencia de su padre.

En cuanto a su madre, tenía por costumbre no inmiscuirse en las discusiones familiares.

—¡Olvidemos a ese viejo visionario de Koblos! —dijo Nekhti, recuperando la sonrisa—. En realidad me divierte más que me atormenta. También yo apreciaba antaño a las mujeres bonitas. Sin embargo, tiene el don de tomar las peores opciones en los peores momentos. Ahora que hemos acabado con este asunto, saquemos partido del reencuentro. Setui ha hecho preparar un banquete. ¡Cantad y bailad hasta bien entrada la noche!

8

Helena aspiró los perfumes que emanaban de la tierra y los árboles.

La casa de su padre constaba de dos plantas y era menos luminosa que la de su tío. Las escasas ventanas, pequeñas y cuadradas, protegían a los habitantes del calor y del viento. La mayoría se hallaban cubiertas en parte con trozos de lino.

En la planta baja, las mujeres cocinaban o tejían. Helena captó con placer el olor a pan caliente, que llegaba hasta el jardín. Su madre la llamó desde la ventana de su dormitorio, situado en el primer piso. Era la más bella estancia de la casa, decorada con columnas lotiformes. La puerta y las ventanas estaban rodeadas de paneles de madera esculpida, y las paredes exhibían escenas de la vida cotidiana, pintadas en tonos ocre, verde y turquesa.

Helena corrió a reunirse con su madre. Tenía la sensación de haber rejuvenecido, recuperando con ello las respuestas automáticas de la infancia.

Cuando entró en la habitación, de techo tan bajo que bastaba con levantar el brazo para tocarlo, su padre iniciaba el aseo diario. Aparecieron unos criados con palanganas y aguamaniles mientras él tomaba asiento en un sillón de alto respaldo. Las sirvientas se afanaban por doquier, acarreando enormes vasijas de agua o bolsas con lienzos hechos una pelota.

Zenodoto llamó al escriba, que le leyó el correo y recibió sus órdenes para la jornada.

—¿Dónde está Alexandros? —se inquietó Letho.

—Se ha ido a Edfú.

—¿A Apolinópolis Magna? ¡Vaya, parece que no pierde el tiempo! Mira que irse después de un viaje tan largo...

—No tardará en volver.

—Dime, Helena, ¿cómo es esa egipcia que vive con tu tío?

—Engreída, caprichosa y bella.

—Siempre tan segura de tus juicios. ¿Que piensas de ella?

—Nada bueno, madre.

Tras haber satisfecho la curiosidad de Letho, Helena subió por una escalera hasta la azotea, donde se alineaban los silos. Despertó por descuido

a un sirviente que se había dormido al sol y que se deshizo en mil excusas antes de desaparecer.

Las ramas de las palmeras y de los granados proyectaban una tenue sombra sobre la terraza. Una sierva egipcia la estaba fregando al estilo de antaño, con natrón, *bebit* y pescado seco. A su paso iba esparciendo semillas de cebolla para espantar a las serpientes, grasa de oropéndola contra las moscas y freza contra las pulgas. Otra se disponía a prender fuego a excrementos de gacela para impedir que las ratas se comieran el grano. Una tercera removía en un amplio recipiente una mezcla de resina de terebinto, incienso y corteza de naranja, que acto seguido pasearía por todas las estancias de la casa para eliminar los malos olores.

Mientras hervía la mixtura, pronunciaba algunos encantamientos cerca de una rama de acacia que había plantado la víspera en una maceta de cerámica para ahuyentar a todos los insectos nocivos.

Helena no estaba acostumbrada a contemplar tales prácticas, pues se había criado en Alejandría, lejos de los antiguos usos egipcios, pero ya había tenido ocasión de observar aquellos ritos ancestrales cuando iba de visita a casa de su tío.

Alexandros tenía razón al afirmar que no había nada como un viaje al corazón de Egipto para conocer a sus habitantes. Los alejandrinos constituían un mundo aparte.

De nuevo fue presa de la inquietud. ¿Había hecho bien Alexandros en alejarse de la hacienda? ¿Podían atentar otra vez contra su vida tan lejos de Alejandría? Se estremeció al recordar la flecha que había rozado a su esposo. ¿Acaso no era ella quien le animaba a convertirse en faraón? ¿Era en realidad tan buena idea?

Bajó de nuevo al jardín y se dirigió al de su tío. Su angustia desapareció como por ensalmo al oír la voz de sus primos Setui y Khufu, que estaban discutiendo. Cuando eran más jóvenes, no pasaba un solo día sin que tuvieran una riña. Khufu exhibía la misma seguridad que antaño, mientras que Setui hablaba en voz baja y vacilante, como de costumbre, con una actitud escéptica y pesimista.

Los niños jugaban junto al estanque. Tyi y Abi también discutían, aunque sin verdadera animosidad. Se trataba de riñas de mujeres, sin consecuencia alguna.

—¡Por mucho que te obedezca Setui y por más que grites, no voy a ceder! —decía Abi.

Tenía el rostro relajado, y al parecer sus arrebatos eran más bien raros.

—¡Qué burra llegas a ser! —gritó Tyi—. Te digo que es mejor disponer el mobiliario de esta manera; a los niños les resultará más alegre.

Abi fingió no haberla oído.

—Tyi tiene razón —intervino la nodriza, surgiendo del bosquecillo que daba sombra al estanque.

—No necesito tu apoyo para nada, Tamit —replicó la aludida—. En ausencia de Koblos soy la señora de la casa y tomo las decisiones que me placen.

—Mi única intención era ayudaros —dijo Tamit, humillada—. Nunca oigo una palabra de agradecimiento por los servicios que presto en esta casa.

—Podemos pasarnos muy bien sin tu opinión —remachó Tyi.

—Si tu suegra viviera todavía, no me hablarías en ese tono. Me apreciaba tanto...

—Como Koblos.

—En efecto. He criado a vuestros maridos y me mostráis una ingratitud intolerable.

—Como Koblos, confiésalo. ¿Acaso no deseabas casarte con él?

Tamit se puso como la grana.

—Algún día tal vez los dioses le guíen hacia mí...

Tyi prorrumpió en carcajadas.

—¡Pobre loca! Acepta la vida como es. No eres más que una sirvienta, aunque en ocasiones mi suegro te dé muestras de su afecto.

Tamit la fulminó con la mirada.

—Esa réplica te costará caro, Tyi. ¡Los dioses castigan a las mujeres de tu calaña!

Cuando la nodriza se retiró, con los ojos anegados en lágrimas, Abi tomó con toda calma la palabra.

—¿Por qué te has mostrado tan odiosa con Tamit? Le has causado un gran dolor.

Su cuñada se echó a reír.

—¡Venga ya! A Tamit no le afecta nada. Es taimada y sólo sueña con avivar las desavenencias entre nosotros.

—Ves el mal por todas partes.

—Lo distingo allí donde se encuentra, créeme. Tamit no es tan buena como le gustaría hacernos creer.

Helena no tenía ningunas ganas de mezclarse en la conversación. Pasó con sigilo por delante de la habitación de su abuelo, que dormitaba, abanicado por dos criadas, y luego se alejó del bullicio que reinaba en la casa.

Cuando estaba a punto de llegar al lugar elegido por Koblos para su futura tumba, muy cerca de la de su difunta esposa, y donde los trabajadores se afanaban ya (pues los egipcios se preocupaban muy pronto de su tránsito al mundo de Osiris), vio a Khufu, que se alejaba hacia el Nilo con paso decidido, y a Setui, que venía hacia ella. El corazón empezó a latirle con fuerza. Cuando la vio, Setui le hizo señas de que le esperase. Caminaba con tal parsimonia que apenas se oía el roce de sus sandalias con el suelo. Su sonrisa resultaba reconfortante.

—Mi querido Setui, si supieras cuánto me alegro de volver a verte —dijo Helena—. Me dirigía a la tumba para ver cómo andan las obras. Me sorprende que Koblos haya manifestado el deseo de ser enterrado según los usos egipcios y de que preparen su tumba con tanta antelación.

Setui le cogió las manos y la besó.

—Mi padre es tan egipcio como griego.

—¿Ahora que todos los egipcios de alto rango adoptan las costumbres helénicas? No lo puedo creer.

Se dijo que Nahuri no era sin duda ajena a ese comportamiento, de modo que no insistió. Setui conocería muy pronto a la compañera de Koblos. «No será él quien entre en conflicto con la muchacha —se dijo—. Setui aceptará la elección de su padre. Temo mucho más la reacción de los otros.»

—No conoces a Ramsés —le dijo Setui—. Voy a presentártelo. Se ocupa precisamente de la tumba de mi padre, de los salarios de los trabajadores y los gastos que esta construcción acarrea. También hace los inventarios, lleva los balances, administra las reservas...

—En una palabra, es indispensable.

—¡Has dado con la palabra justa! —dijo una voz masculina a sus espaldas.

—¡Tío! —casi gritó Helena, tal fue su sorpresa.

—En efecto, aquí estoy de vuelta. Mi buen Setui, ve a avisar a la familia, quiero saludar a todo el mundo.

Setui abrazó con ternura a su padre. Estaba a punto de ponerse en marcha cuando Nahuri avanzó hacia él. Se acariciaba los labios con una flor de loto mientras dirigía a Setui una mirada provocativa.

—¡Ve, ve hijo mío!

Setui se alejó a la carrera. Al poco rato la familia se hallaba reunida. Koblos transmitió a todos la alegría que le embargaba al volver a verlos y luego puso a Nahuri delante de él, como si quisiera imponerla. La piel de la egipcia mostraba un tono más tostado que la de Tyi o Abi. Era más delgada y tenía los cabellos más negros. Detrás de las espesas pestañas se movían unos ojos vivos y observadores que dibujaban una almendra hacia las sienes.

—Hijos míos —dijo Koblos—, y tú, querido hermano, es mi deseo que aceptéis a Nahuri y que en adelante la consideréis parte de la familia.

Al oír que Tyi hacía a Setui una observación desagradable en relación con la mirada desvergonzada de Nahuri, Koblos se dirigió a ella.

—Os conozco a todos y cuento especialmente contigo, Tyi, para que demostréis vuestro cariño a Nahuri. Acabas de recordarle a tu marido que nunca he traído a ninguna mujer aquí por consideración hacia mi esposa. Hace mucho tiempo que mi bien amada se trasladó al Hades. Nahuri endulzará mi ancianidad. Venid a saludarla.

Todos obedecieron, aunque sin entusiasmo. En ese momento apareció Nekhti, que miró de hito en hito a la joven antes de tenderle la mano.

—Mi hijo te ha elegido, así que sé bienvenida... pero cuidado con querer llevar la voz cantante en esta casa.

Koblos refunfuñó.

—Nahuri será en adelante la señora de la casa. Le he regalado ropas y joyas para que su apariencia esté a la altura del amo de esta hacienda. No es tonta y está acostumbrada a vivir en la ciudad. Debéis hacer lo necesario para que no se aburra aquí.

—Después de las ventas catastróficas que ha hecho Setui, hubiera sido mejor no incurrir en nuevos gastos —murmuró Khufu.

Tamit se precipitó hacia Nahuri y le cogió el cofre de las alhajas.

—Ven —dijo—, te conduciré a los aposentos del amo. Un buen masaje te relajará las piernas y los hombros.

Koblos recuperó la sonrisa.

—¡Ésa es la reacción que esperaba! —exclamó.

—¡Nahuri es tan hermosa! —ponderó la nodriza—. Nadie podría reprocharte el haber elegido a una compañera semejante. Trabajas para todos nosotros y también tú tienes derecho a la felicidad.

Tyi y Abi habían vuelto a entrar en la casa.

—¿Mis nueras lo entienden así?

—Yo lo entiendo y lo apruebo —dijo Tamit—. ¡Tus hijos deben obedecerte y aceptar tus decisiones!

—¡Tienes razón! —replicó Koblos—, y ya me las apañaré para hacérselo comprender. Ah, mis queridos hijos —añadió, rodeando con sus brazos los hombros de Apuy y Didu—, cuánto os he echado de menos. Vamos a casa.

—No dudo que la egipcia habrá alegrado sus días de soledad... —murmuró Khufu a Setui al tiempo que los seguía—. ¿Qué opinas tú? No parece muy feroz.

—¡Cállate, Khufu! Hablas demasiado, y padre podría oírte.

—¿Y qué? Yo no me arrastro en su presencia como haces tú.

En aquel momento se volvió Koblos, y Setui se ruborizó de tal modo que su hermano se burló de él.

—Ante todo me gustaría que Ramsés y tú, Setui, me hicierais un breve resumen de todo lo ocurrido en mi ausencia.

—Ramsés está en la tumba... —musitó Setui.

—Pues ve a buscarlo. Os espero en mi habitación. Voy a echarme un rato.

Khufu rió entre dientes.

—¡Me parece que te sentirás decepcionado! —dijo a su padre.

—Soy yo quien debe decidirlo, Khufu —respondió con severidad Koblos—, ¡y nadie más!

9

Koblos se puso a la tarea más tarde de lo previsto.

—Te has dejado enredar, mi pobre Setui —dijo al cabo—. ¿Cómo has podido vender a tan bajo precio?

—Ya se lo dije yo —intervino Khufu—. No es así como nos haremos más grandes.

—No buscamos ampliar la hacienda, sino conservarla —dijo su padre.

—¡Eso es precisamente lo que te reprocho! Si me dejaras actuar a mí, ganaríamos dos veces más.

—¿Cuándo llegará el día en que tengas la cabeza sobre los hombros? Tu problema es que te dispersas; barajas mil ideas, pero eres incapaz de concentrarte en una sola. Oyéndote se diría que puedes mover montañas, pero lo cierto es que a duras penas te las apañas para educar a tus hijas. ¿Cómo puedo tener confianza en ti? Parece que te produzca un perverso goce el hacer lo contrario de lo que yo deseo.

—Actúo como me parece conveniente, eso es todo —fue la réplica de Khufu.

—Sin tener en cuenta mis instrucciones...

Ramsés se mostró conciliador.

—No creo que sea el día más adecuado para que os peleéis —dijo—. ¿No os sentís felices de volver a veros?

—Ramsés tiene razón —admitió Koblos, bajando la voz—. Siempre consigues irritarme, incluso cuando me encuentro en excelente disposición de ánimo. ¿Acaso no soy yo quien lleva las riendas aquí? ¿Qué sería de vosotros sin mí? No tenéis ninguna necesidad de pensar ni de trazar planes para vuestro futuro. Basta con que me secundéis.

—Ésa es la cuestión —respondió Khufu—. Te hemos ayudado y no vacilamos en trabajar lo mejor posible, pero hemos llegado a la edad de tomar decisiones, y a veces me parece que adoleces de un poco de..., en fin, que te falta iniciativa.

Setui se estremeció. Koblos se puso rojo de cólera y las venas de su cuello se le hincharon.

Ramsés los observaba sin decir palabra.

—¿Te he reprochado acaso que dilapides nuestro dinero comprando joyas a una extranjera? —añadió Khufu sin inmutarse.

—¡Si pronuncias una sola palabra más, tú y tu familia podéis abandonar esta casa ahora mismo! —rugió su padre, fuera de sí.

Khufu estalló en carcajadas.

—Precisamente le decía a Abi que era lo bastante brillante para que mi talento fuese apreciado por otros. No necesitas decirme que me vaya, puedo hacerlo por mi cuenta.

Ramsés dirigió a Koblos una mirada de entendimiento.

—Vamos, vamos, hijo mío, no perdamos la calma y hagamos las paces.

—No olvides nunca lo que acabo de decir —repitió Khufu, subrayando cada palabra—. ¡Nunca! ¡De lo contrario abandonaré esta casa en el acto!

Salió presa de la furia y casi se dio de bruces con Nahuri, que inspeccionaba cada estancia con aire displicente.

Khufu se contuvo a duras penas para no decirle lo que agobiaba su corazón y, tras vacilar un instante, se alejó rezongando.

—¡Khufu! —le llamó la joven—. Porque eres Khufu, ¿verdad?

El aludido se volvió con presteza.

—Me parece que no te caigo muy bien —le dijo Nahuri.

—Habrías hecho mejor en no venir nunca aquí, y si quieres un consejo, será mejor que te vayas lo antes posible.

La mujer le respondió con toda calma:

—Sabes que tu padre me ama, y ansío convertirme en su esposa.

—Ese día aún está por llegar, Nahuri.

—Deberías ponerte de mi lado, si sabes lo que te conviene, Khufu.

—Y tú del mío. Tus amenazas no me inquietan lo más mínimo, ni me hacen mella alguna.

La egipcia, que no había perdido la sonrisa, prosiguió su visita canturreando.

Koblos en cambio lamentaba haber perdido los estribos de aquel modo.

—Vamos, no ha pasado nada —le dijo Ramsés—. Khufu necesita recibir una lección de vez en cuando. Pero has de tomar una decisión. Te ausentas con frecuencia, así que debes aclarar la situación y confiar tus bienes a uno de tus hijos.

—¿Acaso no es eso lo que hago? —replicó Koblos, lanzando una ojeada a Setui.

—Si no te importa, Setui, me gustaría hablar con tu padre en privado.

Setui se retiró con la mayor discreción.

—Reúne a la familia y diles que eliges a uno de tus hijos para tomar las decisiones contigo. De ese modo administraríais oficialmente la propiedad entre dos.

—Didu y Apuy no piensan en otra cosa.

Ramsés meneó la cabeza. Su rostro parecía aún más redondo debido a sus cortos cabellos.

Era un hombre menudo y rechoncho. Tenía las cejas tan gruesas que parecía permanentemente ceñudo, y las espesas pestañas velaban un tanto su mirada viva e inteligente.

—¿No es a ellos a quienes tenías en mente?

—No —respondió el escriba—, pensaba en Setui.

—Helena me dijo más o menos lo mismo en Menfis.

—Tu sobrina es sabia. Tengo muchas ganas de conocerla.

—Reflexionaré sobre todo esto —respondió por último Koblos.

—Pues no pierdas tiempo. Todos están ansiosos por conocer tu decisión.

Koblos asintió con la cabeza, aunque sus dudas no se habían disipado.

Como la reunión de trabajo se prolongaba, Tyi acudió varias veces a escuchar detrás de la puerta. Oyó con satisfacción los reproches que Koblos dirigía a Khufu, y confió en que su esposo se atreviera por fin a hablar con su padre para reclamarle lo que se le debía, una función que le implicase en mayor grado en la gestión de la finca.

Cuando le vio salir con la cabeza gacha, comprendió que Setui aún no había pedido nada.

—No era el momento adecuado, pero estoy seguro de que Ramsés hablará en mi favor —dijo éste.

—¿Qué esperas de Ramsés? —gruñó Tyi—. ¿Todavía no has comprendido que en la vida sólo se puede contar con uno mismo? Ramsés ocupará el lugar que te corresponde.

Setui trató de calmarla.

—Es preferible que Ramsés hable en mi nombre; mi padre tiene mucha confianza en él.

—¡Yo estaba en lo cierto! Tienes miedo de tu padre. Has realizado transacciones poco afortunadas y temes que te pegue en la mano como a un niño. Nahuri sí que ha comprendido que es preciso imponerse.

—Pero ella es hermosa y le resulta más fácil...

Tyi replicó con acritud:

—¿Te parece tan bella como Helena?

Setui se ruborizó.

—Así que Helena te gusta... —insistió su esposa.

—Quiero a Helena como a una prima —repuso él sin inmutarse—. Nahuri tiene un gran encanto...

—No es más que una cortesana con aspecto de ramera. ¿Por qué debería tener derecho a la palabra en el seno de la familia? ¿Chochea tanto tu padre como para prestarle mayor atención que a su primogénito, el heredero de esta propiedad?

—¿Ya tienes motivos de queja contra Nahuri?

—Sí. Es una sabihonda que deambula por esta casa como si lo dirigiese todo.

—Dale al menos la oportunidad de ser aceptada.

—Pierde cuidado —respondió Tyi con sarcasmo—. Abi la ha ayudado a instalarse. Pero llegará el día en que todo se le tuerza.

Setui la miró intrigado.

—¡Eres un estúpido! —siguió ella—. Rebasas tan buenos sentimientos que no ves el mal por ninguna parte. Koblos no siempre estará aquí para proteger a su querida concubina...

Setui hubiera sufrido un acceso de cólera de haber sido capaz de ello.

—No hables así, Tyi —dijo—. ¡Me das miedo! Más vale que cuides mejor a Mielos. Ya se ha vuelto a marchar otra vez.

El hijo de Setui, que sólo contaba cinco años, había tomado la costumbre de correr a la escalera en cuanto su madre volvía la espalda. Ésta le llamó, pero en vano. Mielos arrastró a la hija mayor de Khufu hacia los peldaños y arrojó por ellos un juguete de madera, que rebotó de escalón en escalón antes de romperse cerca de Nahuri, la cual había concluido su inspección y subía a los aposentos de Koblos.

—¡Peste de chiquilla! —dijo a la hija de Abi, que bajaba azarada la escalera a todo correr.

Cuando Mielos se agarró a ella para no caer, Nahuri lo apartó con tan malos modos que lo tiró al suelo.

—¡Me has manchado el vestido! —gritó furiosa—. ¡Qué mal educados están estos críos!

—Eso no era necesario —protestó Abi, al tiempo que estrechaba a los dos niños contra su pecho.

—Deberías conseguir que estos pequeños demonios te obedecieran —replicó la egipcia.

—Ya educarás a tus hijos como te parezca mejor, Nahuri —intervino Tyi, cerrándole el paso—, pero aquí nunca impondrás la ley. ¡Te arrepentirás de lo que has hecho, te lo juro!

Nahuri prorrumpió en carcajadas.

—El dueño de esta casa desea descansar un rato, así que te aconsejo que te lleves a esta niña chillona.

—¿Cómo te atreves? A Koblos siempre le ha gustado oír a sus nietos; dice que sus gritos y juegos le llenan de alegría.

—Pues ya no. Queremos descansar y no estaría de más que os llevarais de aquí a esos críos desobedientes y ruidosos.

Cuando Abi se disponía a replicar de nuevo, Koblos apareció en lo alto de la escalera. Había acabado de despachar con Ramsés y estaba impaciente por encontrarse a solas con Nahuri.

—Tiene razón —dijo a Abi—. Soy yo quien ha dado esas órdenes. Nahuri me colma de atenciones, y le estoy muy agradecido por ello.

—Pero Koblos, siempre te ha gustado oír a los niños...

La egipcia la interrumpió.

—Me asombra que se discutan las órdenes del dueño de esta casa. No ocurría así en Menfis, en la morada de mi padre.

Koblos se mostró de acuerdo.

—¿Pero no ves adonde quiere ir a parar? —le gritó Tyi—. ¡Esa mujer pretende cambiar las costumbres de la familia, cuando apenas acaba de llegar! ¡Sólo busca avivar los enfrentamientos y las peleas!

—Te equivocas —replicó Koblos—, sólo quiere mi bienestar. Pero ¿qué os pasa hoy a todos? ¿Quién respetará entonces a Nahuri? Yo la he elegido, y quiero que le mostréis cariño y le tengáis miramiento. ¡Y también quiero que se acaten mis órdenes! ¿Qué está ocurriendo aquí? Khufu se ha insolentado conmigo y vosotras dos venís ahora a hostigarme.

Tyi sacudió a Setui por el brazo.

—¡Hablale! ¿Es que no te das cuenta de los manejos de esa egipcia?

—Ese chiquillo es el vivo retrato de su madre —dijo Nahuri—. Setui es tan tranquilo, tan dulce... Me pregunto, Setui, cómo Koblos puede soportar este alboroto un día tras otro. Todos le debéis respeto.

—Nahuri tiene razón —confirmó Koblos—. Khufu me ha dicho que se marcharía si no le satisfacían las órdenes que doy, y yo he tenido la flaqueza

de retenerle. Pues bien, Abi, que se vaya contigo y con vuestras hijas, si así lo desea.

Abi se puso blanca como el papel. Se acercó a la egipcia y le espetó con frialdad:

—Te odio, Nahuri. Koblos jamás habría hablado así si te hubieras quedado en Menfis.

La joven siguió a Koblos sin dejar de reír. Cuando pasó junto a Tyi y Setui, murmuró:

—Pero ¿dónde se ha metido Helena, Setui?

10

Helena salió temprano a la mañana siguiente hacia la futura tumba de Koblos, donde ya estaban trabajando numerosos obreros bajo la dirección de un capataz. El camino que llevaba a la tumba ascendía levemente, y Helena no tardó en divisar las haciendas de su padre y de su tío.

Se detuvo un momento a descansar y tomó asiento en una piedra desde donde contempló el Nilo gris, por el que avanzaban lentamente barcas de velas cuadradas. Más allá del río y de las poblaciones que lo bordeaban se extendían vastas mesetas desérticas. Desde donde se encontraba, Helena podía observar la actividad de los campesinos, que alineaban enormes tinajas de trigo, cebada, *durah*^[10] y lentejas, o ponían a resguardo ajos, cíceras, arañuelas y habas.

Un funcionario alejandrino comprobaba la producción de sésamo, ricino, coloquintidas y cártamo^[11]. A su lado, un escriba tomaba notas sobre la cantidad de lino disponible en la hacienda de Koblos.

Los huertos, que los egipcios denominaban «paraísos», abundaban en palmeras, acacias y sicómoros. Zenodoto y Koblos vendían esas maderas para la construcción de casas, mientras que con las palmas fabricaban un vino que en ocasiones igualaba al *erpi*^[12] y al licor de Mareotis.

Los griegos no sólo habían desarrollado el cultivo de los olivos en Alejandría y en El Fayum, sino que habían contribuido a impulsar la viticultura en todo Egipto.

Helena se hallaba rodeada de plantas que desprendían agradables aromas: jaras, cinamomos, *cypros*, mirobálanos, cuya fragancia intensificaba el calor. Los efluvios del *cypros* le recordaban Canope, donde esta planta tenía fama de ser la más hermosa.

Durante un buen rato Helena siguió los movimientos de aquel hormiguero de trabajadores que se ocupaban de la rotación de los cultivos y de la cría de palomas, cuyos excrementos utilizaban para fertilizar los campos. Cigoñales y norias movidas por asnos, y más raramente por camellos, completaban la obra de irrigación del Nilo. Aquí y allá se veían algunos caballos, rebaños de ovejas de Xoís y cabras.

Algo más lejos, unos campesinos recogían juncos en las charcas formadas por el Nilo al retirarse tras haber inundado la tierra. Esos *byblos*

permitían la fabricación del papel, que luego se vendía en todo el mundo, cuando no eran utilizados por los egipcios para una actividad menos pacífica, la caza, pues los juncos eran tan densos que resultaba fácil esconderse en ellos para acechar a las presas.

—Qué vida tan ajetreada, ¿verdad?

Helena se sobresaltó.

—Me has asustado —dijo a Setui.

—Voy a hablar con Ramsés. ¿Quieres acompañarme?

La dulzura de la voz de su primo turbó a Helena.

—No hay nada comparable al Nilo cuando inunda el valle —añadió éste—. ¿Recuerdas los días siguientes a la retirada de las aguas? Las ratas corren por el barro, huyendo de los campesinos que hunden los pies en el limo para sembrar la tierra. El suelo está tan blando que resulta inútil labrarlo. Sólo se requiere una piara de cerdos para que pisen las semillas y las hundan.

Helena le cogió la mano y le pidió que la condujera hasta Ramsés.

—Este paseo me recuerda los que dábamos juntos antaño. Tu presencia me reconforta, Setui.

Éste estrechó su mano con más fuerza. También él sentía un gran afecto por su prima.

Ramsés estaba realizando una evaluación de las obras más recientes.

—Koblos desea que Nahuri disponga de una tumba al lado de la suya —dijo a Setui—. Quiere idénticos ornamentos en el interior, realizados por los mismos artistas. Todo eso costará caro.

—¡Nahuri es tan hermosa! —exclamó Setui—. ¿Cómo resistirse a sus encantos?

Ramsés le observó con el ceño fruncido.

—Pareces cansado.

—Sí, lo estoy, porque apenas he dormido. Abi y Tyi se pelearon ayer, muy tarde, con Nahuri. Luego Tyi me reprochó que no hubiera hablado con mi padre. En cuanto a Khufu, regresó a casa completamente borracho y despertó a todo el mundo al acostarse.

—La verdad es que Nahuri provoca a toda la familia —afirmó Helena—. No actúa de buena fe.

—Tal vez tenga sus razones —insinuó Ramsés con aire misterioso.

—Me sorprendería mucho —replicó Helena.

En aquel momento llegó Khufu. Estaba pálido y tenía los párpados enrojecidos y la mirada extraviada. Sacudió los robustos hombros como para despertarse.

—Ni hablar de que padre derroche todo su dinero en la construcción de una tumba para su concubina —masculló con la boca pastosa—. Ya es bastante con que la cubra de joyas en vida. Una concubina no es una esposa, y en cualquier caso, nunca será nuestra madre. —De pronto dirigió una extraña mirada a la entrada de la tumba—. Ahora bien, si el acondicionamiento de esa tumba pudiera acarrear la muerte de Nahuri...

—¡Khufu! —exclamó Helena—. ¿Cómo te atreves a hablar así? Aparte de otras consideraciones, Nahuri no debe de contemplar la muerte como un obstáculo a la hora de ejercer su poder sobre tu padre. No olvides que es más egipcia de alma que nosotros, que tenemos sangre griega en las venas.

—Mi madre era egipcia —rezongó Khufu—, y de todas formas no soy un estúpido. Una compañera muerta no tiene la misma influencia que una concubina hermosa y rebosante de salud.

—En eso Khufu tiene razón —intervino Ramsés, pensativo—. Koblos no considera la muerte como lo hacemos los egipcios, aunque tenga el capricho de querer una tumba digna de los altos funcionarios de antaño. Si Nahuri muere antes que él, dudo que siga apegado a esa mujer. La olvidará. Sólo la madre de sus hijos subsistirá en su recuerdo.

—Creo que acabas de dar con la solución a nuestros problemas, Ramsés —afirmó Khufu.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Setui, aterrado ante la determinación de su hermano—. ¿Que Nahuri resultaría menos peligrosa muerta que viva?

Entonces aparecieron Apuy y Didu. Los dos adolescentes, inquietos por las decisiones de su padre, aprobaron las palabras de Khufu.

—¡Esa egipcia ha osado ridiculizarme ante mi propio padre! —exclamó Apuy—. ¡A mí, que era su preferido y al que siempre escuchaba! ¡Ha ocupado mi lugar en su corazón!

Didu se mostró en desacuerdo. También él quería ser el favorito, sin duda porque era el más joven y Koblos cedía a todos sus caprichos. Ambos eran altos y apuestos y sólo se llevaban un año.

—Otro medio para desembarazarse de Nahuri consistiría en seducirla —apuntó Didu—. Si mi padre se da cuenta de que se siente atraída por uno de nosotros la echará.

Ramsés sonrió.

—¡No seas criatura! —le dijo—. ¿Crees que Nahuri cometería un error semejante? Pues no está ella poco feliz de verse aquí... Dudo que fuera a estropearlo todo, enamorándose como una tonta.

—¡Acabaremos con ella! —afirmó Khufu confundido—. Tengo la absoluta certeza. ¿Cómo conseguirlo? ¡Los medios importan poco!

Se alejó con las manos en la cabeza, como si aún no hubiera recuperado el pleno uso de sus facultades.

—¡Cómo está el pobre! Sus razonamientos todavía acusan el efecto de la bebida.

—No lo creo, Helena —respondió Ramsés—. Khufu está perfectamente lúcido. Lo que ha dicho lo pensaba de veras.

—¡Pero si ha hablado de muerte! ¿Le crees capaz de cometer un asesinato?

—Koblos me ha contado lo violento que era de niño, sobre todo cuando le contrariaban. A menudo se peleaba con Setui y con los chicos de su edad.

—Es verdad —reconoció el aludido.

Helena sonrió ante ese recuerdo.

—Pero no eran más que peleas de chiquillos. Y cuando Khufu no lograba salirse con la suya, cogía tal rabieta que a veces vomitaba todos los dulces que Tamit le había preparado para que se calmase.

—Tengo que hablar con Koblos —dijo Ramsés, sin añadir nada más.

Setui, Apuy y Didu acompañaron a Ramsés. En cuanto se halló a solas, Helena percibió una presencia a su espalda y a punto estuvo de ponerse a gritar.

—No sabía que fueras tan emotiva —dijo Nahuri, allí plantada como una aparición, con su blanca túnica de lino.

—¿Has... has oído nuestra conversación? —le preguntó con torpeza Helena.

—Pierde cuidado —respondió la egipcia con una sonrisa en los labios—, no soy una espía. Cuando necesito saber algo, se lo pregunto a Tamit, sencillamente. Me colma de atenciones y me mantiene al corriente de todo. Nada parece interesarle tanto como que yo me encuentre a gusto.

—Tamit siempre ha sido una sirvienta muy entregada... ¿Vienes a ver el emplazamiento de tu tumba?

Nahuri se encogió de hombros.

—Estoy segura de que mi padre jamás aceptará que no sea enterrada en Menfis. Por cierto, me he cruzado con Ramsés y Setui. Hay que ver cómo se interesa tu primo por ti... Da la impresión de que te quiere mucho.

—Nos tenemos afecto. Cuando éramos niños jugábamos juntos.

—Pero los niños crecen...

—¿Qué estás insinuando?

—¡Realmente eres una ingenua! Apenas Alexandros desaparece por la puerta, ya está Setui revoloteando a tu alrededor.

—¿Cómo puedes tener una mente tan retorcida?

—Me limito a observar las cosas de la vida. ¿Por qué te defiendes con uñas y dientes? Si no tuvieras mala conciencia, no reaccionarías así.

Helena, sulfurada, se disponía a dejarla con la palabra en la boca, pero de pronto mudó de parecer. ¿Por qué la egipcia se comportaba de ese modo? ¿Qué la empujaba a ser tan desagradable? ¿Se había cebado en ella la desdicha? ¿Era consciente de que jugaba a un juego peligroso, y que la familia, coaligada en su contra, podía ser más fuerte que sus encantos?

La mirada de Nahuri se deslizó hasta la entrada de la tumba.

—En realidad vivimos en un pequeño pueblo cerca de Menfis —dijo—. Mi padre es un gran marino y un comerciante respetado. Solía organizar expediciones al desierto. Fue en busca de piedra caliza, cerca de la región de Tolemaida para la ampliación de los templos, y de arenisca, granito de Syena, pórfido en el desierto del mar Rojo, oro en el sur, cobre en El Fayum, alabastro...

Por primera vez la expresión de Nahuri resultaba humana; sus rasgos se habían relajado. Tenía los ojos muy abiertos, y brillantes. Acompañaba su discurso con numerosos y elocuentes ademanes.

—Tu padre debe de ser poderoso y rico —dijo Helena.

—Lo era. Y sobre todo era más cultivado que esos labradores que nos rodean.

—¿Sabes que mi padre, Zenodoto, era el responsable de la gran biblioteca de Alejandría?

Nahuri la miró con asombro.

—También tú me pareces cultivada —añadió Helena—. Si quisieras, podríamos hablar de nuestras lecturas, de nuestros conocimientos...

Como si de pronto fuera consciente de haberse dejado llevar más de lo debido, la egipcia prorrumpió en carcajadas burlonas, y luego se alejó a paso vivo.

El eco de su risa clara y cruel resonó un buen rato en la cabeza de Helena. ¿Quién era aquella extraña joven? ¿Por qué había accedido a ser la compañera de un hombre mucho mayor que ella, si no era para que la colmase de joyas y dinero? ¿Por qué había dicho que su padre había sido rico? ¿Acaso éste había dilapidado su fortuna?

De pronto, al volverse hacia el camino que había tomado Nahuri, Helena oyó gritos. Creyó reconocer la voz de Abi, de modo que se precipitó hacia el sendero. Cuando llegó a la altura de Abi, ésta era presa del mayor acceso de cólera que había presenciado jamás.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—¡La egipcia se ha atrevido a ponerle la mano encima a mi hija!

—¿Cuándo ha sido eso?

—¡Ahora mismo! ¡Si lo intenta otra vez, la mato!

—¿Qué le ha hecho?

—Le ha atizado una bofetada porque armaba demasiado ruido al jugar. ¡Y le ha dado tan fuerte que la pobre criatura no oye por el oído izquierdo!

—¿Y qué le has dicho hace un momento? He oído cómo gritabas desde la tumba.

—Le he devuelto el tortazo, eso es todo. ¡Y que no se le ocurra hacerlo de nuevo! ¡Que vaya a llorar ahora sobre el regazo de mi suegro o el de Tamit! ¡Ha comprado a la nodriza con caricias y con los regalos que le hace Koblos!

—Nahuri debía de estar furiosa...

—Nada de eso. Se ha alejado burlándose de mí. Esa mujer tiene el mal en el cuerpo.

—Puedes estar segura de que correrá a informar a Koblos y de que llevarás la peor parte en el cuento que le suelte.

—Me importa un comino —dijo Abi—. Me gustaría tanto que esta casa recuperase la serenidad...

11

Alexandros ardía en deseos de volver junto a Helena. Había tenido un nuevo encuentro con los hombres que le habían agredido en Menfis. Tenía la certeza de que le espiaban y le seguían, pero no pensaba hablar de ello a su mujer para no inquietarla.

Helena, informada de su regreso, le esperaba en la orilla del río. Estaba sentada, con las piernas dobladas bajo el cuerpo, y miraba con melancolía a las egipcias que hilaban y tejían el algodón, la seda y el lino. Con el *byssos*^[13] fabricaban telas de gran ligereza que compraban casi en exclusiva los miembros del clero, y con la lana confeccionaban prendas más ordinarias y gruesas alfombras. No lejos de ellas, los carpinteros trabajaban el ébano de Etiopía y el pino de Chipre.

Los artesanos ofrecían a los marineros que desembarcaban objetos de plata cincelada de extrema finura. Helena, conocedora del vidrio alejandrino, no apreciaba demasiado las vasijas que se vendían en Tasnit. En cambio eran muchos los extranjeros que daban vueltas entre sus dedos a las figurillas de marfil, ónice o ámbar, y que las adquirían en grandes cantidades para revenderlas en su país de origen. La mirra y el incienso desprendían su intensa fragancia por doquier.

Más que de Alejandría, los mercaderes procedían sobre todo de la Baja Nubia. La zona comprendida entre File y la isla de Tachompsa constituía el dominio del rey Ergameno, que mantenía excelentes relaciones con Tolomeo. Sus súbditos proporcionaban a Tasnit marfil, pieles de cocodrilo y de hipopótamo, así como plumas de avestruz, que las tejedoras compraban para adornar las ropas que confeccionaban.

En el mercado se vendían también esclavos negros, robustos y musculosos, que no hacían ascos a ninguna tarea y que eran muy buscados.

Cuando no llegaban a Tasnit navegando Nilo abajo, los nubios seguían las rutas de las caravanas por el desierto.

—¡Una escuadra siria nos ha obligado a desviarnos! —gritó el jefe de la tripulación de uno de los barcos que se acercaban—. Hemos tenido que renunciar al objetivo que nos habíamos fijado y regresar antes de lo previsto.

—El rey de Asia está preparando una flota en el golfo Pérsico —intervino el mercader que les aguardaba—. Su misión consiste en impedir a los egipcios que se dirijan al centro de Asia. En la actualidad resulta imposible acceder a Gaza desde Petra o proseguir la ruta más allá de Adana. Y sin embargo, el faraón ordenó habilitar unos puertos agradables. Con frecuencia hacíamos escala en Filoterá o en las islas de Myos Hormos, donde se comen las mejores pintadas de Egipto. También traía esmeraldas y colmillos de elefante de Berenice...

—Tuvimos que dejar la mayor parte de nuestras mercancías en la isla de Dioscórides —dijo el primer marinero mientras saltaba a tierra—. Habrá que transportarlas por el canal, o de noche, siguiendo las rutas de las caravanas. Para dirigirme a Leucos-Limen, también yo tomé durante mucho tiempo la vía que pasaba por las minas de oro de Fawahir y la que iba de Coptos a Myos Hormos por la región del pórfido. Cuando teníamos prisa, tomábamos la dirección de Filoterá. Era el modo más rápido de alcanzar el mar partiendo del Nilo. Tolomeo restauró incluso el camino que va de Coptos a Berenice y a las minas de esmeraldas de Zubana y Sekat.

—¡Nada me detuvo nunca! —exclamó el mercader—. He traído plantas aromáticas e incienso de África, mirra de Catabania...

—Hoy esos productos se envían a menudo a Siria.

—Hasta transporté elefantes a Soteiras Limen, donde la navegación es muy peligrosa y los habitantes en extremo salvajes, y de ahí a Tolemaida, a la isla de Filipos, al lago de Arsinoe y al cabo de Diré. He visitado Endera, donde viven los arqueros, el país de los hombres barbudos que cazan búfalos, el de los cazadores de avestruces y los comedores de tortugas, que no entierran a sus muertos sino que los arrojan al agua, el país de los que comen elefantes y el de los que ordeñan a las perras... ¡Nadie me ha impedido jamás ejercer mi oficio! ¡El faraón debería dar una lección a ese rey asiático!

—¡Suerte que nos resulta fácil introducir nuestros productos a lo largo del mar Egeo!

Mientras los escuchaba, Helena contemplaba sin alegría las apagadas aguas del Nilo. Le extrañaba no sentirse feliz ante la idea de volver a ver a Alexandros, pero la embargaba una profunda desazón.

En ese momento atrajo su mirada un grupo de jóvenes que conversaban con vehemencia. Cuál no sería su asombro al reconocer a Nahuri entre

ellos. Todos la escuchaban atentamente y comentaban cada una de sus observaciones.

Helena no podía oírles desde donde se encontraba, de modo que se puso en pie al instante para reunirse con ellos. Sin embargo, en cuanto se acercó, los jóvenes egipcios se retiraron.

—¡Helena! —exclamó Nahuri sin poder ocultar su sorpresa—. Casi nunca vienes a la ribera del río.

—Sí, a veces me paso por aquí para ver el ajetreo de los marineros. Estoy esperando a Alexandros.

—Ah, sí, lo había olvidado.

—¿Sabías que regresaba hoy?

—Sí... Bueno, no, me refería a que se me había ido de la cabeza que estaba ausente.

Por primera vez, Nahuri parecía desconcertada, pero era demasiado astuta para no rehacerse de inmediato.

—¿Quiénes son esos jóvenes? No los conozco.

—Me los he encontrado por casualidad —respondió la egipcia—. Trabajan para mi padre, en Menfis.

—Ah, y han hecho escala aquí.

—Exacto.

—No era mi intención ahuyentarles...

—Sin duda han pensado que estaban de más. No pasa nada.

En ese momento Helena distinguió la vela cuadrada de la barca de Alexandros y empezó a hacer grandes gestos en su dirección.

—Os dejo solos —dijo Nahuri, y dio media vuelta.

Antes de que Helena tuviera tiempo de retenerla, la egipcia se había marchado. Alexandros bajó a tierra sin aguardar a que los marineros hubiesen acabado sus maniobras. Estrechó tiernamente a la joven entre sus brazos y le pidió noticias de su familia.

—¡Si sólo hace tres días que te fuiste! —Helena había recuperado la sonrisa—. Aunque la verdad es que mi tío volvió acompañado de Nahuri y desde entonces la atmósfera está bastante tensa.

Mientras se dirigían a la hacienda en un vehículo, Helena le contó la discusión que había tenido con la egipcia.

—Nahuri oculta muchos detalles de su vida —le dijo—. Tal vez su agresividad esconda una profunda tristeza. Salvo Tamit, todo el mundo se ha unido contra ella. Esta mañana le han tirado un jarro de agua en el

momento en que salía. Anoche una serpiente siseaba bajo su lecho. Abi y Tyi la evitan. Mi abuelo está furioso. Afirma que ambas tratan de acosar a Nahuri y que ésta acabará por quejarse a Koblos.

—El buen hombre teme que tu tío tome partido por Nahuri y eche a sus nueras.

—Koblos es tan débil con ella...

—Porque es joven y hermosa. ¿Ha consentido en conceder más libertad a sus hijos?

—Creo que sí. Setui será oficialmente el responsable de la propiedad cuando él esté ausente.

—Entonces no todo está perdido.

Cuando llegaron a casa de Zenodoto reinaba tal calma que Helena fue en busca de su madre para averiguar qué pasaba, pero no la encontró. Estaba a punto de dirigirse a casa de Koblos cuando la mujer apareció de pronto.

—Te estaba buscando.

—¿Ha regresado Alexandros?

—Sí. Ha subido a tomar un baño para relajarse.

—Decididamente, las cosas van de mal en peor —dijo Letho a su hija—. Koblos nos ha pedido que estuviéramos presentes para hacernos saber a todos sus decisiones. Nahuri se ha quejado de que ha sido maltratada, y él ha ordenado a sus hijos que se marchen de aquí lo antes posible. ¡Nada de confiar a Setui o a Khufu la menor iniciativa! Su única heredera será Nahuri. Y se niega a ver a nadie salvo a Tamit y Ramsés.

—¡Por Serapis, eso es lo que me temía! —respondió Helena con expresión de desamparo—. Koblos está perdiendo la razón.

—Sí, ha perdido la capacidad de razonar con cordura. La belleza de Nahuri le ciega. Temo lo peor...

—¿Cómo han reaccionado?

—¿Quiénes?

—Todos: Didu, Tyi, Abi, Khufu...

—Setui no ha pronunciado palabra, pero mostraba una gran palidez. En cuanto a Khufu, ha tenido un acceso de cólera. Ramsés les ha aconsejado que esperen a que el furor de Koblos se apacigüe.

—¿Y Tyi?

—Ya la conoces. No se ha andado con rodeos. Es de la opinión de que cuando un veneno corre por las venas, hay que administrar un antídoto.

Incluso ha jurado que ella misma se ocupará si Khufu es demasiado pusilánime para hacerlo.

—También ella ha perdido la razón... Hay que impedirselo. Aunque actúe con astucia, Tamit se lo olerá. Correrá a informar a mi tío, y todo habrá acabado.

—Pues ya puestos, deberíamos lograr que también Abi entre en razón —añadió Letho—. Ha afirmado que no se dejará echar de ese modo de la hacienda sin vengarse de Nahuri. Animado por su mujer, Khufu ha rogado a sus hermanos que le dejen solventar el problema. Para ser más exactos, ha dicho que para él sería un placer, y que así se vengaría de las humillaciones a que les ha sometido la egipcia. Didu ha tenido un pronto y ha empezado a gritar que él se encargará.

Helena subió para poner al corriente a Alexandros, que en aquel momento era masajeado por un sirviente de dedos hábiles.

—¡Vamos, date prisa! —le dijo mientras le tendía una túnica corta—. ¡Hemos de ir a casa de mi tío!

—Pero ¿qué ocurre? ¿A qué viene tanto apremio?

—¡Va a ocurrir una gran desgracia! Mi tío no ha medido las consecuencias de las palabras que acaba de pronunciar delante de toda la familia. Sólo yo puedo hacerle entrar en razón; me aprecia y me escuchará...

—¿Qué significa todo esto?

Helena le contó lo que le había dicho su madre.

—¿No estás dramatizando un poco?

—Yo creo que no. —Le suplicó que se diera prisa—. Tengo un horrible presentimiento. Me parece que Nahuri se ha dado mucha maña para llegar a donde está, pero ignoro si es consciente del peligro que corre.

Alexandros se vistió con parsimonia.

—Te acompañaré gustoso —le dijo—, pero antes has de prometerme que te calmarás.

12

Los pájaros piaban en el jardín de Koblos. De la casa no llegaba el menor ruido.

—¿Dónde están los niños? —se sorprendió Helena—. A esta hora siempre juegan junto al estanque con sus madres.

—Sin duda hace demasiado calor.

Helena y Alexandros entraron en la sala principal.

—No hay nadie —constató ella.

—¿A quién buscas? —preguntó Nekhti desde su habitación.

—Ah, estás ahí —dijo Helena, como si la presencia de su abuelo la tranquilizase—. Nunca ha habido tanta tranquilidad en la casa.

Nekhti soltó un bufido.

—Después de la bulla de hace un rato, imagino que todos se han retirado a un rincón a lamerse las heridas.

—Pero Tamit debería estar en la cocina...

—Y seguro que allí está, a menos que haya ido a la ribera del río a comprar especias. En cuanto a los hombres, están trabajando.

—Pensaba que al final se habrían marchado todos.

—¿Por las palabras de mi hijo? —Nekhti sonrió—. Mañana habrá olvidado lo que ha dicho hoy.

—Él tal vez sí, pero sus hijos no —replicó Helena acongojada.

—Ahí está Tyi —dijo el anciano—. No tenías por qué inquietarte.

La joven estaba pálida. Entró en casa sin darse cuenta siquiera de la presencia de Alexandros.

—¡Tyi! —la llamó Helena—. ¿No has visto que Alexandros ha vuelto?

—Ah, sí, Alexandros...

—Estamos buscando a Setui y a Khufu.

—No tengo ni idea de dónde están. No han salido juntos. Khufu estaba furioso.

—También tú pareces preocupada.

—¿Yo preocupada? —Tyi se retorció los dedos—. ¡En absoluto! ¿Qué quieres decir con eso? ¿Por qué tendría que estar preocupada?

—Es evidente que las palabras de Koblos os han irritado y entristecido a todos —intervino Alexandros—. Pero no eran más que un arrebató de

cólera. Esperad a que se calme y hablad con él. Explicadle qué os mueve a actuar de ese modo contra Nahuri. El diálogo siempre es preferible al odio y a los insultos.

Helena tomó a su marido del brazo.

—Yo seré la primera en hablar con Koblos. No tengo ningún interés en asumir la defensa de nadie, así que me escuchará con atención.

—Es una buena idea —dijo Nekhti—. Mi hijo necesita que le aclaren las ideas. Si le hablo yo, no me hará caso. Pero si eres tú quien va a su encuentro, no permanecerá insensible a tus argumentos. También Ramsés podría intervenir...

Helena y Alexandros entraron en la habitación de Koblos, que estaba solo.

—¿No está Nahuri contigo? —preguntó Helena con prudencia.

Su tío reflexionaba en un sillón de mimbre, con los ojos entornados.

—No, ha ido a pasear al sol. Me ha dicho que hoy se sentía tan feliz que quería sentir los rayos de Ra sobre su piel. Ha debido de dirigirse a la orilla del Nilo; va allí con frecuencia.

—Al parecer no compartes su estado de ánimo —dijo su sobrina, mirándole con ternura.

—¿Ha vuelto tu marido? ¡Bienvenido, Alexandros! Sentaos ahí. Me alegra mucho vuestra visita. No, no estoy nada satisfecho de la actitud de mis hijos. Me hubiera gustado tanto que aceptasen a Nahuri...

—No olvides que acaba de llegar; dales un poco de tiempo. Nahuri es ambiciosa y arrogante, y no les facilita demasiado la tarea.

—¿También tú la desapruebas?

—No, no desapruebo a nadie —replicó Helena con habilidad—, pero siempre es difícil imponer a una mujer joven en una casa. Y tus palabras han herido a todos...

Koblos se puso de pie y recorrió la habitación de un lado a otro.

—¿Acaso no soy su padre? ¿Acaso no tengo derecho a traer a casa a mi nueva compañera?

Helena se mostró de acuerdo.

—Desde luego. Pero te ruego por todos los dioses que les hables con más cariño. Explícale a Nahuri que no debe comportarse como si estuviera en tierra conquistada.

Se interrumpió al oír un ruido. Tamit se encontraba en el umbral de la puerta.

—La comida estará lista enseguida —dijo, tras excusarse por importunarles.

Helena miró a Alexandros con aire contrariado.

—Muy bien —dijo Koblos—. Nahuri estará al llegar.

—Setui acaba de hacerlo, acompañado de Ramsés.

—Volveremos a hablar de todo esto —aseguró Koblos a su sobrina, y a continuación salió en pos de Tamit.

Tan pronto como su tío se hubo alejado, Helena confió sus temores a su esposo.

—Tamit ha debido de oírlo todo. Nahuri no tardará en estar al corriente de nuestra breve conversación y se las ingeniará para que Koblos no hable con sus hijos.

—¿Tan perversa la crees?

—Sí —respondió Helena.

La familia no tardó en hallarse reunida para la comida. Helena se disponía a despedirse cuando su tío la invitó a sentarse ante una mesita sobre la que habían dispuesto con esmero carne, verduras, fruta y panecillos calientes, que despedían un delicioso aroma.

—No puedo aceptar tu invitación —dijo Helena—. Mi padre nos aguarda.

—Enviaré a Tamit para avisarle de que te quedas aquí con Alexandros.

—De acuerdo —repuso Helena, y tomó asiento.

Abi estaba muy silenciosa, con el rostro inexpresivo. Los ojos le brillaban de enojo. Contrariamente a su costumbre, Tyi permanecía callada, aunque se sobresaltaba al menor ruido. Khufu, por su parte, a duras penas contenía la rabia. En cuanto a Ramsés y Setui, conversaban acerca del trabajo de los obreros en la tumba.

Unas criadas sirvieron cerveza. Otras preparaban el *uadjit*, la masa, que iban vertiendo en moldes de formas diversas. Una vez cocida la corteza, las mujeres troceaban el pan y lo incorporaban a un zumo azucarado hecho con dátiles; acto seguido removían vivamente la mezcla en grandes recipientes y, tras filtrarla, la abocaban con delicadeza en jarras antes de servirla en cubiletes de loza.

—¡Esta cerveza es casi tan amarga como la de los nubios! —exclamó Khufu en tono antipático—. ¡Tamit, prefiero que me traigas *chedeh* y vino dulce!

—Pero si normalmente la tomas así... —protestó la nodriza.

—Me gusta más suave. Siempre me ha gustado la cerveza muy suave —replicó él, con las mejillas encendidas—. ¡Tengo hambre! ¿Qué esperamos para comer? Ya nos han servido a todos. Trabajo desde la salida del sol y no puedo estar con el estómago vacío. Además, este pan cocido en el horno está requemado. ¡Quiero pan preparado en moldes!

—Nahuri aún no ha llegado —le atajó con voz firme su padre—. Mientras aguardamos, Tamit puede cocer panes al viejo estilo.

Khufu le sostuvo la mirada sin bajar los ojos.

—¡Pues yo voy a comer! —dijo Apuy, y atacó el pan con voracidad.

—¡Yo también! —afirmó Didu—. ¡No voy a esperar a que una concubina se digne aparecer!

Al poco se oyó el ruido que hacían dos robustos nubios al machacar cereales al compás con la ayuda de enormes mazas. Cuando necesitaban más, iban a buscar *iot*, *sutu* y *boti*^[14] a un chamizo.

Las sirvientas separaron los granos del salvado, que echaron a los animales, y unos corpulentos egipcios siguieron machacando los granos y tamizándolos hasta que la harina se escurrió entre sus dedos como arena fina.

Lo habitual era que toda aquella gente acompañase con cantos sus tareas, pero la atmósfera era tan opresiva que todos preferían guardar un prudente silencio. Tras avivar el fuego, dos mujeres dispusieron los moldes encima mientras dos hombres trabajaban la masa e iban añadiendo levadura. Una vez calientes los moldes, los colocaron en unos agujeros practicados a tal efecto en una gran plancha, vertieron la masa en ellos y se dispusieron a esperar a que se cociera tal como Khufu deseaba.

Cuando Koblos empezaba ya a impacientarse, la voz de Setui los sobresaltó a todos.

—¿No puedes esperar como ha pedido padre? —dijo con sequedad a su mujer.

Aquel tono era tan impropio de él que Helena dirigió una mirada de estupor a Alexandros. Todos estaban convencidos de que Tyi iba replicar con tal vehemencia que su voz resonaría hasta en el jardín de Zenodoto. Sin embargo no abrió la boca. Se limitó a asentir con la cabeza, amedrentada, y a mostrarse de acuerdo con su esposo.

—¡Haz el favor de reaccionar! —le espetó Abi, quien tampoco solía darle órdenes ni inmiscuirse en su conversación—. ¡Cómo no venga enseguida Nahuri, se va a armar una buena!

—Decididamente, si hasta Abi ya no se contenta con ocuparse de sus hijos, cuando es lo único que le interesaba, creo que esto va a ser una pelea de gallos —susurró Alexandros a Helena mientras mordisqueaba unos frutos secos—. Mejor hubiera sido esfumarnos y comer con tus padres.

Koblos acabó por llamar a Tamit.

—¡Ve a buscar a Nahuri! —le ordenó—. Ha ido a la orilla del río, cerca del templo... Y haz el favor de decirle que todos la estamos esperando.

Tamit dio las gracias a Koblos por confiarle una misión semejante y prometió regresar lo antes posible acompañada de Nahuri.

—Pareces apesadumbrado —dijo Helena a su tío.

—Y lo estoy. La verdad es que hace mucho tiempo que no sueño con que me ofrecen pan, lo que entre los egipcios constituye un buen presagio. Las pesadillas se suceden. Anoche soñé que bebía cerveza caliente, signo de que no haremos buenos negocios. He soñado sobre todo que me pinchaban con plantas cubiertas de espinas. Según Nahuri, ese sueño significa que estoy rodeado de personas que me mienten y que maquinan algo contra mí. Lo que no le he contado es que también sueño que me arrancan los dientes, porque me consta que eso es señal de luto.

—¡Come asno y tu poder será preservado! —ironizó Nekhti, haciendo un juego de palabras^[15].

—Nahuri afirma que para mantener a raya las catástrofes hay que untarse la cara con una mezcla de pan y hierbas embebidas en incienso.

Nekhti se mofó de su hijo.

—¡Más vale que honres a Isis, que sabrá protegerte!

Koblos hizo caso omiso del sarcasmo de su padre y evocó con nostalgia el pasado no tan lejano en que todas sus noches representaban la felicidad y el éxito, cuando se imaginaba cubierto por una piel de león o trepando a lo alto de un mástil en compañía de un personaje más encumbrado que él, símbolo de su poder, cuando un dios le ofrecía los alimentos de un santuario para preservarle de la muerte o le arrojaba al Nilo para absolverle de sus pecados.

En la actualidad tenía sueños eróticos; se veía acariciando amorosamente a Nahuri, o bien en el acto de romper piedras o tañer el arpa, lo que no podía engendrar sino fracaso y desdicha, sin que la divinidad estuviera dispuesta a prestarle la menor ayuda.

—Utiliza una rueda para alejar la mala suerte, como hacen en Grecia —le dijo su sobrina.

Tamit tardaba en volver. Cuando compareció por fin ante Koblos, sin resuello, se disculpó decenas de veces antes de anunciarle que su búsqueda había sido infructuosa.

—¡Comamos! —se limitó a declarar Koblos, en tono iracundo.

Pero a medida que transcurría el tiempo, la inquietud se iba adueñando de todos. Koblos pasó la tarde aguardando a Nahuri, pendiente del menor movimiento en el jardín.

Cuando cayó la noche, la egipcia aún no había vuelto. Koblos no fue el único en permanecer despierto.

Al cabo de varios días, Nahuri seguía sin aparecer.

—Sin duda habrá regresado a Menfis —dijo Ramsés a Koblos—. Enviemos un mensaje al norte.

—No —respondió Koblos—. Me lo habría dicho. Pongamos en movimiento a todo el personal y salgamos en su busca. Me temo lo peor.

13

En los días que siguieron, Nahuri no dio señales de vida.

Abi parecía muy satisfecha. «¡Ojalá se quede en casa de su padre o en el reino de Osiris! Me trae sin cuidado que haya preferido reunirse con los muertos. Lo esencial es que no vuelva a aparecer.»

Aunque hubiera podido compartir la opinión de Abi, Tyi seguía mostrándose igual de discreta. Setui acabó por preocuparse. Como Helena era la persona en quien tenía más confianza, acudió a su encuentro un día en que Alexandros había acompañado a Zenodoto a los campos.

Unos siervos podaban las parras plantadas a ambos lados de las avenidas. Los sarmientos, fijados a postes de madera, formaban arcos por encima de los caminos, y de ellos pendían pesados racimos de uva, que maduraban al sol.

Helena estaba doblando ropa, que guardaba en un arcón. No esperaba la visita de su primo, y su rostro se iluminó al verle.

—¿Tenéis noticias de Nahuri? —fue lo primero que dijo.

—No.

—Pareces inquieto...

—¿Por la desaparición de Nahuri? En lo más mínimo. Es Tyi quien me inquieta. Temo que me esté ocultando algo; la encuentro rara.

—Es lo menos que se puede decir —reconoció Helena—. ¿Está indispuesta?

—Que yo sepa, no, pero he pensado que tal vez estuvieras al corriente de algo que intenta ocultarme. Sus noches son agitadas; habla en sueños y se sobresalta cuando alguien levanta un poco la voz.

—Nada de eso se corresponde con ella...

—Así es.

—Se diría que tiene miedo.

Setui abrió desmesuradamente los ojos.

—Me sorprende que digas eso. Sabes muy bien que Tyi nunca teme a nada.

—Me da la impresión de que ha cambiado desde que Nahuri se fue. Y debería estar contenta.

—En realidad ya me preocupaba antes de la partida de Nahuri.

—Tal vez se haya confiado al abuelo...

—Lo dudo.

—¿Y a Tamit?

—Ya se lo he preguntado. Me ha dicho que la desaparición de Nahuri había cambiado muchas cosas y que era mejor que todo siguiera igual, que la egipcia no le había hecho ninguna confidencia sobre su partida, y que no intentaba averiguar más al respecto. Le estaba preguntando por Tyi, y va y se me pone a hablar de Nahuri...

—¿Qué más te ha dicho?

—Que era preferible que Nahuri hubiera desaparecido, que la encontraba demasiado joven para mi padre y que no le gustaban los hipócritas.

—¡No te fastidia! —replicó Helena, al tiempo que introducía las últimas prendas en el arcón—. Mira que hablar de hipocresía precisamente ella, que hizo amistad con Nahuri y que aceptaba todos sus regalos...

—Sostiene que estaba obligada a hacerlo por obediencia a mi padre.

Helena meneó la cabeza.

—¿Quieres que hable yo con Tyi? —se ofreció.

Su primo la miró con ternura.

—Siempre dispuesta a ayudarme...

—Por supuesto. De todos modos, he observado que al fin llevas la voz cantante en el seno de tu familia. Deberías estar contento.

—La verdad es que resulta fantástico sentirse el dueño de la casa —admitió Setui, sonriente—. No obstante, preferiría imponerme menos y ver de nuevo a Tyi en su estado normal.

Helena acompañó a Setui hasta los campos. Los campesinos procedían a arrancar el lino en flor y formaban con él gavillas que iban atando sobre la marcha.

—El lino resulta más resistente si se corta pronto. No hay que esperar a que esté maduro —explicaba Zenodoto a Alexandros—. Eso sí, dejamos madurar una pequeña parte de la cosecha a fin de obtener semillas para sembrar.

Helena y Setui se cruzaron con unos egipcios que llevaban gavillas a hombros. Las mujeres las transportaban sobre la cabeza, sujetándolas con la mano.

—Menos mal que este año no ha granizado —prosiguió Zenodoto—, pues de lo contrario habríamos perdido toda la cosecha. En cuanto a los

árboles frutales, hay que mantener a raya a las oropéndolas y los rabilargos.

Unos cazadores calzados con sandalias y vestidos con un lienzo blanco tendían redes entre los árboles para capturar a las aves nocivas.

—Volvamos al establo —dijo Zenodoto al ver a su hija—. Tu esposa te busca.

El establo de los bueyes se encontraba a poca distancia de la casa de Zenodoto. Los servidores que se ocupaban de las reses dormían allí para vigilar el ganado, tan codiciado por los ladrones.

—De ese modo están listos para salir en cuanto despunta el alba —explicó Zenodoto.

Alexandros manifestó su asombro por el hecho de que prefiriesen acostarse en el barro.

—Si quisieran dormir en la casa, sólo tendrían que decirlo —aseguró Zenodoto—. Pero se trata de gentes sencillas y afables que prefieren custodiar a los animales y pasar la noche aquí.

Alexandros siguió con la mirada a un pastor que regresaba con el rebaño y que, encorvado, espantaba a las moscas con una vara flexible. No cesaba de llamar a las reses por su nombre.

Algo más allá habían reunido a unas vacas para marcarlas con un hierro al rojo. Tras atraparlas con el lazo, las tumbaban de lado para después aplicarles la marca en la espaldilla derecha. Ramsés contaba las cabezas de ganado e iba anotando escrupulosamente, en un rollo de papiro, el nombre de las que en adelante llevarían una señal de reconocimiento.

Cuando vio a Setui, le indicó con un ademán que se acercase.

—Se supone que Tyi iba a traermé un hornillo nuevo para calentar el hierro —le dijo—. ¿A qué espera? Suele ser más diligente.

—No cuentes con ella hoy —respondió Setui—. Seguro que lo habrá olvidado, porque no me ha hablado de ello. Ha cambiado tanto estos últimos días que apenas me parece la misma.

—Antes o después, todos revelamos una naturaleza diferente de la que nuestra apariencia deja entrever —sentenció con aire misterioso el escriba.

Dos cabras ramoneaban calmosamente, indiferentes a los mugidos de las vacas.

Zenodoto estaba enseñando a Alexandros el corral de la volatería, lleno de tinajas y con una balanza para pesar el grano. Ocas y patos acudieron a comer cuando Setui les echó la ración de la tarde.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Helena al escriba—. ¿Insinúas que en el fondo todos tenemos un carácter diferente del que mostramos?

Ramsés esbozó una sonrisa de complicidad.

—¿Acaso no es también tu caso, Helena? —le preguntó.

La joven pareció indecisa.

—Tal vez —admitió tras reflexionar brevemente—. Sin duda tienes razón. Tú que eres tan agudo y astuto, ¿qué piensas de la partida de Nahuri?

—¿Y tú?

—Seguro que debe de estar en Menfis...

—¿De veras lo crees?

—Al menos eso espero. ¿Tú cómo lo interpretas?

—Si la egipcia hubiera desaparecido... Si estuviera muerta...

Helena tuvo un sobresalto.

—Confiesa que has pensado en ello —aventuró Ramsés, tratando de adivinar sus más ocultos pensamientos.

—Todos lo hacen sin atreverse a decirlo. ¿Te parece que Khufu...?

—¿Y por qué Khufu?

—Puede mostrarse tan violento... No olvides que había jurado matarla.

—Khufu habla mucho, lo cual no significa necesariamente que sea capaz de actuar.

—¿Le crees inocente?

—Yo no creo nada. Para acusar hacen falta pruebas, y no dispongo de ninguna. ¡Ni siquiera tenemos una víctima!

—Sin embargo, algo te ronda por la cabeza...

—En efecto.

—Quizá Nahuri no reaparezca jamás.

—Es posible.

—En tal caso, ¿me dirías lo que piensas? —insistió la joven.

—No, salvo si tengo la prueba de que han acabado con su vida o se la han llevado.

—¿Y si nunca llegáramos a saber nada?

—Cabe esa posibilidad.

En aquel momento, Alexandros interrumpía a Zenodoto con un ademán.

—¿Qué ocurre? —preguntó inquieto el padre de Helena.

—¡Aquellos hombres de allí!

—¿Los que van a caballo?

—Sí. ¿Quiénes son?

—No tengo ni idea.

Zenodoto llamó a Ramsés.

—¡Alexandros desearía saber el nombre de aquellos jinetes de allá! —vociferó, tendiendo el brazo en su dirección.

Helena se volvió hacia ellos y lanzó un grito.

—Les has reconocido como yo, ¿verdad? —le preguntó Alexandros tras acudir a su lado.

—Sí. En cuanto hemos reparado en ellos, han puesto tierra de por medio. ¡Eran los dos hombres que te agredieron en Menfis!

—Intenta recordar, Helena —le pidió su marido—. ¿Les viste en la corte de mi padre el día que nos recibió en palacio?

—Había tanta gente... No, no lo creo.

—Ándate con cuidado. No estoy nada tranquilo.

—¿Qué pasa? —quiso saber Zenodoto cuando llegó junto a ellos en compañía de Setui—. ¿Quiénes eran esos extranjeros?

—Unos hombres a los que no les hace la menor gracia que Alexandros se convierta en faraón algún día —respondió Helena, con la cabeza erguida.

—¿En faraón? —exclamó Zenodoto.

—Una idea de tu hija —subrayó el macedonio—, que no parece ser del agrado de todos.

Al día siguiente Zenodoto pidió a Setui que acompañase a Alexandros a la zona de los marjales. El macedonio había manifestado el deseo de conocerlo todo sobre la campiña y el desierto egipcios, así como sobre la actividad de campesinos y beduinos. A instancias de su hija, Zenodoto le animaba vivamente a que aceptara ser faraón.

—Me decidiré cuando haya visto todo lo que hay que ver en Egipto —se obstinaba en responder Alexandros.

Tal como había prometido a su primo, Helena resolvió hacer una visita a Tyi. Llegó en el momento en que Abi se dirigía a la cocina para asegurarse de que la comida estaba lista. Había decidido elegir personalmente los manjares de un banquete que tenía intención de celebrar para bendecir a los dioses por haber devuelto la calma a su hogar.

El cocinero, empapado en sudor, avivaba el fuego con un soplillo.

—¡Añade *djabet*^[16]! —gritó a su ayudante—. ¡Hay sacos enteros cerca de la casa de Ramsés!

—¡Pero si el escriba no los ha contado aún! —respondió el hombre encargado del buen funcionamiento del horno—. Sabes perfectamente que Ramsés es muy escrupuloso en ese punto. El carbón de leña es tan caro...

El cocinero masculló entre dientes. ¿Cómo podía preparar un festín en tales condiciones?

En cuanto vieron acercarse a Abi, en la cocina reinó una gran actividad. Una barahúnda de ollas, jarras y lebrillos atronó el lugar. La mesa estaba llena de cestos rebosantes de viandas. Unas mujeres picaban la carne, otras troceaban las verduras, otras, en fin, agarraban las aves de corral colgadas del techo y las desplumaban antes de vaciarlas con destreza. Una vez ensartados los patos en el espetón, se procedía a asarlos.

—¡No tiene sentido salarlos en crudo! —dijo Abi con una seguridad que asombró a Helena—. Nahuri ya no está, y era la única que comía el pescado cocido al sol o los pajaritos en salmuera.

—Los mújoles y la morralla ya están limpios —la informó el cocinero, al tiempo que señalaba a un hombre que, sentado en el suelo con las piernas cruzadas ante una mesita baja, abría los pescados con el cuchillo—. Incluso he dejado aparte las huevas de los mújoles para prepararlas en salazón.

—Bien, pues quédate con las huevas pero lleva el pescado al templo. ¡Esos bichos destripados desprenden un hedor insoportable!

Helena prosiguió su camino, no sin constatar que la mujer se extralimitaba tomando unas decisiones que quizá no complacieran a su tío. «Nuevas disputas en perspectiva», se dijo meneando la cabeza. Por otra parte, no dejaba de sorprenderle que Tyi, la supuesta señora de la casa, no hubiera tomado la iniciativa de organizar aquel banquete.

Empujó la puerta del dormitorio de la joven, perfumado con incienso, y la llamó. Sin embargo, la habitación estaba vacía. Helena se entretuvo admirando las joyas, sencillas pero de tonalidades armoniosas, que la hija de Abi había creado para Tyi. Estaban dispuestas sobre una mesita donde Tyi tenía sus cosméticos. El mobiliario de la estancia era sobrio: una cama, arcones y un taburete. Juguetes infantiles de hueso o de madera alfombraban el suelo. Helena cogió un objeto con forma de perro y le abrió la boca.

—No está aquí —dijo en voz alta al cabo de unos instantes—. Ya volveré.

Al salir estuvo a punto de derribar a Abi.

—Te creía abajo —dijo.

—He venido en busca de Tyi. Me prometió ayudarme. Seguro que aún sigue en la cama.

—No, aquí no hay nadie.

—¡Vaya! —exclamó Abi—. ¿Habrás olvidado reunirse conmigo?

—¿Habíais quedado en eso?

Abi miró a Helena con irritación. ¿Por qué debía darle explicaciones sobre algo que sólo les concernía a ella y a Tyi? ¿Con qué derecho se inmiscuía aquella mujer en torno a la que mariposeaba Setui?

Consciente del motivo de su contrariedad, Helena se le adelantó en la respuesta.

—No tienes por qué contestarme —dijo—. Lo que ocurre es que también yo estoy buscando a Tyi. Me gustaría hablar con ella.

Abi se encogió de hombros y regresó a la cocina con expresión de suficiencia.

—¡Ya tenemos bastante con una Tyi! —dijo Nekhti al acercarse a Helena para saludarla—. Abi se ha vuelto como ella. ¡Me pregunto qué estarán tramando ahora esas dos!

—Cosas de mujeres.

—¡No me cabe duda! —su abuelo se echó a reír—. ¡Menudas cotorras! Menos mal que Tyi se ha calmado un poco estos últimos días...

Helena decidió reunirse con Alexandros, y tomó la dirección de los marjales que originaba anualmente la crecida del Nilo. Caminó junto a los cultivos que bordeaban aquellas extensiones de agua, cuajadas de nenúfares. Cañas y papiros le ocultaban buena parte del paisaje.

A su paso, las aves refugiadas en las umbelas emprendían el vuelo con un ruidoso batir de alas. Se acercó un poco más al agua y su presencia ahuyentó los siluros y los enormes peces de colores, que se escurrieron entre los tallos de las cañas.

Un hipopótamo que surgió inesperadamente, con un cocodrilo en la boca, la hizo retroceder de un brinco. No obstante, estaba acostumbrada a la fauna que poblaba los *mehit*, aquellos marjales cubiertos de papiros, más numerosos en el norte de Egipto que en los alrededores de Tasnit, y que abastecían de alimento a los egipcios.

Preguntó a un pescador que aferraba un arpón si había visto pasar a dos hombres, pero el hombre le indicó por señas que estaba demasiado ocupado para prestar atención a los transeúntes.

Algo más allá, unos egipcios formaban gavillas con tallos de papiro y se las echaban a la espalda. Algunos de los tallos se dejaban aparte para la construcción de las casas. En efecto, entre los lugareños había quienes seguían levantando sus viviendas con papiros y légamo, y fabricaban parte *del* mobiliario con la ayuda de cuerdas trenzadas con esa misma planta.

La mayoría construían allí mismo sus propios barcos.

Helena se sobresaltó. El pescador acababa de matar a un pez enorme de un bastonazo. Se subió a la barca, maravillado, sin dejar de bendecir a la diosa Sekhet, y depositó sus nasas en las aguas pantanosas. Acto seguido preparó su arma arrojadiza con cabeza de león y, tras sacar una oca de su cesto, la utilizó como cebo.

A ras del agua flotaban redes para atrapar aves, atadas a cuatro estacas que los cazadores habían fijado repartidas por el perímetro del marjal.

Helena distinguió por fin la silueta de Alexandros, que mantenía una charla trivial con Setui, y apresuró el paso.

—No pensé que fueras a venir —le dijo su marido, vuelto hacia ella—. Creía que no te gustaba demasiado la caza de aves.

—Por suerte no he visto a ningún cazador capturar con sus trampas a esos pobres animalitos —respondió Helena—. Cuando se agitan en las

mallas de la red y los cazadores se precipitan hacia las jaulas para cogerlos, se me subleva el corazón.

En aquel momento Setui lanzó un grito y corrió hacia las cañas. Avanzó abriéndose paso entre los tallos y pronto el agua le llegó a la cintura.

—¿Dónde se ha metido? —se inquietó Helena—. ¡No lo veo! ¡Podría atacarle un cocodrilo!

Alexandros lo llamó.

—Pero ¿qué hace?

De repente vio a Setui, que intentaba mantener la cabeza de Tyi fuera del agua para que no se ahogase.

—¡Tyi! —exclamó Helena—. ¡Deprisa, vamos a ayudarles!

Los tres tendieron a Tyi en el suelo. Setui se inclinó sobre ella y le alzó levemente la cabeza, sin dejar de gemir y de implorar a los dioses que le ayudaran.

—¡Está inerte! —exclamó Helena con estupor.

Setui estrechó a su esposa contra sí, deshecho en llanto.

—Se ha encaminado a la morada de Osiris... —musitó mientras acunaba a Tyi contra su pecho.

—Pero ¿qué estaba haciendo aquí? ¿Ha tenido tiempo de decirte algo?

Setui negó con la cabeza.

—Se ha limitado a gritar «¡Nahuri!» cuando la he visto, como si hubiera vislumbrado al dios Serapis en persona; se ha agitado un poco más y después ha cesado de moverse por completo. Cuando he llegado junto a ella, ya estaba rígida como una tabla de madera. ¡Se hubiera hundido como una piedra si no la llevo a sacar de ese maldito pantano!

—¿«Nahuri»? Pero ¿qué quería dar a entender con eso? —preguntó Helena.

—Lo ignoro. Desde que Nahuri desapareció, se ha comportado de una manera muy extraña... Daba la impresión de que era responsable de su desaparición y que temía el castigo de los dioses.

—¿Cuál es tu opinión? —preguntó Alexandros.

—Tyi era capaz de todo —fue la respuesta de Setui.

—¿Crees que puede haber cometido un acto reprobable contra Nahuri y que se ha matado por temor al castigo divino?

—La verdad es que temía lo que acaba de pasar. —Le embargaba una profunda tristeza—. Tendría que haberla ayudado, obligarla a que me

confiase su secreto si era una carga demasiado pesada de llevar, servirle de confidente; en lugar de eso la dejé sola. Incluso le hablé con cierta dureza.

Helena sintió gran congoja por su primo. Llevaron el cuerpo de Tyi a la casa y lo depositaron en su cama. A Helena se le encogió el corazón al ver los juguetes que rodeaban el lecho. Tal vez Tyi no fuese la esposa ideal, porque se mostraba muy autoritaria y agresiva, pero era una madre, y su hijo la echaría mucho de menos.

Al conocer el accidente, Abi acudió gritando que Nahuri era responsable de la muerte de Tyi. Khufu se vio obligado a calmarla. En cuanto a Koblos y Nekhti, aunque no parecían demasiado afectados por la muerte de la joven, decidieron confiar de inmediato a Ramsés el encargo de preparar unos funerales dignos de un miembro de la familia.

Tyi había partido a la otra orilla. Toda la familia guardó luto durante setenta días, pese a las pertinentes observaciones de Ramsés.

—No es en absoluto el momento de interrumpir nuestras actividades —confió el escriba a Koblos al cabo de veinte días de duelo—. Hemos de compensar las malas ventas que realizó Setui.

—Soy consciente de ello —respondió el dueño de la casa—, tanto más cuanto que Setui se revela cada vez más eficaz. Este silencio me oprime todavía en mayor grado cuando veo cómo se acumula el trabajo. Además he de pagar a los criados. Tendría que haber dejado el entierro en manos de un sacerdote griego para evitar los setenta días de luto y los ritos de la momificación.

—Por mi parte, he acelerado el trabajo de los embalsamadores dándoles más dinero. El cuerpo de Tyi no tardará en quedar envuelto con vendas de lino. Yo mismo me he procurado cera, aceite de cedro, goma, alheña, natrón y pez, que compré a un mercader de Biblos.

—En cuanto el pan de oro cubra la cicatriz producida por el embalsamador y hayan depositado la máscara de estuco sobre su rostro, procederemos al entierro —aseguró Koblos.

—Sólo faltaban bayas de enebro y alquitrán, y ya lo he solucionado. Con eso ganaremos algunos días. De ese modo, el duelo concluirá dentro de cincuenta días.

—Bien. —Koblos estaba satisfecho—. No olvides los rituales griegos —añadió—. A Tyi no le gustaría ser enterrada únicamente según las costumbres egipcias.

—Ya había pensado en ello.

—Ramsés, me eres realmente muy valioso.

El escriba le dio las gracias. No le gustaban demasiado los cumplidos, y consideraba natural servir al amo lo mejor posible.

Siempre que salía, Tamit se golpeaba la cabeza con las manos y se cubría el rostro con limo, dejando que circulara el rumor de que la casa de Koblos se hallaba al fin libre de toda mancha, puesto que la peor enemiga de Nahuri había muerto.

Nekhti la sermoneó. No estaba bien que corriesen tales habladurías sobre de la familia de Koblos.

—Si en verdad era culpable de un acto reprensible —dijo su abuelo a Setui la víspera del entierro—. Tyi deberá responder por ello en el otro mundo. Nada se pasa por alto el día del Juicio. Tal vez sea arrojada a la perra Amet. Los dioses Thot y Anubis no le concederán el perdón. En su sitial dorado, Osiris, el de la diadema con doble hilera de plumas, la castigará.

—Quieran los dioses que se olviden sus pecados y se borren sus faltas —musitó Setui—. ¡Que sea purificada!

Él mismo depositó entre las piernas de Tyi un papiro en el que Ramsés había reproducido un extracto del *Libro de los muertos*.

—Ya está lista para entrar en la sala de las Dos Verdades. ¡Que Isis y Neftis asistan a los cuarenta y dos dioses del Juicio para que se vea libre de todos sus pecados!

—Ella sabrá cómo hablar al dios Ra —le tranquilizó Nekhti— para demostrarle que nunca quiso cometer un delito. Aun en el caso de que lo hiciera, fue para proteger a su familia. Aducirá circunstancias atenuantes.

—Si al menos Tyi se hubiera planteado purificarse en vida... —comentó Setui, preocupado.

El anciano observó a su nieto con los párpados entornados. Se preguntaba cómo un hombre digno de tal nombre podía echar de menos a semejante arpía. Sin duda el amor disponía de jardines secretos.

Para limitar los gastos que suponían los funerales, Ramsés tuvo la excelente idea de sugerir a Koblos que enterrasen a Tyi en la tumba preparada para Nahuri. Koblos, reacio al principio, acabó por aceptar, si bien tras hacerse la firme promesa de que construiría una nueva tumba para su concubina.

—Disculpa que te hable así —le dijo el escriba—, pero tal vez Nahuri no regrese jamás. ¿Por qué hacer nuevos gastos por una concubina infiel o desleal? Su tumba se hallaba casi lista, que la aproveche Tyi.

Las ceremonias se prolongaron largas horas. Las plañideras que Koblos había contratado a jornal se cubrieron el rostro de barro y procedieron a darse golpes en el pecho. Algunas incluso se desgarraron la túnica y empezaron a gemir.

A la cabeza del cortejo, Setui rogaba a los dioses que acompañasen a Tyi al reino de las sombras. Unos criados portaban comida, flores y jarrones, y

las sirvientas el mobiliario y las joyas de Tyi, estas últimas dispuestas en bandejas.

Cerca de la tumba aguardaban ya los padres de Helena, rodeados por un círculo de tañedoras de instrumentos que cantaban al son de los crótalos. Setui no cesaba de repetir en voz baja hasta qué punto echaría de menos a Tyi y cuan injusto era que su esposa hubiera disfrutado de una vida tan corta.

Un sacerdote se unió al cortejo y asperjó el catafalco que contenía el sarcófago. No tardaron en unírsele varios miembros del templo, que procedieron a una breve ceremonia para devolver a Tyi la movilidad de su cuerpo.

Setui unió sus lamentaciones a las que proferían las plañideras.

—¿Volveré a verte algún día? —dijo, al tiempo que seguía con la mirada a los sacerdotes que se preparaban para introducir el sarcófago en la tumba.

Previamente depositaron en éste todas las joyas de Tyi, juguetes para que no se aburriese en el mundo de Osiris, amuletos, vajilla para que pudiese comer con su familia, así como numerosos manjares, bebidas azucaradas y los vasos canopes que contenían sus preciosas vísceras. Ramsés había hecho representar en ellos a los dioses Amset y Duamutif para que la protegiesen. También había ordenado que fabricasen estatuillas de cerámica con figura de sirvienta, las cuales le serían de utilidad en su otra vida. Las rodeaban pequeños objetos de índole práctica: sacos, cestos, tenedores...

Setui adornó personalmente el cuerpo de su mujer con las más hermosas joyas que poseía. Eligió un collar de oro y cerámica, y otro con varias hileras de perlas, cuyo broche representaba un escarabajo alado donde figuraban estas palabras: «Protege a Tyi ante el tribunal. Que los dos platillos de la balanza se equilibren ante Osiris. Que el dios Khnum proteja su cuerpo. Que su nombre sea siempre honorable y digno. Que nadie hable contra ella en presencia de los dioses.»

Abi le puso una pulsera en el tobillo, Nekhti un anillo en el dedo, Helena un ojo *udja*^[17] sobre el pecho. Koblos depositó junto a su cabeza miniaturas que representaban halcones y cabezas de serpiente, guardianes de las puertas del más allá.

Setui había rogado a su padre que no reparase en gastos, para que la vida de Tyi en el otro mundo no consistiese sino en placer y alegría.

—Tyi no tuvo tiempo de ver cómo edificaban su morada eterna —le dijo—. Sin embargo, creo que ésta la habría satisfecho.

Tapiaron la entrada de la tumba para que nada turbase su descanso. Cerca de la sepultura se había dispuesto un patio rodeado de palmeras, que permitía acceder a una sala decorada con motivos vegetales de vivos colores.

Koblos ordenó a Ramsés que contratase a los artistas de mayor renombre para que pintasen en las paredes de la estancia escenas que recordasen la vida de Tyi.

—Llevaba una vida tan normal... —dijo el escriba—. Haré que la representen con su hijo y su amado esposo Setui.

—Podría pasarme muy bien sin esas costosas decoraciones —le susurró discretamente Koblos—, pero se lo debo a mi pobre hijo. Cuando pienso que Nahuri llegó a ver su sarcófago pulimentado, pintado y bendecido con agua divina, y que Tyi descansa hoy en su interior... Como contrapartida, Nahuri tendrá derecho a un doble sarcófago, uno de oro y otro de granito. Bajo la tapa estará representada Nut, la diosa de los cielos y de las estrellas, y en la parte superior la maravillosa efigie de Nahuri, que de ese modo viajará por toda la eternidad rodeada de los astros. Ordenarás que pinten puertas para que entre y salga del sarcófago cuando le plazca, y también ojos.

Tamit se ocupó de los pequeños Osiris de Tyi, símbolos de la resurrección. En el interior de los trozos de tela con figura de Osiris vertió despacio arena y cebada, que empapó generosamente con agua antes de depositarlos con mimo en el patio de la tumba, donde toda la familia se reunió en torno a una joven que tañía un instrumento musical.

Pusieron la mesa, y Abi dio las órdenes pertinentes en cuanto señora de la casa.

Pocos días más tarde, Koblos juzgó necesario recuperar el control de sus asuntos. Fue en busca de su padre, que despidió al instante a sus esclavos para asegurar la intimidad de su conversación.

—La muerte de Tyi me ha hecho reflexionar —empezó Koblos—. Ya no soy tan joven, y puede sobrevenir cualquier desgracia. Tenías razón, debo pensar en conferir mayores responsabilidades a mis hijos.

—¿A tus hijos o a Setui? —preguntó Nekhti, inquieto.

—No me parece buena idea apartar a uno de ellos de la gestión de la hacienda. Si yo desapareciese, el odio les llevaría a luchar por obtener el poder en lugar de unir sus fuerzas para preservar estas tierras.

Su padre hizo una mueca.

—Khufu no ve llegado el momento de dirigirlo todo, y tomará decisiones equivocadas. ¿Por qué no te apoyas en tu primogénito? Más tarde siempre podrás plantearte conceder a Khufu las mismas responsabilidades que a Setui.

Koblos tomó asiento frente a él.

—Sería injusto. Quiero que mis hijos tengan idénticos derechos y que ninguno se sienta perjudicado. Didu y Apuy ayudarán a su hermano mayor hasta que adquieran más experiencia. En cuanto a Khufu, tomará las iniciativas que Setui teme tomar, en tanto que éste templará el ardor de su hermano.

—Te equivocas. Eso es sólo la teoría. En la práctica, Khufu impondrá su voluntad. No existe la menor complicidad entre mis dos nietos, y Setui se verá relegado, le guste o no. Hazme caso y piénsalo bien antes de tomar una decisión. Ramsés te profesa lealtad, se entiende de maravilla con Setui y le da buenos consejos. Tu hijo podrá apoyarse en él mejor que en Khufu.

Koblos permaneció indeciso unos momentos.

—Concédete unos días de reflexión —continuó su padre—. No te reunirás con Osiris de un día para otro ni subirás a la barca de Caronte antes que yo. Yo soy el más anciano de la familia y es normal que parta en primer lugar. La muerte de Tyi sólo ha sido un accidente. No hay ninguna razón para pensar que el hito se cernirá de nuevo sobre nuestro hogar.

—Eso espero —replicó Koblos.

—¿Cómo que eso esperas? —dijo Nekhti irritado—. ¡Qué comentario tan idiota! Tyi pudo haberse ahogado por accidente, o porque llevaba sobre su conciencia la partida de Nahuri, pero los hechos son los hechos. A Nahuri no se la apreciaba mucho en esta casa. En cuanto a Tyi, resultaba difícil convivir con ella. Ahora la familia ha recuperado la tranquilidad.

—A menos que Tyi se enterase de algo que no debía saber. ¿Recuerdas cuan atemorizada parecía? En un primer momento no entendí por qué la encontraba tan distinta en los últimos tiempos. Se sobresaltaba al menor ruido, y se echaba a temblar sin razón aparente. ¿Acaso sorprendió alguna conversación?

—Pero ¿de quién? Todo eso carece de sentido, salvo en el caso de que se tratara de...

Nekhti dirigió a su hijo una mirada de espanto.

—¡Eso mismo! —se contentó con responder Koblos, bajando la voz por miedo a que le oyesen.

—En tal caso, si habló de ello a alguien, por ejemplo a Setui o a Abi, su vida estaría igualmente en peligro...

Nekhti empezó a dirigir súplicas a los dioses para que protegiesen la hacienda de Koblos.

—Me niego a creerlo —dijo—. Pensamos lo peor porque la muerte de Tyi ha espoleado nuestra imaginación. Debemos recuperar la sangre fría.

Helena se sentía conmovida ante el dolor de su primo. Desde la muerte de Tyi, no pasaba un solo día sin que le hiciera una visita, pero cada vez volvía más apesadumbrada.

—Mi tío está contento de Setui —dijo a Alexandros una tarde en que regresaba más esperanzada que de costumbre—. Tiene intención de darle mayor libertad en la gestión de la hacienda.

Como ella se le quedara mirando, sin decidirse a proseguir, Alexandros se le adelantó.

—Adivino tus pensamientos. Crees que los hijos de Koblos no desean otra cosa que suceder algún día a su padre y te preguntas a qué espero yo para tomar a mi vez la decisión de suceder a Tolomeo.

Helena sonrió.

—Qué bien me conoces.

—Uno jamás puede conocerse a sí mismo —respondió su marido con sensatez—, y menos aún a los demás. No obstante, te intuyo.

El macedonio la estrechó contra sí mientras contemplaba por la ventana de su dormitorio cómo el sol teñía de escarlata los montes allende el Nilo.

—Ra otorgó el poder a tu padre, quien habrá de transmitírtelo —dijo Helena—. ¿Hasta dónde has llegado en tus reflexiones y en tu observación del pueblo egipcio?

—Comprendo mejor la mentalidad de Egipto cuando miro a los obreros y a los campesinos entregados a sus tareas —fue la respuesta de Alexandros.

—También tú te convertirás en Horus, al igual que tu padre. Serás venerado en Edfú como Horus halcón. Serás el hombre valiente, rey del Alto y el Bajo Egipto, Grande entre los Grandes, *nesut y bait*, rey del sur y del norte, Tolomeo el amado de Ra. Sólo te resta elegir un nombre, tal como tu padre adoptó el de «Maravilloso *ka* de Ra, el amado de Amón».

—Su hijo ya goza de un nombre para gobernar —replicó pensativo Alexandros—. En la corte le llaman «Hijo de los dos Hermanos, el elegido de Ra, reflejo de Amón».

Helena se apartó de su marido, evidentemente irritada, y comenzó a ir y venir por la estancia.

—Ninguna capilla conmemora que nací de la Gran Esposa real Arsinoe —prosiguió él—. No existe representación alguna que muestre a mi madre, en calidad de diosa, en el acto de traerme al mundo, como cualquier sucesor de faraón que se precie.

—Y por consiguiente temes que el pueblo egipcio no te acepte...

—No lo temo, estoy seguro.

—Inventarán una nueva leyenda popular en la que tú serás el héroe.

—¿Cómo hicieron con Alejandro Magno?

—Exactamente. Abi cuenta todos los días a sus hijos que el rey Nectanebo viajó a Macedonia, donde sedujo a Olimpia, la madre de Alejandro, para lo cual adquirió los rasgos del dios Amón. Y Alejandro no vaciló en ser venerado como un dios.

—Bien, ya veremos —concluyó Alexandros, que prefería cambiar de tema para volver a los hijos de Koblos.

—Mi tío se dispone a confiarles una enorme responsabilidad —dijo Helena, con los ojos brillantes—. El escriba que representa el gobierno del distrito no tardará en presentarse para hacer el balance de los cultivos. Será recibido por Setui, acompañado de Ramsés. Koblos ha prometido no

interferir. De todos modos, sabiendo que tú estás aquí, dudo que el escriba ponga el menor reparo.

—He conocido a los toparcas que dirigen cada una de las divisiones administrativas del nomo y a los comarcas que llevan el registro de cada pueblo, pero aparte de ellos, nadie sabe quién soy.

—Todo el mundo lo sabe —objetó su mujer—. Los rumores circulan muy rápido en Egipto. A propósito, también quería informarte que mi tío tiene algunas ambiciones con respecto a sus hijos, aun conociendo sus limitaciones. Khufu le ha pedido que interceda ante ti para obtener un puesto de comogramato.

—¿Y por qué no de toparca o de estratega? ¡Que aprenda primero a dirigir una hacienda! ¡Luego apuntará a gestionar un pueblo, e incluso una región! El dieceta es el único que puede designar al comogramato, y lo elige entre otras personalidades competentes de la localidad.

—De hecho, Koblos no mediará en favor de Khufu, cuyo atrevimiento le horroriza, sino de sus otros hijos. Si aceptas interceder en su favor ante Tolomeo, está dispuesto a roturar a sus expensas cinco *arures*^[18] de tierra improductiva y a pagar un alquiler de treinta *artabes*^[19]. Entregará al pueblo treinta artabes de cebada y cuarenta de verduras.

—En compensación, sus hijos dispondrán de una clientela y un salario, lo que no me parece desdeñable. Creo que Apuy es demasiado joven para asumir tales funciones. Si se muestra incompetente, Tolomeo tendrá razón al reprochármelo.

—Podría empezar como topogramato^[20] o comogramato, ocuparse de los cultivos y del catastro. Si se revela apto para ello, pasará a ser comarca^[21] o bien velará por los intereses de los granjeros del pueblo.

—Pero ¿te das cuenta de que tendrá que mandar a ecónomos, registradores, responsables de los fondos públicos, gestores de los graneros, cuando apenas está aprendiendo a escribir?

Helena reconoció que, en efecto, su imaginación iba demasiado deprisa.

—Puedo intervenir —accedió por último su esposo—, pero de manera inteligente y sin precipitación.

—Desde que estás aquí, me doy perfecta cuenta de que mis primos ya no sueñan únicamente con suceder a Koblos o compartir el poder con él. Khufu y Apuy esperan más.

—Harían mejor en sumergirse en los manuscritos —replicó Alexandros, como hombre más apasionado por la literatura que por la política.

Tras unos instantes de silencio, prometió a su mujer que hablaría con Koblos y que, en una primera etapa, ayudaría a Setui y a Didu.

—Me has hablado largo y tendido de Setui, y me parece digno de confianza. Es honrado y valioso. En cuanto a Didu, Ramsés me ha puesto al corriente de sus progresos en el estudio. No le faltan inquietudes y es apasionado. Khufu me parece todavía demasiado impulsivo. Por lo que respecta a Apuy, le ciega de tal modo la ambición que su orgullo carece de toda medida. Tal vez con la madurez adquiriera algo de seso.

—Me da la impresión de que no te atrae mucho la idea de interceder ante Tolomeo...

—No quería pedirle nada antes de haber tomado mi decisión, pero lo haré por ti.

Helena se acercó a él, y ambos permanecieron un buen rato en silencio.

—No se oye el menor ruido, y la brisa es tan acariciante... —dijo por fin Helena—. Qué bien se está. Me resulta tan extraño que Nahuri se fuera de ese modo, sin avisar a nadie...

—¿Estás segura de que se ha ido? —preguntó Alexandros.

—¿Y dónde quieres que esté, como no sea en Menfis?

—No tengo ni idea. El mensajero estará pronto de regreso y nos informará.

El padre de Nahuri respondió personalmente a Koblos que no tenía noticias de su hija desde que ésta le había acompañado al sur.

Para aliviar la aflicción de su tío político, Alexandros decidió hablarle de Setui y de Didu.

—Haré cuanto esté en mi mano para que accedan a funciones honorables —le dijo.

El rostro de Koblos se iluminó al instante. Reunió a sus hijos y les comunicó su decisión de confiar la gestión de la propiedad a Setui y Didu.

—Ya tengo cierta edad —les dijo—, y ha llegado el momento de que adquiráis mayor protagonismo.

—¿Y qué piensas hacer con Apuy y conmigo? —le espetó Khufu, furioso.

—Vuestra hora no tardará en llegar. Cuando Setui y Didu desempeñen funciones más importantes en el pueblo, lo cual no se demorará mucho pues Alexandros me ha prometido intervenir en su favor ante el faraón, su padre, os confiaré la finca.

Antes incluso de que hubiese terminado la reunión, Apuy se retiró humillado y sin hacer el menor comentario.

Por su parte, Khufu se negó a beber con Ramsés, Alexandros, Setui y Didu como le animaba su padre.

—Este arreglo no me complace —le soltó.

Luego, se marchó, dejando que celebrasen el acontecimiento sin él.

Ramsés desapareció muy pronto. Tenía que poner al día sus cuentas antes de la llegada del escriba, registrador de los cultivos.

—Te agradezco tu ayuda, Alexandros —le dijo Koblos al tiempo que le abrazaba—. Helena ha elegido un marido cultivado y servicial. Es muy afortunada. —Luego, volviéndose hacia sus hijos, añadió en tono afectuoso aunque firme—. Tamit os traerá una jarra de vino; bebed juntos con moderación. Yo voy a reunirme con Ramsés, y quiero veros trabajar a nuestro lado antes de la hora de comer.

Acto seguido se acercó a Setui y lo estrechó contra su pecho.

—Trata de olvidar la desdicha que ha caído sobre ti —le aconsejó—. Consagra tus esfuerzos a la hacienda. En cuanto a ti, Didu, reflexiona sobre

tu inmensa suerte y no la echas a perder.

Alexandros dejó que los dos hermanos disfrutasen a solas.

Didu hundió la copa en la jarra llena de vino de Abech que Tamit acababa de traerles.

—¿Te das cuenta, Setui, de que al fin podremos proceder aquí como mejor nos plazca y que pronto seremos respetados en todo el pueblo? Y sin embargo, no se puede decir que hayamos frecuentado mucho la escuela del templo ni las clases del gramático.

—Lo dirás por ti —replicó su hermano— porque yo he ennegrecido no pocos cascos de barro cocido y trozos de caliza pulida caligrafiando textos griegos y egipcios. Durante años he copiado sobre papiro cuentos, recopilaciones de poemas e himnos. Y he ilustrado muchos cuentos.

—También yo estudio gramática, literatura, dibujo —protestó Didu, mientras bebía una copa de vino—, pero reconoce que no tenemos la instrucción de un escriba, como Ramsés. Él fue policía y luego juez, participó en expediciones, hizo construir barcos... Conoce los textos de leyes, la historia y la geografía.

—El que un escriba tenga estudios no significa que sea un buen trabajador. Son muchos los que echan a perder su talento de taberna en taberna. Ramsés es un ejemplo para todos esos holgazanes.

Mientras los dos hermanos se felicitaban, las horas fueron transcurriendo, y Koblos empezó a malhumorarse. Él y Ramsés estaban terminando el balance del año.

—Pero ¿qué hacen? —gritó, y el cálamo con el que escribía le cayó de la mano—. Ya empiezo a lamentar las buenas disposiciones que he tomado respecto a ellos. ¿Habré cometido la peor de las estupideces al mostrarme demasiado benévolo?

Ramsés trató de apaciguarle.

—Has hecho lo que hubieras debido hacer mucho tiempo atrás —le dijo—. No lamente nada. Deja que disfruten.

Koblos envió a Tamit en busca de sus hijos.

—¡Recuérdales que les estoy esperando! —vociferó—. ¡Ahora, y no mañana!

La nodriza se apresuró a cumplir sus órdenes.

—Procederé del mejor modo posible para servirte —dijo.

Sin embargo regresó al instante, dando unos gritos que alertaron a toda la casa.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Han apuñalado a tus hijos! Didu ya no respira y Setui ha perdido mucha sangre. El pobre está sin conocimiento. ¡Hay que llamar a un médico!

Koblos y Ramsés corrieron hacia el jardín donde Setui y Didu habían estado bebiendo. A su padre parecía que fuera a salirse el corazón del pecho.

—¡Serapis, Isis, todos los dioses griegos y egipcios, haced que mis hijos sigan con vida! —imploró sin dejar de correr.

En ese mismo momento apareció Helena, que se precipitó hacia Setui y le incorporó la cabeza.

—¡Todavía vive! —exclamó—. Llévadlo a su habitación. Mientras esperamos al médico, le lavaremos y desinfectaremos las heridas.

—Didu ha muerto —constató Koblos, impotente—. ¡Mi hijo menor ha muerto!

Ramsés llegó a todo correr.

—¡Koblos, he encontrado a esta criada presa de temblores en un bosquecillo! Afirma que ha contemplado la escena.

El aludido pareció recuperar el ánimo y miró de hito en hito a la joven que parecía enloquecida.

—¡Khat! —exclamó Nekhti, que se apoyaba en dos robustos esclavos—, ¿qué haces aquí? ¡Tendrías que estar cuidando de Mielos!

—¿Cómo está Setui, amo? —le preguntó la muchacha.

—Sigue con vida, tranquilízate. Ahora debes decirnos lo que has visto —prosiguió Nekhti con voz cariñosa, mientras a Koblos le devoraba la impaciencia.

—¡Sí, dínos quién es el asesino de Didu! ¡Ansío matarle con mis propias manos!

La sirvienta prorrumpió en sollozos.

—La estás asustando —intervino el anciano—. Vamos, pequeña, dínos lo que sepas.

Nekhti sirvió un poco de vino a la joven y le tendió las manos.

—Siéntate cerca de mí y habla. Tómame tu tiempo, y deja ya de temblar.

La muchacha se tranquilizó por fin.

—El amo Setui vino a mi encuentro para preguntar por su hijo antes de irse a trabajar. Le seguí, tal como me pedía, para llevar al pequeño a tomar el aire al jardín. Pero éste perdió la pelota y me entretuve en ir a buscarla bajo la maleza. Entonces oí al amo Setui lanzar un grito en la distancia y vi

surgir a su derecha a alguien armado con un puñal, que asestó varias cuchilladas a mi amo. Me oculté sin demora con el niño.

—Hiciste bien —aprobó Nekhti—. Pero ¿quién fue el que atacó a Setui? ¿Se trataba de Didu?

—¡Oh, no! —respondió Khat—. Cuando mi amo gritó, creí ver un cuerpo en el suelo. Sin duda era el del amo Didu.

—Así pues, ¿se trataba de otra persona?

—Sí.

—¿Era un hombre o una mujer? —quiso saber Koblos, al tiempo que se acercaba a Khat.

La muchacha reflexionó un momento.

—Se trataba con toda seguridad de una mujer, aunque también podía ser un hombre disfrazado de mujer. Llevaba brazaletes de oro. Los vi brillar cuando levantó el brazo para atacar a Setui.

—¿No crees que mi hijo habría tenido la fuerza suficiente para reducir a una mujer?

—Surgió tan de improviso... Además, huyó tan pronto como lo hubo apuñalado.

Nekhti le agradeció su colaboración y le dio permiso para retirarse a descansar.

—No parece que des crédito a la joven —dijo a su hijo.

—¿Y por qué habría de poner en duda sus palabras?

—Supongo que Setui había bebido un poco; ya sabes que no tolera muy bien el vino. Esa mujer habrá aprovechado el efecto sorpresa...

—Pobre Didu —musitó Koblos, inclinado sobre su hijo—. Que informen a los sacerdotes y a los embalsamadores.

—Yo me ocuparé —dijo Ramsés.

Koblos se dirigió al dormitorio de Setui, a quien el médico acababa de auscultar.

—Tu hijo vivirá. Está muy conmovido por la agresión, pero sus heridas sanarán.

—¡Isis sea loada! —exclamó Koblos.

—Ocúpate de él. Es muy sensible y necesita todos tus cuidados.

En ese momento aparecieron Khufu y Apuy.

—¿Dónde os habíais metido? —les preguntó su padre—. ¡Ya veis que la desgracia se ceba de nuevo en nuestra familia!

Abi miró a Koblos con expresión contrariada.

—Desde que la tal Nahuri puso los pies en esta casa, todo va de mal en peor. ¡Es preciso actuar antes de que muramos todos!

—¿Qué estás diciendo? —exclamó Khufu.

—Digo que estás en peligro, como los demás hijos de Koblos, que tus hijos están en peligro, que nada marcha bien en esta casa. ¡Temo por ti, por ellos, por mí!

—¿Qué son esos gritos? —les preguntó Koblos, echando a correr hacia la ventana.

—Se trata de Tamit —dijo Khufu—. Lleva una joya en la mano.

—Bueno, pues que suba.

—¡Han encontrado esta joya cerca del sitio donde atacaron a tus hijos! —anunció Tamit al entrar, con el rostro encendido de excitación.

—Una joya de mujer... —observó Koblos mientras le daba vueltas en la mano.

—¡Pero es que este collar con cierre en forma de escarabajo pertenecía a Tyi! —proclamó Tamit al borde del desvanecimiento—. ¡Lo depositamos en su tumba!

Nekhti se encogió de hombros.

—¿Insinúas acaso que Tyi ha regresado entre nosotros para matar a su esposo? ¡Eso carece de sentido!

—Todos los días riego los pequeños Osiris para facilitar la resurrección de Tyi. La cebada ya ha germinado. La dejaré secar y luego la envolveré en un paño. Nunca había visto germinar tan deprisa la cebada.

—¿Y qué conclusión sacas?

—Que Tyi ha resucitado.

—¿Y que viene a perseguir a los vivos, cuando la tratamos a cuerpo de rey y recibió de nosotros multitud de regalos?

—Tal vez no le haga gracia que Setui pase tanto tiempo con Helena.

Nekhti montó en cólera.

—¡No sigas con esas páfidas alusiones! —gritó—. Mi nieta es una buena mujer. ¡Ama a su esposo, y Setui llora a Tyi desde hace meses!

Al darse cuenta de su torpeza, Tamit se arrojó a los pies del anciano y de Koblos.

—¡Perdonadme!

—¡A fuerza de escuchar todo lo que pasa aquí y que no te concierne, acabará por sobrevenirte también alguna desgracia! —dijo Nekhti—. Atizas

las disputas, y en ocasiones incluso las provocas. Pero ¿qué clase de mujer eres?

Aunque Tamit empezó a protestar, el anciano creyó percibir un brillo de satisfacción en sus hipócritas ojos.

—¡No quiero volver a oír esas pérfidas alusiones bajo este techo! —añadió—. De lo contrario, ya puedes liar tu hatillo y largarte.

Tamit prorrumpió en llanto.

—¿Y tú qué, no reaccionas? —reprendió Nekhti a su hijo—. ¿Cómo puedes permitir que una sirvienta se comporte de ese modo?

—Tamit forma parte de la familia... —intervino Khufu—. Padre nos lo recuerda con frecuencia. La buena de Tamit cuida de nosotros desde que éramos niños.

—No me has contestado —insistió el anciano—. ¿Por qué no la regañas tú también?

Koblos, azorado, respondió a media voz:

—Tyi poseía un collar así, que le había regalado su esposo. Pero como Nahuri se encaprichó con él, yo le compré uno igual.

—Abuelo, ¿crees que Nahuri podría tener la fuerza suficiente para agredir a Setui? Y por otra parte, ¿por qué habría de hacerlo? —preguntó Helena al anciano.

A éste le estaba perfumando el rostro una esclava de la misma estatura que Khat. También participaba de su encanto, delicadeza y discreción. Los largos cabellos negros le caían libremente a lo largo de la espalda. En aquel momento masajeaba despacio las mejillas de Nekhti.

El anciano la despidió con suavidad.

Alexandros y Helena habían ido a visitarle al alba. Quería conocer su opinión sobre un asunto que le había tenido en vela toda la noche.

—Hijos míos, Setui ha recuperado el conocimiento, pero no se acuerda de nada. Reconoce que bebió demasiado, y afirma que no tuvo tiempo de ver a su agresor. Esta noche no he logrado conciliar el sueño. No cesaba de preguntarme si Khat había dicho la verdad y si Nahuri habría sido capaz de asestar semejantes puñaladas a Setui. Por lo demás, ¿qué podría haberla impulsado a matar a Didu?

—No me sorprende lo más mínimo que se ensañase con Didu —respondió Alexandros—. Él no la apreciaba. Sin embargo, ¿qué le había hecho Setui? Tenía un sinfín de razones para odiarla, y en cambio se mostró con ella tal como es, afectuoso y dócil.

—¡Pobre Setui! —murmuró Helena—. Luego pasaré a verle.

Nekhti la miró con una sonrisa en los labios.

—Aunque no me ha hecho ninguna gracia la insinuación de Tamit, hay que reconocer que el interés que demuestras por tu primo es excepcional.

—Le quiero mucho.

—Si Tyi no hubiera muerto, juraría que fue ella quien agredió a Setui, aunque sólo fuera por vengarse del cariño que te profesa.

El anciano mordisqueó unos frutos secos que la esclava había dejado a su alcance, sobre una mesita. Tras un momento de reflexión, añadió:

—Dicen que los muertos regresan entre nosotros. ¿Habrá iniciado Tyi su etapa bajo el sol?

Helena se estremeció.

—Soy griega —le recordó—. No me es posible creer en ello.

—Ni a mí tampoco —corroboró su marido.

—Yo tengo alguna idea —musitó Nekhti—, pero no hablaré de ello sin disponer de pruebas. No estoy convencido de que Khat lo haya contado todo. Me dio la impresión de que estaba tensa y asustada.

—¿Y no te parece normal después de lo que vio?

—Al principio la creí, pero la conozco bien. Antes de que Tyi la reclamase para que cuidara de su hijo, Khat me servía a mí. Eso quiere decir que pude observarla a mi antojo, pues por desgracia mis achaques no me permiten multiplicar las distracciones.

—¿Y si la interrogásemos de nuevo? —sugirió Alexandros.

—Iba a proponérselo —aseguró Nekhti—. Yo mismo le haré las preguntas. Tiene confianza en mí, y me teme lo suficiente para no mentirme.

El anciano llamó a la esclava, que dio los últimos toques a su aseo matinal.

—Ahora ve en busca de Khat —le dijo cuando hubo acabado—. Quiero hablar inmediatamente con ella. Y haz entrar al perro.

A Nekhti siempre le habían gustado los animales. Para sentirse menos solo, había adoptado a uno que vagabundeaba cerca de la finca y le había puesto el nombre de Bahika, que significaba «orix». En ocasiones se mezclaba con los lebreles y los minúsculos *ketkets*^[22], que iban y venían a su antojo por todas las estancias de la casa; sin embargo, Bahika era más fuerte. Se trataba de un perro guardián, que solía tumbarse en una manta, no lejos de su amo. En cuanto alguien entraba, sus sentidos se alertaban.

Bahika corrió a la habitación y se sacudió con fuerza.

—¡Con él me siento protegido! —exclamó el anciano entre risas—. Desde que lo adopté, Neb está celoso y se niega a sentarse en su silla.

Neb era el mono de la casa. Aunque jugaba a menudo con el gato cuando éste no se largaba a los marjales en busca de algún pato salvaje, no soportaba la presencia de Bahika, que se había impuesto nada más llegar.

—No entiendo la cólera de Neb —añadió Nekhti, contrariado por no tener a su mono al lado cuando hacía la siesta—. Se mezcla sin dificultad con nuestras *smons*^[23] y come casi tantos dátiles como ellas en cuanto están maduros. Reúne a las ovejas, atrae al gato, pero en cuanto acaricio a Bahika se rebela, me tira del pelo y se escabulle. Ya puedo llamarle, que se esconde en una vasija y se niega a responder.

Helena se inclinó sonriendo para acariciar a Bahika, que daba vueltas a su alrededor sin cesar de ladrar.

—Ponle agua —dijo su abuelo a la esclava—, y tráeme enseguida a Khat.

Nekhthi pidió a Alexandros que le acercase el cofre de las joyas. Acto seguido escogió un anillo y dos brazaletes y se los puso.

Alexandros admiraba la sabiduría y la calma del anciano, que le recordaba a su tío.

—¿Qué piensas de la desaparición de Nahuri? —le preguntó—. Su padre está inquieto.

—Las jóvenes son imprevisibles —respondió Nekhthi—. Quizás haya encontrado a un apuesto muchacho más rico que mi hijo. Dicen que a veces se reunía con unos hombres de Menfis en la ribera del río.

A Helena le sorprendió sobremanera que su abuelo estuviera al corriente de un detalle que sólo ella creía conocer. En efecto, el día en que su esposo regresaba del viaje, había visto a Nahuri en compañía de desconocidos. Al reflexionar sobre ello, le parecía que los jóvenes se habían alejado muy raudos cuando entabló conversación con la egipcia. Pero ninguno de ellos daba la impresión de estar enamorado de Nahuri. Mantenían una discusión más bien animada, y no parecían compartir la misma opinión que ella. ¿De qué hablarían? A Helena le hubiera gustado mucho saberlo, pero no había logrado oír nada. Simplemente, por unos momentos detectó en Nahuri una actitud extraña.

—¿En qué piensas, Helena?

—Oh, en nada importante. Me ha sorprendido que conocieras los encuentros de Nahuri con unos extranjeros. Lo cierto es que te pasas el día entero aquí y estás más informado de todo que cualquier otra persona de esta casa.

Nekhthi sonrió.

—¿Extranjeros, dices? Tal vez no...

En aquel instante regresó la esclava, jadeante. Se había apresurado para contentar a su amo.

—No he podido encontrar a Khat —dijo consternada—. He ido habitación por habitación, he dado voces en el jardín... ¡Se ha esfumado!

—¿Qué estás diciendo? —gruñó Nekhthi—. Tiene que estar con Mielos en el cuarto de Tyi. Mi pobre Setui le ha encargado que cuide del niño hasta que él se restablezca. ¡Khat no debe perderle de vista ni un momento!

—Pues de eso se trata —replicó la esclava, estrujándose nerviosamente los dedos—. ¡El niño también ha desaparecido!

El anciano llamó a dos esclavos.

—¡Sostenedme! —les ordenó—. ¡Voy a ver a Setui!

Aunque el médico había prohibido la entrada en el cuarto de su nieto, Nekhti entró sin miramientos y lo despertó.

—¿Dónde está Mielos? —preguntó a bocajarro, sin esperar a que Setui recuperase completamente la conciencia—. ¡Ha desaparecido!

Setui se puso un dedo en los labios.

—No ha desaparecido —le tranquilizó—. Está durmiendo en el cuarto de al lado. Quería estar cerca de mí.

—¿Khat está con él? Quisiera hablar con ella.

—Por supuesto. ¿Dónde quieres que esté? ¿Acaso no se le ha encomendado la tarea de velar por el pequeño?

—Veo que tus heridas se niegan a cerrarse —dijo Helena a su primo.

—El médico me ha prohibido que me levante, por miedo a que vuelvan a sangrar. Dice que no estoy dispuesto a ser curado...

—Paros es un excelente médico —explicó Nekhti a Helena—. Es griego, nació en la isla de Cos. Su abuelo se formó en Epidauro y él ha cursado estudios en Cnido. El arte de la medicina se transmite de padres a hijos en su familia. Y además ha adquirido todos los conocimientos que los egipcios poseen en este campo.

Alexandros, que tenía algunas nociones de medicina por haber practicado el atletismo, examinó con atención las heridas de Setui.

—Entiendo más de esguinces y fracturas que de cuchilladas —dijo—, pero esas heridas tienen mal aspecto, y no se cerrarán con sangrías ni ventosas.

Setui hizo una mueca. El menor gesto le producía dolor.

—Lo que más rabia me da es no poder ayudar a mi padre cuando por fin se decide a encomendarme una misión de confianza. ¿Ha llegado el escriba?

Nekhti se apresuró a tranquilizarle.

—No, y lo más probable es que ya estés restablecido cuando se presente.

—Lo dudo. Suerte que Khufu y Apuy están rebosantes de salud y podrán ayudar en los campos.

En ese momento hizo su aparición el médico, con una copa llena de una pomada verde y consistente.

—¡Cuánta gente hay aquí! —rezongó—. ¡Creo haber prescrito un reposo absoluto! Setui debe dormir si quiere recuperarse pronto. De todos modos, ¿qué otra cosa podría hacer? Sufre mucho y la cosa seguirá igual hasta que se le hayan cerrado totalmente las heridas. Dejemos que el tiempo haga su trabajo.

Nekhthi fue el primero en retirarse, ayudado por los dos esclavos.

—Cuídate mucho —dijo a su nieto—. Khufu y Apuy nunca podrán sustituirte; sin embargo, poseen cualidades distintas de las tuyas que resultarán de gran ayuda mientras esperamos tu completo restablecimiento.

Helena besó a su primo mientras Nekhthi entraba ya en la estancia contigua. En efecto, el niño estaba durmiendo, abrazado a un juguete. Su respiración era tranquila y regular.

—Pero ¿dónde está Khat? ¿No se le habrá ocurrido dejar al niño solo mientras duerme? ¿Y si se ahoga? ¿Y si tiene sed, o empieza a llorar?

—Su ausencia resulta muy extraña, ciertamente —comentó Alexandros—. Aquí está el chal que suele echarse sobre los hombros.

El macedonio dirigió una mirada al jardín. Tampoco allí había la menor huella de la sirvienta.

—Voy a buscar a una esclava para que cuide del niño —dijo Helena.

Nekhthi le dio las gracias.

—Todo esto parece tan descabellado... —musitó el anciano—. ¿No crees que están ocurriendo cosas muy raras? Nahuri se larga de un día para otro sin despedirse de nadie. Tyi se ahoga. Didu muere apuñalado. Setui es agredido, y el único testigo de la agresión desaparece como por arte de magia...

El recuerdo de la reciente muerte de su nieto le llenó de aflicción.

—Habrá que preparar nuevos funerales, cuando apenas acabamos de poner fin al luto —prosiguió—. Voy a asegurarme de que Ramsés ha hecho las gestiones necesarias respecto a los sacerdotes, los escribas y los embalsamadores.

—¿No convendría avisar al escriba responsable de los cultivos de que la desgracia ha golpeado por dos veces esta casa y que sería mejor que aplazara un poco su venida? De ese modo Setui tendría tiempo de reponerse.

—Es una excelente idea, Alexandros —aprobó Nekhthi—. El único inconveniente es que nunca sabemos dónde se encuentra ese escriba

ambulante. Si se presenta mañana, Koblos y sus hijos tendrán que recibirlo..., salvo si tú, hijo del faraón, intercedes ante tu padre.

—¿Es necesario que envíe un mensaje a palacio? Podría dirigirme a los funcionarios del Alto Egipto.

—Eso no sería suficiente. Las leyes egipcias son estrictas en lo que concierne a la inspección de los impuestos y los cultivos.

Dicho esto se retiraron para dejar dormir al niño bajo la vigilancia de la esclava que Helena había encontrado.

—Siendo así, te prometo escribir hoy mismo a Tolomeo —se comprometió Alexandros—, con la esperanza de que reciba la carta antes de la llegada del escriba.

—Nuestros mensajeros son casi tan rápidos como los del faraón.

Helena agradeció a su esposo la ayuda que les prestaba.

—Sé que lo haces por Setui, a quien quiero mucho, y te quedo muy reconocida.

Alexandros la estrechó contra su cuerpo. Sin saber muy bien por qué, se sentía cada vez más seducido por el desierto egipcio, atravesado por el benévolo Nilo, que espejeaba bajo los rayos del sol. Su mirada se perdió en la orilla opuesta del río, allí donde hallaban reposo los que habían cruzado al reino de Osiris, en magníficas tumbas que en ocasiones abandonaban para encontrarse con Ra.

19

Aún no había acabado su carta Alexandros cuando anunciaron la llegada del escriba. Tamit se dispuso a recibirle, pero el joven macedonio la detuvo sujetándola por el brazo.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

Había tenido ocasión de observar las maniobras de la nodriza, y desconfiaba de ella.

—A recibir al escriba como todos los años —respondió Tamit, con los brazos en jarras—. ¿Y por qué he de rendirte cuentas? Aunque seas el hijo del faraón, mi amo sigue siendo Koblos.

Alexandros la felicitó por su fidelidad al señor del lugar.

—Conozco lo que ocurre bajo este techo mejor que nadie —añadió la mujer—, y Koblos confía en mí.

—De eso no hay duda, Tamit —reconoció Alexandros—, pero no eres la señora de la casa.

—Si esa egipcia no hubiera puesto los pies aquí, ya lo sería.

—¿Estás segura?

—Sí. Koblos siente un gran afecto por mí. De hecho, le soy indispensable.

—En realidad te las has ingeniado para serlo cada día más. Eres muy astuta.

—¿Qué estás insinuando? —saltó la nodriza, roja como la grana.

—Me has entendido perfectamente.

Tamit se marchó refunfuñando. No obstante, Apuy y Khufu se le habían adelantado. Tan pronto como su padre les comunicó la llegada del escriba, se apresuraron a ofrecerle hospitalidad.

El escriba se había presentado a bordo de una chalana nilótica, con una flotilla perteneciente al ministro, dirigida por un *estolarca*^[24]. Iba acompañado por parte de su mobiliario, vajilla, víveres para sus viajes, una bata, clámides de fina lana de Mileto para invierno y para verano, túnicas blancas nuevas o a medio usar, sandalias, cinturones y frascos de plomo de un *cotilo*^[25], que contenían el famoso perfume de Mendes, situado en el Delta.

También llevaba consigo cinco *hins*^[26] de perfumes en doce *alabastros*^[27] sellados con su anillo, así como guirnaldas de flores.

Habituados a sus gustos, Khufu y Apuy ordenaron que le sirvieran inmediatamente *chidras*.

—¡Ah, así es como me gusta la cebada! —comentó el escriba, encantado—. Las glumas se han eliminado a mano sin tostar las espigas. No soporto las gachas blancas y sosas. Para lograr *chidras* como éstas, sin duda habéis cogido las espigas maduras, aunque ligeramente verdes. Se las doy con regularidad a mi hijo, que quiere convertirse en un fornido atleta. Resulta menos caro que las clases del *paidotribo*^[28]. Con un salario mensual de siete dracmas es bastante difícil criar a un futuro campeón.

Khufu y Apuy obsequiaron también al escriba con una buena cantidad de ajos procedentes de los oasis líbicos y de Tlos de Licia. Le regalaron adormideras blancas y negras, cuyo jugo se utilizaba en la fabricación de perfumes y de las que los egipcios extraían el aceite de adormidera.

—El dieceta disfrutaría mucho con tal variedad de árboles —dijo con entusiasmo el escriba, que aceptó todos los regalos—. Voy a llevarle plantones de higueras de Quíos, de granados y de albaricoqueros, que podrá replantar cerca de Alejandría, y también la variedad de cepas que producen la uva ahumada de Cilicia. ¡Le encantaría convertir Egipto en un inmenso vergel!

Khufu y Apuy trabajaron durante largas horas en casa de Ramsés, deseosos de mostrar a su padre de qué eran capaces. La muerte de Didu parecía ya olvidada. Permanecían inclinados sobre los manuscritos donde se alineaban las cifras de las cosechas precedentes.

—Hace cuatro meses recibí informaciones de los funcionarios encargados de los nilómetros en la isla Elefantina —dijo el escriba—. Sabemos cuántos codos subió el Nilo. De ese modo el dieceta pudo establecer las listas detalladas que fijaban las superficies aptas para la siembra en cada pueblo.

—Las recibimos —respondió Khufu.

—¡Estupendo! Creo que disponéis de una instalación que permite el riego artificial a partir del mes de octubre...

—En efecto —admitió Khufu—. Utilizamos cigoñales.

Nada más llegar, el escriba había reparado en los pies ahorquillados hundidos en el suelo, y en el sistema de palanca que permitía subir los

cubos de agua.

—Veo que os habéis equipado. Por lo demás, este registro es magnífico. Si todos los granjeros y campesinos llevaran sus cuentas al día como vosotros, nuestras visitas de inspección terminarían mucho antes... Toda ciudad helénica, ya se trate de Alejandría, de Naucratis o de Tolemaida, posee sus propios registradores. Pero cuando hay que inspeccionar la *chora*, el país egipcio, la cosa cambia. Cuando uno es funcionario real, pasar de tribus a *demos*^[29] y de *demos* a tribus no resulta sencillo.

—¡El reino ocupa un territorio tan vasto! —exclamó Khufu, mientras pensaba que él dirigiría gustoso una parte de ese suelo, cuyo único propietario era el soberano.

—Sí, y sin duda se trata de «territorio real», lo que algunas personas tienden a olvidar. Aunque se haya confiado diversas extensiones de tierra a griegos y egipcios, por diversas razones, todas son propiedad del faraón. Esas tierras son sagradas; fueron depositadas por los dioses en las manos del rey. Las rentas van a parar por tanto a los templos y al clero. También el rey debe recibir una parte de los productos de la tierra.

—Por supuesto —corroboró Apuy—. Es una cuestión de justicia. Sin el rey, nuestro padre no disfrutaría de esta hacienda. No me sorprende lo más mínimo que el comarca lleve un registro preciso de las cosechas o los cultivos.

Khufu invitó al escriba a visitar las nuevas plantaciones de árboles realizadas por su padre a lo largo del año. Le mostró también las instalaciones y bienes pecuarios, que a su vez pertenecían al soberano.

—Me llevaré algunas ocas y cerdos para el palacio de Alejandría —anunció el escriba, maravillado ante los rollizos volátiles.

Contempló con atención los caballos y terneros.

—Poseemos algunas palomas...

—Ya veo —dijo el escriba, haciendo una mueca—. El rey tiene el monopolio de la cría de palomas, así como de la producción de miel. Necesitaríais una autorización, pero tengo entendido que uno de los hijos del faraón pertenece a vuestra familia.

—En cierto modo —replicó Khufu, muy tieso.

—En ese caso, prescindiremos de esa formalidad. Os aconsejo no obstante que limitéis la producción de miel, para no disgustar a vuestros vecinos, y que evitéis que vuestras palomas pasen a sus casas. Plantearían

sus quejas en la oficina del comarca y nos veríamos obligados a tomar nota de ellas.

—Nos mantendremos alerta —prometió servilmente Apuy.

—Sólo os daré un consejo. Para ser libres y propietarios de pleno derecho de esta tierra que el rey os arrienda, ¿por qué no hacéis valer vuestros lazos de parentesco con él? De ese modo tendríais las mismas prerrogativas que Zenodoto.

Khufu retuvo a su hermano, que se disponía a mostrar su aquiescencia con el escriba.

—Es una posibilidad que vale la pena tener en cuenta —respondió con prudencia, al tiempo que se volvía hacia Ramsés, quien lo escuchaba todo sin intervenir en la conversación—. No obstante, en el actual estado de cosas, a nuestros esclavos les paga el gobierno. Una vez abonado el alquiler, el gobierno nos ofrece ayuda para las semillas. Cuando la cosecha del año resulta peor que la de otro, nos da un anticipo. Si nos convertimos en propietarios de estas tierras, tendremos que tomarlo todo a nuestro cargo, cualesquiera que sean los acontecimientos que sobrevengan.

—La razón habla por tu boca —sentenció Ramsés.

—¡Eso es cosa vuestra! —dijo el escriba.

Los cuatro hombres se dirigieron a la linde de los campos de Koblos y llegaron a la orilla del Nilo, donde se alzaba el templo renovado por Tolomeo. El escriba pasó revista a los sumos sacerdotes, los profetas y los estolistas encargados de vestir al dios, a los *pteróforos*^[30] y a los *hierogramatos*^[31]. Mantuvo una conversación privada con los cinco responsables de cada tribu que administraban el templo y con el delegado real, el epístato, que había recibido el cargo de su padre y tenía un nombramiento vitalicio. El escriba manifestó también el deseo de conocer el nombre de los nuevos monógrafos encargados de redactar los hechos egipcios.

—El faraón os convocará en Menfis para el aniversario de su nacimiento —les dijo—. Y no olvidéis que Tolomeo desea al presente recuperar el sexmo de los productos de la viña y de los árboles frutales que antaño ofrecíais a los dioses. También sé que persistís en confeccionar aquí vuestras vestiduras de lino. Bueno, pues eso se ha terminado. El palacio os proporcionará todo lo que necesitéis.

Los sacerdotes de cabeza rapada aceptaron de mala gana las órdenes del escriba.

—Cuento con vuestra obediencia —insistió éste—. De lo contrario tendréis que habéroselas con los jueces de la región.

El escriba era menudo y recio, pero en cuanto hacía su aparición, se inclinaban las cabezas y se interrumpía toda conversación. Dicho aquello, se reunió con Khufu, Apuy y Ramsés, que le aguardaban a la sombra de un sicómoro.

—Esta mañana, nada más llegar, he tenido que poner en su sitio a un cervecero. Vendía cerveza sin haber pagado licencia alguna al faraón, confiando de ese modo en no tener que devolver una parte de sus ingresos.

—¿Cómo se procuraba la cebada que necesitaba?

—¡Según él, vosotros se la vendíais antes de que se efectuase la inspección!

Khufu empezó a protestar.

—Perded cuidado —dijo el escriba, al tiempo que avivaba el paso—, no le he creído. Sin duda posee sus propios cereales. ¿Cómo pensáis transportar el grano que debéis al faraón?

—Todos los años alquilamos los servicios de varios asnerizos, los cuales llevan los cereales al pueblo. Otros transportistas los confían acto seguido al granero del *sitólogo*^[32] del pueblo.

—¿Entregaréis también dinero en sustitución de una parte de los cereales?

—Sí —intervino Ramsés—, como todos los años.

—Entonces ese dinero deberá ser entregado en el banco de la villa y no en el Tesoro, aunque el conjunto sirva para sacar de apuros al Tesoro real. El faraón ha reforzado la seguridad de los barcos que aseguran el transporte hasta Alejandría. Los marinos siempre temían un ataque, pero hemos puesto remedio. Ahora estamos en posición de calcular los impuestos que tendréis que pagar. Volvamos a casa de Ramsés.

Los cuatro hombres se encontraron de nuevo sentados unos frente a otros. El funcionario sacó su escribanía y permaneció pensativo unos momentos, con el cálamo apuntado hacia el techo.

—Establezco como de costumbre el *artabieia* según la superficie y el rendimiento del suelo. Será pagado en especie por lo que respecta a los terrenos de cereales. El *eparourion*, relativo a las viñas y los frutales se entregará en dinero.

—Podemos añadir el impuesto del *sexmo* para el culto de la divina Arsinoe —precisó Ramsés.

—Muy bien. ¿Cómo deseáis pagar el impuesto sobre la casa, la contribución sobre el ganado, el impuesto para el mantenimiento de los canales, la contribución para la agrimensura, la del salario de los policías y escribas, y la del derecho de pasto?

—De la misma manera —respondió Khufu, tras haber consultado con Ramsés.

—Os ahorraré la licencia sobre la producción de miel. La declaración que hicisteis el año pasado en lo tocante a la casa, el trigo y el ganado es conforme a lo que acabo de constatar. Veamos —añadió, y les fue leyendo en voz alta a medida que escribía—. «En el año 21 del reinado de Tolomeo, hijo de Tolo meo Soter, el 2 del mes de Epeif, en Tasnit, Khufu y Apuy, hijos de Koblos, de Tasnit, y Saccos, uno de los escribas de la contribución de pasto del demo, llegan al acuerdo siguiente, en presencia del escriba Ramsés, respecto al montante de la contribución de guarda de los animales que hay en Tasnit durante el vigésimo primer año: por cuarenta bueyes de un óbolo, diez dracmas^[33], por veinticinco asnos de tres óbolos, quince dracmas y dos óbolos, a condición de que esta suma sea entregada en el banco de la villa antes del 30 de Mesore^[34] del mismo año. Si no se abonara dicha suma en la fecha mencionada, la cantidad adeudada será incrementada en un cincuenta por ciento y se establecerá el requerimiento según el derecho fiscal.

»Khufu y Apuy, hijos de Koblos, a Saccos. Reconozco estar de acuerdo con las estimaciones realizadas más arriba.»

Acto seguido el escriba pasó a otras evaluaciones. Su trabajo se prolongó mucho tiempo.

—¡Ya está! —dijo al fin cuando acabó de escribir la última línea y remitió a Khufu los documentos para la firma. Sólo me resta enviar este informe al *eklogista*^[35] en jefe y a la Cámara de las cuentas de Alejandría. Si no me equivoco, Alexandros fue educado por un célebre eklogista de dicha ciudad.

—Exactamente —respondió Khufu—. Pero su verdadero padre es Tolomeo. Y Alexandros es mi primo político.

Esa observación hizo sonreír al funcionario real.

—Seguid pagando con regularidad el impuesto sobre las tierras cada treinta días y llevando las cuentas al día. El faraón ha incrementado las multas contra los defraudadores, aunque no lo hagan con mala fe.

—¡El Tesoro público debe de rebosar riquezas! —exclamó Apuy, y al instante lamentó el comentario.

—Unos quince mil talentos —respondió el escriba con frialdad—. Lo necesario para mantener una flota y una armada poderosas en caso de necesidad.

Pese a su aflicción, Koblos se sintió orgulloso de los cumplidos que le hizo el escriba con respecto a sus hijos, que se habían mostrado eficaces y rápidos.

Al acabar el día, Khufu entró en su dormitorio muy satisfecho de sí mismo.

—¿Ya lo habéis solucionado todo? —le preguntó Abi, llena de asombro.

—Lo esencial. Mañana el escriba visitará con más calma los campos.

—Confío en que tu padre sabrá apreciar tu eficacia. Si se hubiera ocupado Setui, todo habría sido mucho más lento.

Abi recogió algunos juguetes esparcidos por el suelo. Los guardó en un arcón y pareció prestar más atención que de costumbre a las palabras de su esposo.

—Tu padre debería comprender que debe implicarte más en los asuntos de la finca. No puedo admitir que pidiera a Alexandros que ayudase a Setui y Didu y que te tenga arrinconado, cuando eres mayor que Didu.

—Yo tampoco lo admito —dijo Khufu, sorprendido de que su mujer se mostrase tan irritada con Koblos.

Éste oyó por casualidad las palabras de su nuera. Para que no subsistiera la menor ambigüedad en la mente de su hijo, al que sabía impulsivo y envidioso, decidió ponerle al corriente de cómo se habían desarrollado los acontecimientos.

—Ah, padre, no te había oído —lo saludó Khufu, nada incómodo.

—Lo supongo —replicó Koblos—. Me hubiera gustado que en este día de duelo dejases de lado tu animosidad y tu sed de poder. Pero ya que ambos habéis abordado este problema, os lo aclararé. Tenía intención de actuar con absoluta equidad con respecto a mis cuatro hijos y aprovechar la presencia de Alexandros para favorecerles. Tu abuelo me iluminó y me mostró la vía que convenía seguir.

Khufu apuró de un trago la copa de vino, e inmediatamente se sirvió otra.

—¿Le has escuchado? ¿Y eso por qué, vamos a ver? ¡Hace mucho tiempo que el abuelo dejó de ocuparse de la hacienda!

Koblos meneó la cabeza; aquella observación le resultaba desagradable.

—Pareces olvidar que Nekhti sigue con vida. Conserva toda su lucidez y es natural que opine sobre los asuntos de la familia cuando le plazca.

En ese momento apareció Apuy en el umbral de la puerta, y Khufu le invitó a entrar.

—¡Entra! —le gritó—. ¡Las sorpresas no se han acabado por hoy!

Khufu le resumió brevemente lo que su padre acababa de decirle.

—No estoy de acuerdo contigo, padre —dijo Apuy, y echó la cabeza atrás para tragar unas pasas—. El abuelo es demasiado viejo para tomar decisiones. Los jóvenes de hoy no necesitan perder el tiempo con los estudios para labrarse un porvenir. ¡Que Alexandros me permita convertirme en estrategia y administraré la región entera!

Apuy se balanceaba en un taburete, muy satisfecho de sí mismo. Como su padre no replicase, le preguntó cuál era la razón de su silencio.

—Sin duda ese tipo de jactancia es lo que impulsó a Alexandros a no interceder en tu favor. Lo entiendo, y no puedo por menos que aprobarlo.

—¿Que lo apruebas? —casi aulló Apuy—. ¡Nosotros trabajamos tanto como Setui y Didu! ¡Es injusto!

—Didu ya nunca más trabajará por mí —respondió Koblos en un susurro.

—No cabe duda de que será más feliz allí donde se encuentre.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Es que no querías a tu hermano? Erais tan íntimos... Parecíais inseparables.

Apuy se encogió de hombros.

—¿Y qué puedo hacer? Yo no manejo las riendas del destino. Cuando las Moiras cortan el hilo de la vida, estamos obligados a aceptarlo.

—Así que sostienes que Alexandros compartía el criterio del abuelo... —intervino su hermano.

—Sí, al menos en lo que concierne a Setui. Aunque no se consultaron al respecto, manifestaron más o menos la misma opinión.

Khufu se encerró en sí mismo.

—Y ahora, ¿qué? —prosiguió Apuy, mientras iba de un lado a otro por la habitación, una costumbre habitual en su padre—. Ahora que hemos sustituido a Setui y hemos trabajado con el escriba, ¿qué pasa?

Koblos reconoció sus méritos.

—Imagino que Alexandros se replanteará su postura.

—¡Eso espero! —exclamó su hijo.

—Pese a todo, dudo que sea una buena idea en lo que respecta a vosotros dos.

—¿Qué quieres decir? —masculló Khufu.

—Didu y Setui han sido salvajemente agredidos. ¿El asesino la tiene tomada con mis hijos, o se trata sólo de una coincidencia?

—A juzgar por lo que contó Khat, debió de ser obra de una mujer.

—Nada lo demuestra —intervino Abi, muda hasta el momento.

Khufu se echó a reír.

—Tranquilízate, Abi, nadie te está acusando. ¿Cómo ibas a tener la fuerza suficiente para agredir a Setui?

—Soy más fuerte de lo que crees —replicó ella—. Pero en este caso no tengo nada que ver.

Apuy pensó no obstante que Abi podía tener excelentes razones para alegrarse de la desaparición de Setui. Muerto éste, ¿no ocuparía Khufu el lugar del primogénito?

—¿Dónde estabas cuando atacaron a mis hermanos? —le preguntó.

—¡Ya basta, Apuy! —ordenó Koblos—. Si se trata de una mujer, tal vez sea una sirvienta, una extraña que se habría introducido en la casa, aunque también podría ser un hombre disfrazado de mujer.

—¿Y qué me dices de las joyas encontradas en el lugar del crimen? —ironizó su hijo—. No, padre, te niegas a mirar la realidad cara a cara. Te lo digo tal como lo pienso: si esta agresión fue cometida por una mujer, no se trataría de una sirvienta. Tanto puede ser Helena como Abi, Nahuri, Letho o incluso Tamit, a menos que el acoso provenga de Tyi. Pero los muertos no me dan miedo.

—¡Siempre tu maravillosa seguridad! —comentó Koblos—. Sea como fuere, ordenaré a Ramsés que acelere la pintura de los frescos que adornarán el patio de la tumba. Si Tyi está encolerizada por alguna razón que ignoramos, la calmaremos con regalos.

Los campesinos de Koblos iban regresando de los campos. El sol se acercaba al ocaso, y una leve brisa barría las arenas del desierto. Tamit encendió las lámparas en forma de barca en las que ardía aceite de oliva, y recorrió todas las estancias para comprobar las mechas de cordel, algunas de las cuales impregnaba de grasa.

—Quieran los dioses que a Tyi le falte la luz hasta el amanecer —refunfuñó—. Que se quede sola en la oscuridad. Que se aburra y se eche a llorar.

Consciente de pronto de sus palabras, Tamit empezó a elevar sus súplicas a los dioses de las tinieblas.

—Olvidad lo que acabo de decir. Osiris, Isis, Plutón y todos los demás dioses, sed indulgentes conmigo. Siempre hablo demasiado. Por el contrario, hay que apaciguar a Tyi; el amo lo ha dejado bien claro.

Su rostro adusto se iluminó al pensar en Koblos.

—Me aprecia —musitó—. Estoy segura de que llegará un día en que se casará conmigo. Y ese día no está lejos.

Devolvió el peine a su lugar y se enjugó el khol que se le había corrido en el borde exterior de los párpados.

—Todavía soy joven, y de fea no tengo nada. Todo está a mi favor para lograr convencer a Koblos de que me pida en matrimonio. ¡Qué maravillosa venganza contra quienes me consideran una esclava!

Empezó a canturrear mientras iba guardando aquí un lienzo, allá un objeto tirados por el suelo.

Koblos no manifestó el deseo de quedarse hasta tarde, pues quería levantarse con la aurora. De modo que abandonó la mesa en cuanto hubo acabado de cenar, disculpándose ante el escriba a quien hospedaba, y que a su vez aprovechó para acostarse temprano.

—Esperaba este momento —dijo Nekhti a Ramsés en voz queda—, porque quería hablar con alguien de confianza.

Ramsés se acercó al anciano para oírle mejor y no tener que levantar la voz.

—En tu opinión, Ramsés, tú que eres instruido —le dijo Nekhti—, ¿quién mató a Didu?

El escriba miró a Nekhti con los ojos entornados.

—¿No tienes ninguna idea al respecto?

—Sí, y me da la impresión de que compartes mi parecer. La cosa es sencilla. Hay que preguntarse a quién beneficia un crimen semejante. Han querido eliminar a Didu y a Setui. ¿Quién podía sacar partido de ello?

—Estoy de acuerdo, y eso me ha hecho pensar mucho. Si Setui hubiera muerto, los más beneficiados habrían sido Khufu y Abi, pues él se habría convertido en el hijo mayor de Koblos. También Apuy tenía interés en matar a sus dos hermanos porque Alexandros los había elegido para

ayudarles en su carrera. El hijo del faraón puede adoptar hoy otra política. Considero que Khufu y Apuy son los que salen más favorecidos por esos crímenes..., si no fuera porque se trata de sus hermanos.

—No nos dejemos cegar por los lazos fraternales, Ramsés. Cuanto mayor se hace Khufu, más arrogante y seguro de sí se muestra. En cuanto a Apuy, la modestia no es precisamente una de sus virtudes. Me avergüenza decirlo, porque se trata de mis nietos, pero tengo que reconocer que nada les arredra. Los he observado esta tarde. ¡Qué celo han mostrado ante el escriba! Y sin embargo Didu aún no se encuentra en las manos de los embalsamadores...

—Ninguno de los dos aceptó que le dejaran de lado.

—¡Están furiosos y carecen de todo escrúpulo! No obstante, esto sólo son hipótesis. Considero a Tamit tan capaz de asesinar como a esos dos.

—¿Tamit? —Ramsés reflexionó—. Después de todo, tal vez no andes muy desencaminado.

—Siempre ha estado celosa. Su único objetivo es ocupar el lugar de mi difunta nuera. Muchas veces me he preguntado cómo murió. Sufrió una indigestión cuando tenía veintisiete años, pero en lugar de recuperar las fuerzas se fue apagando poco a poco, como si cada día bebiera pócimas envenenadas.

—Tamit la cuidaba.

—¡Oh, sí, y con devoción! La velaba día y noche, tal como le había recomendado el médico. —Nekhti hizo un gesto de irritación—. ¡Veo el mal por todas partes!

—Y estás en lo cierto. Sin embargo, tengo otra idea.

El anciano le miró sorprendido, y lo asaeteó a preguntas.

—No diré nada por el momento —se obstinó Ramsés—. Si hablase, podría ponerte en peligro.

—¿A mí? ¿Y tú no lo estás?

—Desde luego que sí, pero ¿quién está seguro en esta casa?

—Así pues, ¿crees que otras personas pueden ser agredidas? —preguntó Nekhti, presa de inquietud.

—En efecto.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo del anciano.

—No dirás nada más, ¿verdad?

—Esta noche no.

—Entonces, vamos dentro. En el interior, al menos estaremos al abrigo de los malintencionados.

—Tal vez.

Ramsés ayudó a Nekhti a levantarse y le acompañó a su dormitorio. Luego dio una vuelta por la finca antes de ir a acostarse. La vida parecía ordenada hasta en los menores detalles, pero en poco tiempo todo había cambiado. La existencia monótona y laboriosa de una familia feliz se había visto truncada desde la llegada de Nahuri.

Mientras reflexionaba tendido de espaldas, la mirada de Ramsés se quedó clavada en las vigas del techo.

—Eso es —murmuró—, los dramas se han sucedido desde que Nahuri puso los pies en esta casa. ¡Nahuri de Menfis!

20

Alexandros fue a la tumba de Tyi en busca de Ramsés. Necesitaba hablar con alguien que conociera bien a la familia de Koblos.

El macedonio encontró al escriba sumido en el trabajo.

—Tuve que interrumpir las obras para preparar los informes que Khufu mostró al funcionario real —le dijo Ramsés—. Pero Koblos desea que la decoración del patio avance para complacer a Tyi.

—¿Qué piensas del hipotético regreso de la esposa de Setui entre nosotros?

Ramsés sonrió.

—Los egipcios todavía creen en el viaje que los muertos realizan entre los vivos.

—¿Y tú?

—Oh, yo... Esa versión sigue siendo plausible, puesto que los sacerdotes así lo afirman, pero no puedo pasar por alto la posibilidad de que una mano llena de vida esté golpeando a la familia de Koblos. Cuida de Helena, también ella podría estar en peligro...

—¿Por qué dices eso? No puede heredar la finca que el faraón arrienda a Koblos. Además, Zenodoto posee sus propias tierras, que pasarán a ella.

—En eso tienes razón, pero ¿y si el asesino de Didu no apuntara a la finca de Koblos?

Alexandros se quedó desconcertado.

—No te sigo.

—Qué más da. Se trataba de una simple observación. Los hombres matan por diversos motivos: los celos, la envidia, la pasión, la cólera...

—Eso es muy cierto —respondió el macedonio, mientras seguía con la vista la mano de Ramsés, que dibujaba jeroglíficos en un papiro desenrollado sobre sus rodillas.

—¿Conoces el egipcio, palabra divina de Thot? —le preguntó el escriba, al verle tan atento.

—Aún no. ¿Qué pone en ese papiro?

Ramsés leyó, mostrando los jeroglíficos con el dedo. Alexandros fue siguiendo los signos con la mirada, por encima de su hombro.

—¿Y eso? ¿Qué significa ese dibujo?

—Nada en concreto. Pone punto final a la frase. Se trata de un elemento figurativo que resume el significado de la frase entera.

Ramsés colocó una última palabra a la cabeza de su frase. Luego esbozó tres hileras de onditas bajo las que dibujó una caña.

—*Iuabti*... —murmuró mientras escribía.

—Lo que significa...

—«Ha sido lavado.» Sí, todo debe ser purificado para alejar a los espíritus retorcidos y hostiles.

Acto seguido empezó a escribir en demótico.

—En nuestros días, pocos son los escribas que conocen los jeroglíficos —precisó—. Primero aprendí la escritura hierática, y luego la demótica para el trabajo administrativo. Después me entró la curiosidad de conocer la escritura sagrada.

—¿Podrías encontrar tiempo para enseñarme todo eso? Te pagaré bien. Si algún día sucedo a mi padre, me gustaría saber leer la lengua del pueblo.

—En ese caso tendrás que armarte de paciencia —respondió Ramsés entre risas—, porque en la actualidad el pueblo se compone de griegos, persas, gálatas...

—Lo sé bien, pero no quiero conocer sólo el griego, como mi padre. Promete que me ayudarás.

El escriba dejó al descubierto los dientes, algo amarillentos.

—A cambio —le dijo—, tú me contarás cómo vivías allá arriba, en Filipos.

—Me comprometo a ello.

—Déjame hacer una última estimación sobre los gastos de los funerales de Didu y estoy contigo.

Un artesano apareció con un haz de papiros y lo depositó al pie de un caballete de madera. Fue tomando con delicadeza cada tallo de papiro, los mojó y procedió a aplastarlos un buen rato antes de yuxtaponerlos primero en el sentido de la longitud y luego, encima, en sentido contrario, el de la escritura, tal como Ramsés empezaría a escribir.

Algo más lejos se habían instalado los escultores y los talladores de vasijas. Un artesano trabajaba el capitel palmiforme de una de las columnas que ornaban el patio de Tyi. Un obrero le iba tendiendo ora una piqueta, ora un cincel o un pulidor. En la misma columna, un dibujante, con un cálamo en la mano y una paleta a sus pies, trazaba gigantescos jeroglíficos, que luego grababa antes de pintarlos de azul turquesa o verde.

Frente a ellos, sobre un andamio de madera, un artista procedía a trazar los contornos de una esfinge.

Pronto el ruido se hizo insoportable. Unos golpeaban con un mazo, otros pulían granito. Resonaban gritos de insatisfacción, y de vez en cuando una herramienta caía al suelo.

Con ayuda de cuerdas, unos obreros arrastraron hasta el taller una masa de alabastro de nueve codos, depositada sobre una rastra de madera. Otros iban regando el suelo para hacerlo resbaladizo y retirando las piedras que podían entorpecer el recorrido de la rastra. Con frecuencia apagaban la sed, y animaban con cantos a los que sudaban tirando con todas sus fuerzas de las cuerdas.

Alexandros optó por dejar que Ramsés prosiguiera con su trabajo. Admiró las obras de los artistas que tallaban vasijas en el esquisto. El oro se fundía en un brasero atizado por varios hombres. Acto seguido el metal fundido era vertido en lingoteras antes de ser entregado a los artistas. Cada uno de éstos pesaba la cantidad de oro que necesitaba por medio de una balanza y de pesas en forma de esfinge. Sentado en un taburete, martilleaba el metal y en ocasiones lo reblandecía al calor de la llama para darle la forma deseada.

Concluido el trabajo, las obras se depositaban en una plancha de madera.

Ramsés examinó con atención todas las piezas: una copa que representaba un manojo de papiros, un aguamanil en forma de ánade, una larga cratera decorada con orix y gacelas.

—¡Qué magnífico trabajo! —dijo con asombro Alexandros.

Ramsés respondió como hombre exigente que era.

—He elegido a los mejores artistas. Son capaces de captar una actitud, o la expresión de un rostro. Koblos les paga bien, y cuida de que se sientan cómodos. El taller es fresco y está limpio. Además, los obreros reciben a diario víveres y ropas.

—Ramsés, ¿consideras a Apuy capaz de dirigir una hacienda semejante? —preguntó Alexandros de sopetón.

El escriba lo miró sorprendido.

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Porque Koblos me ha rogado que ayude a sus hijos a conseguir puestos importantes en el pueblo. Por su parte, él tiene intención de confiarles mayores responsabilidades. Había decidido privilegiar a Setui y Didu. Me hubiera gustado hacer algo por ayudarlo.

—¿Y piensas en Apuy? —dijo Ramsés, estupefacto—. ¡Pero si apenas está en la edad de la *efebía*^[36]! ¡Es demasiado joven!

—Soy de la misma opinión —convino Alexandros.

De pronto Ramsés frunció el ceño.

—¿Problemas? —quiso saber el macedonio.

—Hemos rebasado la cantidad de oro que había previsto. La ornamentación de estas paredes y de las hileras de columnas nos costará una gran suma. Y luego habrá que empezar con la tumba de Nahuri. Estos objetos son para ella.

—¿Para Nahuri?

—Koblos insiste en ello, aunque es posible que jamás regrese entre nosotros. Nunca se ha derrochado semejante fortuna por una concubina.

—Koblos la consideraba su futura esposa.

Ramsés hizo un gesto de irritación.

—¡Menuda majadería! —exclamó—. Koblos está demasiado ligado a las costumbres de este país. El estatuto de nuestra ciudad prohíbe las uniones mixtas entre griegos y egipcios a fin de preservar la pureza de la raza. Su primera esposa era griega, al igual que él.

—A veces el amor lleva a decisiones insospechadas. Con todos los griegos que Egipto reclutó para su ejército, dudo que a los soldados de las *cleruquías*^[37] les cueste encontrar a mujeres que les convengan. El rey les concede tierras cultivables de una extensión decente. Por lo demás, las egipcias son zalameras, y saben dónde se obtiene la miel.

—Estoy seguro. Sin embargo, conozco a Koblos; él respeta las leyes y las costumbres. Llegado el momento de casarse, se habría vuelto atrás.

Aunque tuviera sus dudas, Alexandros evitó polemizar con el escriba.

—¿Y Tamit es griega? —preguntó.

—¿Tamit? Sí, eso creo. Pero ¿por qué la sacas a colación?

—Apuy y Khufu no la aprecian mucho que digamos. Si se convierten en los amos de la finca, Tamit no tardará en verse en el mercado, vendiendo ropa usada.

—¡Eso le daría una buena lección! No cesa de propalar rumores que siembran el terror por toda la casa. ¿Pues no le ha asegurado a Setui que habrá nuevas víctimas y que él no será el último?

—A propósito, me sorprende que Setui tarde tanto en recuperar las fuerzas. No se le han infectado las heridas, y sin embargo parece muy débil.

—Tal vez porque Tamit se ocupa de él...

—¿Qué quieres decir?

—Oh, nada en concreto. Lo cierto es que esa mujer tiene una mente tan perversa que no creo que favorezca las curaciones.

—Koblos teme hasta tal punto que Setui se halle de nuevo en peligro que hace probar cada uno de los platos que come. Tamit no iba a ser tan tonta como para sacrificarse sólo por serle agradable.

El escriba prorrumpió en carcajadas.

—Tamit siempre ha estado dispuesta a sacrificarse, pero de boquilla. ¡No daría la vida por nadie de aquí, ni siquiera por Koblos!

Ramsés se interrumpió para dar una orden a un obrero.

—Vamos a tallar una gigantesca estatua de Nahuri en ese trozo de alabastro —explicó a Alexandros. Luego añadió, pensativo—: ¿Por qué no te vas a otra ciudad con Helena?

Alexandros no se esperaba una salida semejante.

—Pero su familia está aquí, y ella ha venido a Egipto para verles...

—Pensaba que querías conocer bien todo el país, descender el Nilo, ir de ciudad en ciudad, de templo en templo...

—Tal era mi intención, pero no hay ninguna prisa.

Sin hacer el menor comentario, Ramsés se disculpó. Los esclavos intentaban bajar al suelo el bloque de alabastro.

—Ya seguiremos hablando en otra ocasión —dijo el macedonio.

El escriba le indicó con un ademán que estaría encantado.

Alexandros se detuvo unos instantes ante la tumba de Tyi. Creyó oír su voz canturreándole al oído, mas sólo era el viento que levantaba la arena. La vio de nuevo en el momento en que Setui la sacaba del agua. Su rostro duro y crispado había perdido el color.

Tomó el camino que llevaba a la finca, suspirando. ¡Pobre Setui! Acababa de perder a su esposa, y ahora luchaba contra la muerte...

Las facciones encendidas de cólera de Tyi acudieron a su mente. ¡Cómo detestaba a Nahuri! Pero ¿acaso la egipcia no le correspondía? ¿Y por qué pensaba de repente en ella mientras seguía aquel sendero pedregoso? Cuanto más avanzaba, más evidente le pareció la razón. Flotaba en el aire el dulce perfume de Nahuri, una fragancia persistente y peculiar que la egipcia preparaba personalmente con plantas aromáticas y cuya nota dominante era el jazmín.

—Nahuri ha pasado por aquí hace poco —murmuró Alexandros—. ¿Habrà vuelto?

El macedonio apresuró el paso. Quería saber a qué atenerse, como si el regreso de la egipcia fuera a sanar todas las heridas y poner fin a tanta aflicción.

OceanofPDF.com

21

Al entrar en casa de Koblos, Alexandros se dio de bruces con Tamit. La encontró cambiada. La mujer salía del baño y llevaba en la mano la masa de arcilla con la que se había frotado el cuerpo. Una esclava cargaba con la palangana, en cuyo fondo se veían restos de arena y de natrón, y con la sal utilizada para purificar el agua de su lavadientes.

Desprendía un aroma a terebinto e incienso. La esclava le había friccionado la piel con polvo de alabastro y sal mezclada con miel, para que recuperase el resplandor de la juventud. Se las había ingeniado para disimular una verruga nada elegante que le afeaba la nariz, y se había teñido las pocas canas que tenía.

—¡Tamit! —exclamó Alexandros—. Pero ¿qué has hecho?

La nodriza le miró con arrogancia.

—¡Lo que debería haber hecho hace mucho tiempo, ocuparme de mí! No había nadie en casa, así que he aprovechado.

Se le cayó por descuido una hoja de papiro, que se apresuró a recoger. Sin embargo, Alexandros fue más rápido.

—¿Una receta redactada en griego? —le dijo. Y luego leyó, lleno de asombro—. «Retirar las vainas, dejar secar las semillas y, tras humedecerlas ligeramente, calentar la pasta resultante y recoger el aceite que suba a la superficie. Verterlo en una copa y aplicarlo sobre la piel para atenuar las manchas de vejez.» —No pudo por menos de echarse a reír—. ¿Ahora prestas atención a tu belleza?

La peinadora guardó en una arqueta un espejo ovalado con mango dorado en forma de cariátide y numerosas horquillas de marfil de todos los tamaños.

—Abi y Helena se peinan solitas, pero Tamit se hace peinar —se burló Alexandros, con los brazos en jarras. No le desagradaba la idea de provocar a la nodriza—. ¿Has encontrado novio?

—Si no fueras el hijo del faraón... —rezongó ella.

—¿Me estás amenazando?

—No es eso. Pero el caso es que a Nahuri sí que la maquillaban y le daban masajes.

—A propósito de Nahuri... —Alexandros recuperó la seriedad—. Dime, tú que eres tan hábil en la preparación de pociones y perfumes, ¿sabes qué esencias elegía para perfumarse el cuerpo?

—Pregunta a su masajista.

La esclava que llevaba la palangana respondió, roja como la grana:

—Nahuri insistía en preparar ella misma su perfume. Empleaba mucho tiempo en ello y no permitía que viésemos cómo lo hacía.

Alexandros miró a Tamit a los ojos.

—¿Has visto hoy a Nahuri? —quiso saber.

—Por Serapis, ¿y por qué tendría que haberla visto? ¿Es que ha vuelto?

Su voz sonaba contrariada.

El macedonio no respondió a la pregunta y empezó a inspeccionar minuciosamente todas las estancias.

—¿Qué ocurre? —gritó Nekhti desde su habitación—. ¿Quién arma todo ese jaleo? Esta mañana Abi ha dejado jugar a los niños delante de mi cuarto, y ahora las puertas empiezan a dar golpes.

Alexandros fue a saludar al anciano.

—Tengo buenas razones para pensar que Nahuri ha regresado —le dijo—, aunque no se presente ante nosotros.

—Explícate. No entiendo nada.

El macedonio le habló del persistente perfume que había reconocido.

—Desde luego, siempre me pareció que Nahuri se perfumaba como las chicas del barrio de Rhacotis. Ninguna mujer de la casa utiliza plantas de aroma tan intenso. Todo esto no me hace ninguna gracia.

—¿Setui está durmiendo ahí al lado?

—Sí. En todo el día no le he oído levantarse. ¡Pobre muchacho!

Alexandros prosiguió su inspección. Llamó a la puerta del dormitorio de Abi y la entreabrió. La habitación estaba en desorden. En el suelo, caído de bruces, yacía un cuerpo inconsciente.

El macedonio descubrió una herida en la nuca.

—¡Nekhti! ¡Deprisa, llama a los esclavos y a un médico! ¡Khufu está perdiendo mucha sangre!

Paros compareció a los pocos minutos. Koblos le hospedaba en la casa hasta que Setui se hallara totalmente restablecido. «Nunca se sabe —le había dicho—. La vida de mi querido hijo me es preciosa. Si surgen complicaciones que agraven su estado, si coge fiebre o las heridas se infectan, quiero que todo esté a punto para curarle y mitigar sus dolores.»

—No hay nada que hacer —sentenció el médico tras haber examinado a Khufu—. También él ha partido hacia el reino de Osiris, y hace muy poco. Su cuerpo está caliente y blando, y no hay rigidez en sus facciones. Se diría que duerme. ¡Qué desgracia! ¿Cómo informar a Koblos de que acaba de perder a otro hijo?

Nekhti entró en la estancia, sostenido por sus esclavos. Su rostro se mantuvo imperturbable, como si aquella nueva muerte no le sorprendiera. No vertió una sola lágrima.

—El médico te está hablando —hizo notar a Alexandros.

El macedonio se disculpó.

—Pensaba precisamente en lo que acababa de decir. Sus observaciones resultan interesantes.

—¿Qué observaciones?

—Respecto al cuerpo de Khufu.

—Yo se lo notificaré a mi hijo —dijo Nekhti—. No será tarea fácil.

—¿Y a Abi?

—A Abi también —musitó el anciano con un suspiro.

Alexandros se sentía consternado cuando entró en el jardín de Zenodoto. Se dirigió a su mesa de trabajo para redactar la carta que había prometido escribir al comarca. «El desdichado Koblos necesitará mucho apoyo. Si puedo aportarle algo de satisfacción en medio de todas sus desgracias...», se dijo, al tiempo que tomaba su recado de escribir. Redactó sus cartas con aplicación, sopesando cada palabra.

Alexandros al comarca Python,
de la región de Tebas.

El faraón Tolomeo, mi padre, me informó que te disponías a retirarte a la casa que pone a tu disposición para que pases en ella tus ancianos días. Siguiendo mi consejo, ha elegido a un hombre muy competente para que te suceda. Ese hombre, valiente y honesto, se llama Setui. Tú lo conoces, pues se trata del apacible hijo de Koblos, quien siempre ha tenido en regla sus asuntos con el Estado.

Pronto saldrá para Tebas a fin de que le enseñes las reglas del juego. Al faraón le complacería verle convertido en estratega

algún día. Tal vez incluso pueda acceder a los más elevados puestos del reino y servir al soberano en la corte.

Quieran los dioses que llegue a ser tan competente como lo eres tú.

Justo cuando guardaba la caña con la que estaba escribiendo, Helena entró en la habitación. Él no la oyó, tan absorto estaba en sus pensamientos. Reflexionaba con la cabeza apoyada en las manos. En aquella mesa donde trabajaba tan a menudo como le era posible, había plasmado ya por escrito sus observaciones respecto a los artesanos, los campesinos, los sacerdotes del Alto Egipto. Ni una sola reflexión había dejado de ser escrupulosamente registrada.

Alexandros releyó su carta. Dudaba en enrollar el papiro y rodearlo con una cinta antes de confiarlo a un recadero.

—Koblos debe saber con toda exactitud lo que he escrito —dijo en voz alta—. Después la enviaré sin demora.

—¿Aún estás trabajando? —preguntó su esposa.

—¿Estabas ahí? No te había oído.

Una vez más se sintió deslumbrado por la delicadeza y blancura de la piel de Helena, por el sosiego y claridad de su mirada, que había heredado de su madre.

—No, no estaba trabajando sino escribiendo al comarca.

—¿En relación con Setui?

—Sí, en relación con tu amado primo.

Helena le echó los brazos al cuello.

—¡Mi tío te quedará tan agradecido...!

Él esbozó una sonrisa triste.

—Qué bien huele tu perfume —le dijo.

—¿Mi perfume? ¿Desde cuándo te fijas en mi perfume?

—No me había dado cuenta de que fuera tan embriagador. Si te pasearas por el camino que lleva a las tumbas, podría seguir tu rastro.

—Todas las flores que hay por aquí huelen bien —comentó ella entre risas—. Igual que en Grecia... ¿Por qué me miras de esa manera?

—Porque estoy pensando en Tyi.

—¿En Tyi?

—Helena, acaba de producirse un nuevo drama.

La joven ahogó un grito.

—¿Setui?

—No —respondió su marido—, tranquilízate, tu primo duerme plácidamente en su lecho. Pero han matado a Khufu.

Helena se tapó la boca con las manos.

—¡No es posible!

—Por desgracia sí lo es.

—Pero Khufu...

—Khufu pudo ser el agresor de Setui. En eso pensabas, ¿no es cierto? La idea pasó sin duda por tu mente...

—Sí, lo reconozco. Me daba cuenta de que cada vez era más arrogante. Khufu jamás dejó traslucir sus sentimientos, y era demasiado ambicioso.

—Yo pensé lo mismo, y no soy el único. Estoy convencido de que Ramsés sospechaba de él. Es demasiado sutil para no percibir lo que pasa por la cabeza de cada uno de nosotros. También tu abuelo ha debido de barajar la posibilidad.

Como si de pronto fuera consciente de que no volvería a ver a Khufu con vida, Helena prorrumpió en sollozos.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Quién se ensaña de ese modo con mi tío? ¿Alguien celoso de él, un competidor?

—Tal vez haya que buscar más cerca.

—¿Y si también te mataran a ti?

Presa de temblores, se acurrucó contra él.

—Por el momento no corremos riesgo alguno —la tranquilizó Alexandros.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—He comprendido muchas cosas...

—¿Qué has comprendido, y por qué me miras tan fijamente?

Su esposo le acarició el cabello.

—Si no me equivoco, creo que quedándonos aquí no corremos riesgo alguno. Al menos en los próximos días. Ahora bien, después... quizá debamos pensar en marcharnos.

Helena le suplicó que le revelase lo que sabía.

—Ni hablar de eso. Si lo supieras, tu vida correría peligro. No son más que sospechas, y también las tenía con respecto a Khufu.

Su mujer empezó a sollozar de nuevo. Alexandros hundió el rostro en su cabello y aspiró a fondo su perfume. Era consciente de que cada nuevo drama la alejaba un paso más de la infancia, al igual que antaño él había

perdido la suya, y nada era más difícil de soportar que la desaparición de un tiempo durante el cual se habían sucedido los acontecimientos dichosos.

OceanofPDF.com

Los funerales de Khufu se celebraron al mismo tiempo que los de Didu.

Durante dos meses, Alexandros no había hablado a nadie de sus sospechas. Convencido de que el asesino formaba parte de la familia, se limitaba a observar, atento al menor comentario o gesto desacostumbrados.

El día del entierro, Helena insistió en ayudar a Abi a prepararse. Su frialdad la inquietaba. Estaba persuadida de que aquella falta de reacción ocultaba un dolor inmenso. «Cuando tome conciencia de su soledad, será terrible», se decía, al imaginar cuan grande sería su sufrimiento si perdiese a Alexandros.

—Te agradezco mucho que hayas venido a ayudarme —le dijo Abi—, pero no era necesario. Desde que mi esposo nos dejó, al fin soy libre de organizar mi tiempo como me plazca. Se pasaba el día dando órdenes, y desde la mañana a la noche todo debía hacerse según sus deseos.

—Ya conocías el carácter de Khufu cuando te casaste con él, y le amabas tal como era. Si se hubiera mostrado cariñoso y solícito como Setui, no te habría gustado.

—¡Setui no está en absoluto a su altura, huelga decirlo! Tyi lo repetía con frecuencia, y tenía razón.

—Por cierto, ¿tienes alguna noticia respecto a su muerte? —le soltó Helena a bocajarro.

Abi la miró con aire suspicaz.

—¿Por qué tendría que saber algo?

—Como hablabais a diario...

—Hablabamos de los niños y de nuestros maridos, simplemente. Por eso sé con exactitud la opinión que Setui le merecía.

—¿Y cuál era?

—Le consideraba débil y blando. Me confesó que la había decepcionado. Le hubiera gustado tanto que se impusiera...

—Setui es de natural bondadoso —protestó Helena, enojada—. ¿Por qué nadie de esta casa sabe apreciarlo en lo que vale?

Abi se burló de ella.

—O sea que lo que me dijo Nahuri era cierto. ¡Estás enamorada de Setui!

Helena se revolvió como una fiera.

—¿Cómo te atreves a decir eso, cuando amo a Alexandros con todo mi corazón? ¿En qué momento te habló Nahuri de eso? ¡No teníais la menor intimidad! ¿Acaso has vuelto a verla?

—Desde luego que no —protestó Abi—. Sin embargo, no te apreciaba demasiado y con frecuencia se mofaba de ti y de Setui. Afirmaba que tu primo te profesa un extraño afecto. De hecho, te come con los ojos.

El rostro de la joven se puso como la grana.

—Ya me han hecho esa observación con anterioridad —dijo.

En ese momento Apuy entró de sopetón en la estancia, con tanta naturalidad como si se tratase de su propio dormitorio. Abi se puso todavía más roja que Helena, que se quedó estupefacta. La joven se disponía a pedirle explicaciones y a darle una lección de modales cuando se dio cuenta de que Abi no se inmutaba lo más mínimo.

Apuy cogió una mesita que Abi destinaba a la tumba de su esposo y salió sin saludar a Helena, que se mostró indignada.

—¿De qué te sorprendes? —le soltó Abi con perfidia—. Alexandros escribió al comarca para que ayudase a Didu y Setui, y no movió un solo dedo por Apuy.

—¿Ahora tomas partido por él? —Helena no salía de su asombro.

Abi la miró con altivez.

—Apuy es tan listo como Khufu, y además más tierno. Si volviera a casarme, elegiría a un hombre como Apuy.

Helena la ayudó a reunir los objetos personales de Khufu sin añadir una sola palabra.

—¿Y por qué no a Setui? —preguntó por fin—. Al fin y al cabo es el mayor.

—Setui será asesinado —replicó Abi.

La joven clavó la mirada en ella, consternada.

—¿Cómo puedes decir cosas tan horribles con semejante frialdad?

Abi se limitó a encogerse de hombros y siguió con lo que estaba haciendo.

En el momento en que el cortejo avanzaba lentamente hacia la tumba, un funcionario encargado de la seguridad se acercó a Koblos y susurró unas palabras en su oído.

—¿Khat y Nahuri en el mismo sitio? —exclamó éste—. ¡Por los dioses todopoderosos! Confiaba tanto en volver a ver a Nahuri...

Apuy acudió a su lado.

—¿Qué ocurre? —murmuró.

—Han encontrado a Khat y a Nahuri muertas en los marjales, en el mismo sitio donde se ahogó Tyi.

—¿Las han matado?

Koblos dejó que contestara el funcionario.

—Por el momento no sabemos nada. Han llevado los cuerpos a la orilla. Un sacerdote ha reconocido las joyas de Nahuri mientras yo trataba de identificar el cuerpo a través de alguna inscripción o dedicatoria en un brazalete o un collar. Yo mismo he identificado a la sirvienta. Solía venir al mercado en compañía de Tamit.

Koblos tuvo que hacer un alto. Helena le ayudó a sentarse en una piedra. De repente le veía muy envejecido.

—No soporto tantos infortunios —musitó—. Si las cosas han de seguir así, prefiero viajar al reino de Osiris hoy mismo.

Nekhti tomó asiento a su lado.

—Hijo mío, los dioses te envían mil penalidades. Sin embargo debes afrontar las pruebas a que te somete la vida sin desfallecer, pues aún te quedan dos hijos jóvenes y valerosos.

Los demás miembros de la familia se habían reunido alrededor de Koblos. Estaban los padres de Helena, Setui, empeñado en asistir a los funerales de sus hermanos, Apuy, que se erguía orgulloso al lado de su padre como si fuese su único heredero, Abi, cogida de la mano de su hijita, sin dejar traslucir mayor emoción que si la hubiese llevado de paseo, y Helena, que intentaba encontrar palabras con las que consolar a su tío.

Bajo su máscara de fingida aflicción, Tamit sonreía satisfecha. Ramsés, siempre fiel a sí mismo, se mostraba reflexivo y tranquilo. En cuanto a Alexandros, pensaba mientras les observaba a todos que sin duda había un asesino entre ellos.

—Padre querido —dijo Koblos tras unos momentos de opresivo silencio—, ¿hasta cuándo gozaré de la presencia de mis hijos?

—Ten confianza —intervino Alexandros—. El asesino ha estado a punto de dejarse atrapar. El médico nos dijo que, dada la blandura y el calor del cuerpo de Khufu, hacía poco que le habían atacado. Hubiera podido sorprenderle en plena acción.

—La blandura del cuerpo... —repitió Nekhti, sin apartar la mirada del macedonio.

Alexandros comprendió que el anciano había captado su mensaje. Entonces se dedicó a observar los rostros de los que rodeaban a Koblos.

—¿Quién había en la casa en aquel momento? —preguntó éste.

—Tamit.

La nodriza protestó.

—¡No iréis a acusarme!

Setui acudió en su auxilio.

—Desde luego que no, Tamit, nadie te está acusando. Sería ridículo. Además no te hallabas sola en la casa, yo también estaba. Y el abuelo debía de encontrarse allí, como de costumbre.

Nadie dijo nada. Tras un largo silencio, Nekhti comentó:

—Ciertamente. Pero yo no puedo caminar solo, y Setui dormía. Por lo demás, tampoco a él le era posible sostenerse en pie.

Tamit se arrojó a los pies de Koblos.

—Amo —dijo—, siempre has tenido confianza en mí. Créeme cuando digo que jamás he perjudicado a tu familia.

Koblos le cogió la mano.

—De eso estoy seguro —afirmó con dulzura—. Cálmate y seca tus lágrimas. Acompañaremos a nuestros muertos como es debido. Más tarde reflexionaremos sobre todo esto.

Tan pronto como el cortejo reemprendió el camino, Nekhti se acercó al macedonio.

—Dejemos que se adelanten —le pidió.

Cuando los demás se hallaron a prudente distancia, el anciano preguntó a Alexandros.

—¿Cuándo lo viste claro?

—Hace poco. No obstante, no tengo la menor prueba, y tampoco encuentro explicación a todo.

Sin embargo, por la expresión de los rostros que se habían vuelto hacia él cuando había tomado la palabra, estaba seguro de no equivocarse. Una persona entre los presentes se había estremecido, la única, además de Nekhti, que había comprendido el sentido oculto de las frases que pronunciaba. ¿Esa persona era cómplice del asesino, o ella misma había matado por su mano?

—Estás en peligro —murmuró el anciano.

—No lo creo. Después de todo, nada demuestra que mi propósito al pronunciar esas palabras fuese provocar una reacción determinada.

—No obstante, por furtiva que haya sido, lo cierto es que has provocado una.

El macedonio se admiró de las dotes de observación de Nekhti.

—Aunque camino con dificultad, mis ojos siguen viendo con toda nitidez.

—Cuida de que no te traicionen y se conviertan en el instrumento de tu propia muerte —le aconsejó Alexandros—. Es mejor fingir que no se sabe nada.

—Ahí diferimos. Nunca me he negado a contemplar la realidad frente a frente. Bien, para saber a qué atenernos, debemos trazar un plan.

—Ten paciencia y déjame hacer a mí —replicó el macedonio—. Tengo una idea. Pero entretanto prométeme que no cometerás ninguna imprudencia.

—De acuerdo —concedió Nekhti refunfuñando—. Pero que conste que lo hago a regañadientes.

23

Esa noche Helena apenas durmió. Al amanecer, su decisión estaba tomada. Ordenó a su criada que preparase el equipaje.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó su madre, sorprendida.

—Nos marchamos. Alexandros es el hijo del faraón y sé que algún día gobernará este país. No quiero que su vida se halle en peligro.

Letho corrió inmediatamente en busca de Alexandros.

—Está a punto de salir con Setui —le dijo Zenodoto.

Letho los llamó antes de que el carro se pusiese en marcha.

—Debéis lograr que Helena entre en razón. Quiere abandonar la región hoy mismo. Es una insensatez.

Alexandros se apeó de un salto y rogó a Setui que lo siguiera.

—Ven conmigo. Sin duda tú podrás convencerla.

Setui respondió con una expresión de duda.

—Vamos, Helena —dijo Alexandros, estrechando a la joven contra su pecho—. Te prometo que no corres peligro alguno. Setui te dirá lo mismo. Su vida se halla más expuesta que la tuya o que la mía.

—Ya no sé nada —respondió su esposa—. He pensado mucho en la situación. Abi me parece tan temible...

—¿Abi? —repitió Setui sorprendido.

—Sí. Me pregunto si no estará preparando alguna mala jugada junto a Apuy.

—Te lo suplico, Helena, no añadas nada más —dijo Alexandros—, y sobre todo deja de pensar en eso. Podrías pronunciar alguna palabra que te resultara fatal, cuando no estás en peligro.

—Hay que ser prudente —remachó Setui—. En ocasiones las paredes oyen. No hables mal de Abi ni de Tamit. Alexandros se viene hoy conmigo a los campos porque todavía me siento un poco débil. Quédate en casa de tu padre y deja de hablar a tontas y a locas.

—No es ésa mi costumbre.

—Me consta. Mientras estemos allí juntos prepararemos un plan —confesó Setui.

Alexandros abrazó a su mujer.

—Lamento haberme dejado llevar por un arrebato —le dijo ella—. He sido una estúpida.

El macedonio la besó en los labios, sonriente.

—Todos estamos desquiciados —afirmó—. ¿Y no es natural, con todas esas horribles desgracias?

Setui se acercó a su prima.

—Recuerda que te queremos y que velamos por ti, Helena. Vamos a hacer lo necesario para que no se produzcan nuevas muertes.

—Id tranquilos, me habéis convencido completamente. En vuestra ausencia, pondré en orden los documentos de Alexandros.

Éste le mostró su agradecimiento.

—¿Qué sería de mí si no te tuviera a mi lado? —le dijo.

Alexandros y Setui regresaron a primera hora de la tarde.

Paros había recomendado vivamente a Setui que no estuviera mucho tiempo fuera.

Helena aguardaba a Alexandros con impaciencia. Le costaba permanecer inactiva cuando su marido parecía saber más que ella sobre los acontecimientos.

Su madre le llevó un vaso de vino endulzado con miel.

—Me siento feliz de estar por fin sola contigo —le dijo—. Quería saber si las cosas marchan bien con tu marido.

Helena le habló de su vida en Filipos.

—Le animas a convertirse en faraón; sin embargo, ¿has sopesado los pros y los contras?

—Pierde cuidado, no he tomado esa decisión a la ligera.

—¿Y qué piensa Alexandros?

—Creo que cada vez está más convencido de que tengo razón, aunque no se atreva a confesarlo —respondió ella.

—¿No debía volver a primera hora de la tarde?

—Sí, pero aún debe de estar hablando con Koblos sobre diversos detalles que le obsesionan.

—Me da mucha pena el hermano de tu padre; es tan desdichado...

Helena suspiró.

—El pobre ya no come nada. Se pasa las horas a la sombra de los sicómoros, sumido en sus cavilaciones.

Pese a las recomendaciones de Alexandros, la joven se levantó y se echó un chal sobre los hombros.

—¿Adónde vas? —le preguntó su madre.

—A casa de Koblos. Tengo que saber lo que ocurre. No quiero que me dejen a un lado de esta manera. Por más que pienso y vuelvo a pensar, no entiendo nada.

—Sé prudente, hija. Tu padre está muy preocupado.

Helena prometió a su madre que regresaría pronto. Cruzó el jardín casi corriendo y se reunió con su tío, que tenía la mirada vacía clavada en el estanque.

—Ah, ¿estás aquí? —le dijo, como si la sola presencia de su sobrina le reconfortara el corazón.

—No se oye ningún ruido. ¿Dónde está Alexandros? Pensaba que estaría contigo.

—Y así era. Ahora mismo acaba de subir al pueblo. Tamit le ha entregado un mensaje antes de salir hacia el mercado.

—¿Al pueblo? —Helena no pudo ocultar su sorpresa—. ¿Y no me ha dicho nada?

—Sin duda sólo ha ido a hacer un recado. No le llevará mucho tiempo, de lo contrario te habría avisado. Tal vez haya ido a ver cómo va la construcción del gimnasio que Tolomeo decidió construir cerca del templo. Siempre se queja de que no puede hacer deporte como era su costumbre en Filipos.

—¿Y Ramsés?

—Volcado en el trabajo. Como está convencido de que un artesano nos roba oro, quería repasar las cuentas con calma. Le encontrarás en su casa.

—Y tú estás cuidando a las hijas de Abi...

—Sí, ha ido a comprar algo de ropa.

—¿Estando de luto?

Koblos se encogió de hombros.

—Imagino que Apuy la ha acompañado —aventuró Helena.

—Pues no. ¿Por qué lo dices? En realidad, no sé dónde está. El médico ha venido a hacerle las curas a Setui. Tu primo va mucho mejor. La verdad es que ya era hora, porque me siento incapaz de ir a los establos o a los campos. Setui ha apreciado mucho el gesto de Alexandros. Siente por él un afecto fraternal.

—Eso me hace feliz —respondió Helena, con los ojos brillantes—. Setui debe mostrarse a la altura y no decepcionar al comarca. ¿Cuándo sale para Tebas?

—Lo antes posible. Pero sólo será un primer encuentro.

—Yo tengo confianza. Si el comarca es inteligente, sabrá valorar a Setui.

Helena y su tío guardaron silencio, mientras pensaban en los recientes acontecimientos.

—Si muero —dijo Koblos—, Ramsés se encargará de embargar la finca. Cuando el faraón haya comprobado los derechos de sucesión de Setui y de Apuy, confiará la gestión de estas tierras y mi *dorea*^[38] de File a aquel de mis hijos que le parezca más competente.

—Tú vivirás muchos años, querido tío —replicó ella, abrazándole con ternura—. Voy a ver si encuentro a Alexandros.

Helena partió a buen paso en dirección al pueblo. Pero una vez en camino, de pronto fue consciente de algo a lo que no había prestado atención hasta el momento: que estaba sola y el sendero se hallaba desierto. Aceleró el paso y fue echando frecuentes e inquietas ojeadas hacia atrás. Le pareció que el sol calentaba más que de costumbre a aquellas horas. «Vamos, cálmate —se dijo—. Te estás obsesionando, y lo cierto es que este camino nunca ha sido peligroso.» Pero por mucho que intentara ser razonable, su inquietud no hacía sino aumentar.

Se detuvo en varias ocasiones con la certeza de que sonaban pasos a su espalda. El rostro exánime de Tyi acudió a su mente, y luego el de Didu, salvajemente asesinado, y los de Khat y Nahuri, desfigurados por completo.

—Por Serapis, sin duda yo seré la próxima víctima —murmuró—. Con todo, ¿quién podía prever que me hallaría en este camino a estas horas? ¡Ni siquiera yo lo sabía!

Sólo Koblos estaba al corriente.

—¡No! —prosiguió—. Koblos no es un asesino, y no mataría a sus propios hijos..., a menos que estuviera loco.

Helena respiró hondo para darse ánimos. En ese momento sintió que alguien la sujetaba por el chal, y un grito escapó de su garganta.

—¡Qué estúpida soy! La lana se ha enganchado en una rama de olivo, simplemente.

Sólo le restaba contornear una pequeña colina arenosa para divisar el pueblo. Después tendría que trepar un poco. Se volvió otra vez.

—No, no hay nadie detrás. ¡Valor, no tardaré en hallarme a salvo!

Cuando llegó a los alrededores del mercado, que bullía de actividad en la plaza pública, Helena soltó un suspiro de alivio. Mientras trataba de recuperar el aliento, un grupo de griegos que hablaban con voz estentórea y acalorada atrajo su atención. La mayoría gesticulaban vivamente. No se trataba de mercaderes; el tono cordial de los vendedores de telas o de comestibles no tenía nada que ver con aquellos gritos.

Helena tuvo la desagradable impresión de que había sobrevenido otra desgracia. Los latidos de su corazón se aceleraron, y rogó a los dioses que protegieran a Alexandros.

—¿Qué ocurre? —preguntó a voz en grito a un hombre que hablaba vivamente con un funcionario encargado de la seguridad.

—Una mujer se ha desmayado mientras hacía la compra —le respondió él antes de volver a la conversación.

Estaba explicando con todo lujo de detalles cómo había caído al suelo.

Helena se puso de puntillas para ver mejor y reconoció la túnica azafrán de Tamit.

—¿Conoces a esta mujer? —le preguntó el funcionario al ver cómo la joven intentaba abrirse paso entre la multitud.

—Sí, la conozco —respondió ella, acucillándose junto a Tamit—. Trabaja para mi tío Koblos.

—¿Para Koblos? ¿Estás segura? Nunca la había visto por aquí.

—Porque suele enviar a otras sirvientas al mercado y no debes de llevar mucho tiempo en el pueblo. Pero puedo asegurarte que se llama Tamit y que está al servicio de mi tío.

Helena le dio unas palmaditas en las mejillas y la nodriza pareció recuperar el conocimiento.

—Qué susto me has dado —dijo la joven—. Creí que...

—¿Creíste que había muerto? —completó la frase Tamit, con voz débil.

—Con todas las cosas que están pasando...

—No hace falta que te excuses. Lo que sucede es que he bebido un poco de vino antes de salir, y sin duda se me ha subido a la cabeza. No estoy acostumbrada a beber vino. La cerveza no me produce el mismo efecto.

Helena la ayudó a ponerse de pie.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó el funcionario precipitándose hacia Tamit, que intentaba dar unos pasos.

—Estoy mejor —replicó ella, irritada.

—Ese asnerizo te llevará a la finca —le dijo Helena.

—No. El médico vive a dos pasos de aquí, llévame a su casa. Me dará una poción para calmar el dolor de estómago, que me está matando.

—Como quieras.

Tamit se apoyó en el brazo de la joven.

—¡Malditos dolores! —renegó—. Y yo que pensaba prepararle una buena comida a Koblos...

—Lo cuidas mucho.

—Y en lo sucesivo lo haré todos los días. Él me lo ha pedido.

Al llegar a casa del médico, a Helena le sorprendió encontrar la puerta abierta. No había ni rastro de la ayudante. Las dos mujeres entraron, extrañadas de no encontrar a nadie en la planta baja.

La joven dejó a Tamit sentada en un taburete.

—Espérame aquí, voy a ver si Paros está en el piso de arriba.

La nodriza asintió con un gesto. Mas apenas había subido Helena los primeros peldaños de la escalera, las dos oyeron ruido de lucha por encima de su cabeza, y en ese momento el médico apareció en el vano de una puerta pidiendo socorro.

Helena corrió hacia él.

—¡Por Osiris! ¿Quién te ha hecho esa herida en el cuello?

Sin dejar de toser, Paros mostró el cabo de una cuerda.

—¡Han intentado estrangularte! —exclamó la joven.

El médico, que no podía hablar, dijo que sí con la cabeza.

—¿Quién? —quiso saber Helena, dirigiendo una mirada al primer piso—.
—¿Esos hombres de arriba?

—Alexandros... —respondió el médico entre jadeos, con la mano ceñida en torno al maltrecho cuello.

—¿Alexandros?

Helena subió la escalera a todo correr. Alexandros y Setui estaban en el suelo, enzarzados en una pelea. Habitado a la lucha, su marido no tardó en dominar al adversario, al que dejó tendido de bruces, y sujetándole las manos a la espalda.

—¡Alexandros! Pero ¿qué está pasando aquí? —le interpeló Helena—.
¡Haz el favor de soltarle!

—De ninguna manera, Helena, no pienso hacerlo. ¡Tu primo es demasiado peligroso!

Helena miró a su esposo con estupefacción.

—¿Te has vuelto loco?

—No, por desgracia. Y Setui tampoco lo está. Por el contrario, sabe muy bien lo que hace. ¡Tu primo es un asesino!

Al comprender lo que su marido estaba diciendo, Helena cayó de rodillas.

—Así pues, ¿Setui es responsable de todo?

Se quedó anonadada, incapaz de aceptar aquella versión de los hechos.

Alexandros ató a Setui de manos y pies con unas cuerdas que le entregó Paros, y acto seguido se precipitó hacia la joven, que se puso en pie.

—Setui, mi querido Setui... ¡No es posible!

—Lo es, Helena —replicó su esposo—, lamentablemente no hay la menor duda.

—No lo entiendo.

—Te lo explicaré todo.

—Pero ¿cómo lo adivinaste? ¿Quién te lo dijo?

—Es una larga historia.

—Olvidas que Setui fue agredido.

—¡A tu primo no lo apuñaló nadie! Las heridas se las produjo él mismo para alejar las sospechas.

—Pero si lo encontramos inconsciente...

—Sin duda había bebido una poción que le produjo efectos letárgicos.

—¿Y cómo pudo matar a Khufu, si no podía levantarse? No tenía la fuerza suficiente para descargar el golpe, y además Khufu era un robusto mocetón.

—Setui fingía estar más débil de lo que en realidad estaba, para gozar de mayor libertad de movimientos.

—¿El médico lo adivinó y por eso Setui ha intentado matarle...?

—No exactamente. Me constaba que Setui intentaría algo contra Paros y yo mismo he provocado esta agresión. ¿Recuerdas el día que enterramos a Didu y Khufu?

—Jamás lo olvidaré.

—Ese día supimos que habían encontrado los cuerpos de Nahuri y de Khat.

—Así es.

—Koblos se sentó y todos le rodeamos para arroparle con nuestro cariño.

—Me acuerdo perfectamente.

—Entonces recordé las palabras del médico referentes a la blandura y el calor del cuerpo de Khufu cuando lo encontré.

—Incluso añadiste que eso demostraba que habían atacado a Khufu hacía poco y que hubieras podido sorprender al asesino en plena acción.

—Exactamente. Esa observación no pasó inadvertida al agudo Nekhti, quien enseguida captó lo que yo daba a entender. A partir de ese día temí por la vida de tu abuelo. Cuando pronuncié aquellas frases recalcando cada palabra, observé la mirada de cada uno de vosotros. Sólo uno reaccionó,

pero fue una reacción muy fugaz y yo no estaba muy seguro de mis sospechas.

—Sin embargo, no te habías equivocado...

—Por desgracia, no. Acuérdate de cuando encontramos el cuerpo de Tyi. Estaba rígido. Tyi llevaba varias horas muerta.

—Pero si llamó a Setui para que la socorriese y él se precipitó en su ayuda, sólo que llegó demasiado tarde...

—No. Setui afirmó, en efecto, que había visto a Tyi luchar en el agua y le vimos correr para salvarla, pero en realidad hacía tiempo que Tyi había muerto. Setui la mató antes de regresar al lugar del crimen. Aquello fue una escenificación. Sólo una persona podía poner al descubierto algún día la superchería: Paros.

—Entonces, ¿por qué Paros no dijo nada cuando encontramos a Tyi?

—Nunca le contamos que Tyi estaba ahogándose cuando dimos con ella. Sólo mencioné ese detalle a Ramsés, cosa que por fortuna Setui ignoraba. No obstante, podía darse el caso de que alguna vez saliera a colación, y entonces Paros habría reaccionado. Por consiguiente, Setui debía hacerle callar para siempre, y fue al pronunciar yo aquellas palabras sobre la blandura y el calor del cuerpo de Khufu cuando Setui comprendió que algún día podían desenmascararle. Ramsés debió de adivinar muchas cosas, pues había sido médico antes de convertirse en escriba...

—O sea... que también tú estabas en peligro...

—Cuando dije aquello, Setui me miró para observar mi reacción, y yo traté de permanecer impasible. Como a continuación intervine en su favor ante el comarca, pensó que yo no había llegado a establecer una correlación con la muerte de Tyi. Por lo demás, no nos quedamos mucho rato junto a ella. Sólo un médico podía emitir un dictamen sobre el momento en que habían matado a Tyi.

—Por eso te apresuraste a redactar aquella carta y te las arreglaste para que Setui fuera informado. Sin embargo, nada nos asegura que Setui no nos hubiera atacado a ti o a mí.

—Era un riesgo que había que correr.

Helena se arrodilló junto a su primo y le miró con piedad.

—Setui, mi querido Setui, con lo que yo te quería... ¿Por qué hiciste todas esas cosas? —Se volvió hacia su marido y repitió—: ¿Por qué?

—Se ha hablado mucho de que los dramas se habían multiplicado desde la llegada de Nahuri y que ella era la causante de todo...

—Y eso es un hecho.

—No. En realidad no fue la llegada de Nahuri la que lo trastornó todo, sino la nuestra.

—¿Nuestra llegada?

—Me informé respecto a Nahuri. Envié un mensaje a mi padre y le rogué que hiciera indagaciones sobre ella. «Nahuri es medio hermana de Scopas», me respondió.

—¿De Scopas? ¿El hombre que te agredió verbalmente en la corte?

—En efecto. La verdad es que parece increíble hasta qué punto algunos griegos rechazan a los indígenas. Ahora bien, Scopas no sólo adoraba a su medio hermana Nahuri, sino que toma partido por los egipcios. Venera a Satit y Anukit antes que a Hera y Hestia, a Horus Halcón en vez de a Apolo, a Amón en lugar de a Zeus, y a Hathor con preferencia a Afrodita. Viaja con frecuencia al Alto Egipto, la región menos helenizada del país, para provocar motines, y ha ganado para su causa a misios y persas instalados en Egipto. Los egipcios han hecho su elección; después de mi padre, quieren al joven Tolomeo. Yo no soy sino un impedimento para su deseo. Los dos hombres que me dispararon flechas en Menfis eran sicarios de Scopas. También intentaron agredirme cuando me ausenté de aquí por unos días.

—¡No me habías dicho nada!

—No quería preocuparte. Pero entonces realicé una pequeña averiguación.

—Por eso regresaste tan pronto y no volviste a alejarte de la finca tras ese breve viaje al sur.

—Así es. Otra razón es que prefería quedarme cerca de ti para protegerte en caso necesario. Scopas se encontró con su medio hermana en Menfis. Al comprender que Koblos estaba enamorado de ella, inmediatamente pensó en cómo utilizar esa baza. La informó de su plan de eliminarme si decidía suceder a Tolomeo. Nahuri debía tenerle al corriente de mis intenciones. Si regresaba a Macedonia, ya no tenía sentido matarme. En cambio, si aceptaba suceder a mi padre, había que impedirnos volver a Alejandría por todos los medios.

—En efecto, a tu regreso del viaje vi a Nahuri en compañía de unos extranjeros. El propio Koblos nos dijo que le gustaba pasear por la orilla del río. Sin duda citaba allí a su hermano y le informaba de cómo evolucionaba la situación.

—O a sus sicarios... Lo cierto es que en varias ocasiones hablamos de que algún día sería faraón. Tú hacías alusión a ello de muy buen grado.

—Si lo llego a saber —replicó Helena—, me habría cosido la boca.

—Tyi y Setui debieron de oír una conversación que les hizo pensar que mi vida corría peligro. Su plan era simple. Tyi siempre había sido ambiciosa. Bajo su apariencia apacible y humilde, Setui no lo es menos. Ambos comprendieron de inmediato qué partido podían sacar de mi presencia aquí. Quienquiera que intentase hacerme daño estorbaba sus planes, de modo que eliminaron a Nahuri.

—Pero ¿cómo es posible que te dieras cuenta de todo eso cuando yo no tenía la menor sospecha?

—Por un cúmulo de circunstancias. Un día oí aventurar a tu abuelo que tal vez Tyi había muerto porque había sorprendido una conversación, porque sabía demasiado, y que Abi también estaba en peligro si Tyi se había confiado a ella. Por primera vez Nekhti me parecía verdaderamente preocupado, como si Tyi hubiera descubierto algún secreto de alto nivel. Decía que su carácter había cambiado debido a ello, que era consciente de conocer secretos que suponían una carga abrumadora. Tu abuelo no estaba lejos de la verdad, y sospechaba que todo aquello tenía algo que ver conmigo. Se acordaba de los hombres que habían merodeado por la finca, los mismos que me atacaron en Menfis.

—Pero si Tyi y Setui eran cómplices, ¿por qué la mató?

Setui prorrumpió en carcajadas nerviosas.

—¡Porque esa idiota tenía miedo de su sombra desde que me vio matar a Nahuri! Su comportamiento era tan distinto del que solía mostrar que amenazaba con echarlo todo a perder.

—¿Y no podías haber perdonado a Didu y Khufu? ¿Y a la joven Khat?

—La muy tonta lo había visto todo, y Nekhti habría conseguido hacerla hablar. En cuanto a mis hermanos... No hay sitio para dos en una heredad. A la muerte de mi padre, el faraón decidirá a quién corresponde la finca. También sabía que sólo hay un puesto de comarca en Tebas. Al recomendarnos a Didu y a mí, Alexandros nos ofrecía una oportunidad a cada uno, mas era imposible que nos eligiesen a los dos.

—¿Y por qué no luchar contra Didu con absoluta equidad? Si el puesto se te hubiera escapado, habrías tenido otros a tu alcance.

—No —replicó Setui, con una risa sarcástica—. Mientras Didu, Khufu y Apuy siguieran con vida, no habría obtenido nada.

—Por eso escribí al comarca, en cuanto comprendí que Setui era peligroso —explicó Alexandros—. Insistí en que Koblos leyera la carta para que pudiese informar a su hijo. De ese modo Apuy ya no estaría en peligro. No obstante, dudé en enviar la carta porque pensé que en ese caso Setui ya no me necesitaría para nada.

—¡Por Serapis, me he olvidado de Tamit! —exclamó Helena, e hizo ademán de dirigirse hacia la escalera.

—No temas —intervino el médico—, ya la he curado. El asesino la emprendió con ella porque encargué a la pobre mujer que llevase un mensaje a Alexandros.

—¿Y qué contenía ese mensaje? —preguntó Helena.

—Oh, decía simplemente que me parecía curioso que Setui no se desarrollara mejor cuando sus heridas hacía ya mucho tiempo que habían sanado.

—Tamit es lo bastante sagaz para haber encontrado en él la respuesta a un montón de preguntas —dijo Helena.

—¡Pero si yo no leí el mensaje! —protestó Tamit, que venía a su encuentro—. ¡Lo juro por todos los dioses!

—Qué importa que lo leyeras o no —intervino Alexandros—. Tampoco Setui conocía su contenido; sin embargo, en la duda, se cebó también en ti. Suerte que no te gusta demasiado el vino y sólo bebiste un sorbo, porque estaba envenenado...

Al día siguiente, Helena se acodó en la ventana y aspiró con fruición el aire cálido procedente del desierto. Captó en él una mezcla de aromas estivales caros a su corazón.

Había soñado toda la noche con las eternas disputas que antaño enfrentaban a Khufu y Setui. Aunque Khufu solía vencer en las peleas, Setui siempre salía mejor parado que su hermano mayor porque era más astuto.

Había dejado una joya de Nahuri en el lugar donde supuestamente le habían agredido. Había rociado con fragancias que recordaban el perfume de la egipcia el sendero que todos los miembros de la familia tomaban para ir de la hacienda de Koblos a las tumbas. De ese modo le resultaba fácil sugerir la idea de que Nahuri era la culpable.

Letho abrazó a su hija con ternura.

—Por fin ha concluido la pesadilla —le dijo—. ¿Qué pensáis hacer?

—Nos quedaremos aquí y aprovecharemos todo esto. —Helena barrió con el brazo el paisaje que se extendía a sus pies—. Hoy mismo saldremos hacia File, pero estaremos de vuelta dentro de pocos días.

—Tened mucho cuidado.

—Alexandros escribió a su padre. Scopas ya está preso en Alejandría, y las sanciones han sido de tal envergadura que nadie se atreverá a atacarnos de nuevo.

—Hija mía, tengo tanto miedo...

—Pues no debes tenerlo. El faraón nos protege, y viajaremos siempre con una buena escolta.

Un velo blanco se extendía por el horizonte en los linderos de los montes arenosos. Helena contempló en la lejanía los marjales, donde habían aparecido los cuerpos de aquellas mujeres con las que se había relacionado. Ni siquiera había tenido tiempo de sentir afecto por ellas.

Recordó el primer paso que diera hacia Nahuri, que había rehusado su amistad. ¿Por qué se burlaba con tanta frecuencia de su afecto por Setui? «Pensándolo bien —se dijo—, tal vez estaba celosa. ¿No amaría también ella al bueno de Setui? ¿Y qué mujer no lo hubiera amado? El bueno de Setui... ¿Le había hecho confidencias Nahuri con respecto a los planes de su

hermano? ¿La sedujo él para saber más cosas? Setui y Nahuri... ¿Se amarían antes de acabar por combatirse?» Cuanto más pensaba en ello, más evidente le parecía la atracción entre los dos jóvenes. Y sin embargo, Setui le había reiterado su afecto el día anterior. La amaba más que a nada, a ella, a Helena, y tampoco ella podía evitar quererle.

—¿En qué piensas? —le preguntó su madre.

—¿Te acuerdas cuando jugaba al escondite con Setui en los marjales? ¿Te acuerdas cuando nos íbamos de paseo, o cuando me llevaba en barca por el Nilo y me protegía de los cocodrilos?

—Sí, lo recuerdo como si fuera ayer —dijo Letho.

—Y hoy...

—Hoy Setui ha dejado de existir. Conserva tus recuerdos, Helena. Nadie podrá robarte tu infancia. Fuiste feliz con Setui; él te amaba, y gustosamente se habría casado contigo si no hubiéramos vivido en Alejandría. Aquí hubierais crecido juntos. Os habríais amado y quizás habría seguido siendo el Setui de tus sueños. Uno no elige su destino. Setui se ha convertido en un asesino, y tú puedes ser mañana la reina de este país.

—Sí, tal vez... —murmuró Helena—. Pero ¿es eso lo que deseo realmente? ¿Qué destino nos tienen reservado los dioses?

—¿Cuál es el deseo de Alexandros en este momento?

—El camino estará sembrado de obstáculos, pero creo que Alexandros anhela ser faraón algún día.

- [1] Pérdida de los derechos de ciudadanía. (*N. de la A.*)
- [2] Deber de asistencia a las personas de edad. (*N. de la A.*)
- [3] Canto fúnebre. (*N. de la A.*)
- [4] Alto funcionario encargado de las finanzas. (*N. de la A.*)
- [5] Mes macedonio que corresponde a enero. (*N. de la A.*)
- [6] Julio. (*N. de la A.*)
- [7] El año 21 del reinado de Tolomeo II, en el mes egipcio de Pachons (junio-julio) y en el mes macedonio de Artemisios, o sea el 1 de julio del 267 antes de Cristo. (*N. de la A.*)
- [8] Almidón. (*N. de la A.*)
- [9] Pequeña capilla. (*N. de la A.*)
- [10] Cereal. (*N. de la A.*)
- [11] Planta también conocida como azafrán bastardo, de la que se extrae la cartamina, utilizada para la elaboración de cosméticos. (*N. de la A.*)
- [12] Vino egipcio. (*N. de la A.*)
- [13] Lino muy fino. (*N. de la A.*)
- [14] Cebada, trigo candeal y fécula. (*N. de la A.*)
- [15] En egipcio, la misma palabra se utiliza para designar «poderoso» y «asno». (*N. de la A.*)
- [16] Carbón de leña. (*N. de la A.*)
- [17] Amuleto destinado a alejar la mala suerte. (*N. de la A.*)
- [18] Unidad de superficie equivalente a unos 2.800 m². (*N. de la A.*)
- [19] Unidad de capacidad equivalente a 35 chenices (aproximadamente 1 litro). (*N. de la A.*)
- [20] El nomo se dividía en toparquías (dirigidas por los toparcas), divididas a su vez en pueblos (que dirigían los comarcas). Por debajo de ellos había otros funcionarios subalternos, como el comogramato y el topogramato. (*N. de la A.*)
- [21] Funcionario encargado del erario público. (*N. de la A.*)
- [22] Perros de pequeño tamaño. (*N. de la A.*)
- [23] Ocas. (*N. de la A.*)
- [24] Jefe de flota. (*N. de la A.*)
- [25] Aproximadamente un cuarto de litro. (*N. de la A.*)

[26] Medida egipcia de capacidad, equivalente a medio litro más o menos. (*N. de la A.*)

[27] Cantimploras. (*N. de la A.*)

[28] Profesor de gimnasia. (*N. de la A.*)

[29] Villas. (*N. de la A.*)

[30] Portadores de alas. (*N. de la A.*)

[31] Escribas sagrados. (*N. de la A.*)

[32] Registrador de los graneros. (*N. de la A.*)

[33] Un dracma correspondía a unos 3,6 gramos de plata, y un óbolo a 0,6 gramos. Sin embargo, se trata de estimaciones cuestionadas. (*N. de la A.*)

[34] El 30 de octubre del 267 a. C. (*N. de la A.*)

[35] El contable de la ciudad, encargado de la verificación de las cuentas, que trabaja conjuntamente con el dieceta. (*N. de la A.*)

[36] Formación cívica y militar que afectaba a los jóvenes griegos en edades comprendidas entre los dieciocho y los veinte años. (*N. de la A.*)

[37] Colonias griegas. (*N. de la A.*)

[38] Terrenos confiados por el rey a los grandes personajes. (*N. de la A.*)